



Hasta
que
el contrato
nos separe



MARCELA MOURÉ

Hasta que el contrato nos separe

MARCELA MOURÉ

© 2020, Marcela Mouré

© Imagen de portada:

Pergamino: Macrovector / Freepik

Ilustraciones vaqueras y flores: Photographecasia / Freepik

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

Puede contactar al autor en www.marcelamoure.com.

Contenido

Página del título	
Derechos de autor	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
Epílogo	
Sobre la autora	
Notas	

Otras son empalagosas, pero ella, cuanto más sacia, da más hambre.

william Shakespeare

Prólogo

Tess sintió un escalofrío cuando vio la puerta de la vieja iglesia del pueblo. Se secó el sudor de las manos en la sucia tela del vestido de novia y dio el primer paso. El corazón le latía a mil.

Ahora se arrepentía de haber invitado a todo el pueblo a la boda. Eso solo hacía que las cosas resultaran más difíciles. El estómago se le encogió cuando vio a John Swanson, el padre de su prometido, sonreír y alzar el sombrero de vaquero al cielo como si estuviera aliviado de verla llegar. El hombre alto y guapo, a pesar de las canas que ya poblaban sus sienes, se volteó hacia el altar y dijo algo que Tess fue incapaz de escuchar. Luego fue hasta ella.

—Vaya, tú sí que te tomas en serio eso de que la novia siempre llega tarde. Han pasado cuarenta y cinco minutos. —Sonrió—. Ya hasta estábamos pensando lo peor.

Tess miró tras él. En efecto, la iglesia estaba a rebosar. Todo el mundo tenía los ojos puestos sobre ella.

—Señor Swanson, yo...

—Niña, pero si estás a punto de ser parte de mi familia, llámame John...

—Necesito hablar con Tom —lo cortó.

El hombre la miró como si fuera la cosa más curiosa que hubiese visto en la vida.

—¿Ahora?

A Tess se le escapó una lágrima que de inmediato limpió con el dorso de su mano.

—Sí. Es...

John levantó la mano para detenerla. El brillo habitual de sus ojos fue remplazado al instante. Tess supo que él comprendía lo que estaba a punto de suceder.

Probablemente todos lo sabrían cuando vieran a Tom, su prometido, salir de la iglesia. Porque sí, todo Denton sabía que Tess Cartwright no era más que una niña mimada que hacía lo que se le venía en gana, como por ejemplo romper el corazón del único chico que le había mostrado respeto y... amor.

Tom Swanson salió de la iglesia desconcertado. A pesar de ello, se le iluminó el rostro cuando la vio. Dios bendito, era tan hermosa como las flores silvestres que crecían al lado del arroyo por primavera.

—Me dijo papá que tú... bueno, que yo... —Sonrió bobalicón, no podía creer que todavía se le trabara la lengua cuando le hablaba—. Que saliera, pues —terminó.

Tess se mordió el labio sintiéndose culpable. Su abuelo tenía razón, era cierto lo que decían de ella. Era una mala persona. Tom no era más que un joven tímido e inocente. ¿Quién podría hacerle daño a ese chico flacucho y nervioso? Alguien sin corazón, como ella.

—Tom, yo...

—¿Estás nerviosa? —intervino—. Mmm, bueno, yo también. Ya sabes, la boda y eso. Eh, pero no te preocupes. —Se rascó la cabeza—. Por cierto, estás preciosa. Vaya, perdón por no decírtelo cuando te vi.

—Detente —dijo ella al borde de las lágrimas. Sujetó con fuerza la falda de su vestido con la intención de liberar un poco de la tensión que sentía—. Solo vine a decirte que...

Tom se giró con inquietud hacia la iglesia.

—Es un poco tarde, Tess. Quizá debamos entrar ya. Mmm, la gente está un poco impaciente.

—No voy a entrar.

Tom frunció el entrecejo.

—¿Mmm? ¿Quieres casarte afuera? Creo que eso no es posi...

—¡No me voy a casar! —soltó Tess.

El rostro bronceado de Tom perdió todo su color de un momento a otro.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tess suspiró.

—Yo no te quiero, Tom. Nunca te he querido... —Lo miró con súplica—. Perdóname, esto se me salió de las manos. Jamás debí...

—Pero tú dijiste que me amabas. Lo recuerdo. ¿O fui yo? No, fuiste tú —agregó confuso—. Bueno, yo lo dije, pero tú también.

Tess bajó la mirada, algo que nunca había hecho. La vergüenza que sentía por sí misma era algo nuevo con lo que lidiar y no le podía hacer frente a esa emoción con altanería ni chulería.

—Te mentí.

—¿Por qué habrías de hacer algo así?

—Estaba enojada con mi abuelo y solo quería ponerlo un poco celoso...

Tom podía parecer tonto, pero no lo era. Sintió como si un caballo le hubiese dado una coz en el estómago. Fue entonces cuando notó que Tess llevaba los ojos hinchados y el maquillaje corrido, además de que su vestido estaba arrugado y sucio.

—¿Te ibas a casar conmigo solo para molestar a tu abuelo?

—No, yo no... Solo quería tontear un poco. Pero entonces tú me pediste matrimonio en la feria del pueblo, frente a todos, y yo no pude decir que no...

—Ha pasado un mes desde entonces y ¿no pudiste decir que no?

Tess se llevó las manos a la cara cuando los primeros curiosos empezaron a asomarse, no quería que la vieran en esas condiciones. Por el amor de Dios, ella no quería hacerle daño a nadie. Ella no quería estar en esa situación.

—Perdóname —susurró—. No era mi intención...

Tom cayó de rodillas y se sujetó a sus piernas.

—Yo también estoy nervioso. Es... es normal. Tess, no sabes lo que dices. Solo hay que respirar un momento. Puedo decirle a mi madre que te dé un poco del té que me dio a mí para calmar la ansiedad...

—Basta, Tom —interrumpió al tiempo que intentaba apartarse de él.

—Tess, yo te amo. Mucho. Siempre.

A la chica se le hizo un nudo en la garganta.

—Suéltame, por favor.

Para ese momento ya una buena parte del pueblo se encontraba presenciando la escena. Tras ellos los cuchicheos iban y venían, las mujeres estaban boquiabiertas y los hombres fruncían el ceño.

—No puedes hacerme esto —dijo Tom con un hilo de voz—. Nadie te quiere como te quiero yo. Podemos suspender la boda... Puedo enamorarte... Verás que sí...

Tess por fin consiguió apartarlo; a pesar de que no había querido hacerle daño, había necesitado demasiada fuerza, por lo que él cayó sentado al suelo. Cuando sus miradas se cruzaron, a ella se le encogió el corazón. Aunque Tom tenía la misma edad que ella, veintiún años, en ese preciso instante parecía un adolescente a punto de ponerse a llorar mientras ella se sentía más

vieja que nunca.

—No, Tom. No te quiero y nunca te voy a querer. No como tú quieres. Créeme, lo mejor que puedo hacer por ti es no continuar con esta farsa.

Él se puso de pie, negando con la cabeza, la miró con los ojos vidriosos.

—Si me dejas sí.

Ella desvió la mirada.

—De verdad, lo siento... —Se quitó el sencillo anillo de compromiso que Tom le había dado y lo dejó frente a él—. Espero que algún día puedas perdonarme.

Sin decir nada más, echó a correr. Ni siquiera el ruido de sus zapatos sobre el pavimento pudo acallar la voz de Tom, llamándola y pidiéndole perdón a pesar de que él no había hecho absolutamente nada por lo que tuviera que disculparse.

Llegó a la estación de autobuses con la garganta casi cerrada y no se debía al esfuerzo físico. No, era más bien porque sabía que estaba a punto de llorar. Había estado conteniendo sus lágrimas desde que su abuelo la corrió del rancho y dijo que para él ya no era su nieta.

Porque no importaba cuánto doliera algo. Los Cartwright no lloraban. Nunca. Él se lo había enseñado. También le había enseñado que ella era perfecta, intocable, invencible, preciosa, la flor más bonita de todo el oeste... y ella se lo había creído todo palabra por palabra.

Mientras Tess compraba un tiquete para el próximo autobús, en el Rancho Cartwright el inquebrantable James Cartwright estaba tirado en una esquina de su imponente despacho llorando como un niño pequeño al que le habían quitado lo que más quería.

Aunque no era un niño, sí que había perdido lo que más quería. Lo único que tenía en la vida. Pero había hecho lo que tenía que hacer. Se merecía ese dolor y sabía que, aunque fuera lo correcto, lo lamentaría hasta el último día. Solo esperaba que aún no fuera demasiado tarde y que la vida pudiera enseñarle a su nieta lo que él había sido incapaz.

Tess aferró sus manos con fuerza al volante mientras intentaba ignorar esa sensación que tenía atravesada en la garganta y que le hacía cada vez más difícil respirar.

¿Por qué él le hacía esto? ¿Por qué ella misma se lo hacía? No quería regresar al pueblo. Habría sido tan fácil decir que no, seguir ignorando su pasado.

Frenó el viejo y destartado Chevy color rojo sangre de golpe en mitad de la solitaria carretera cuando la respuesta a sus preguntas resonó en algún sitio oscuro de su cabeza. Cerró los ojos con fuerza al sentir ese picor que causaban las lágrimas. Últimamente estaba llorando demasiado y se odiaba por eso. Los Cartwright no lloraban. Ella no lloraba. Al menos no quería hacerlo.

Respiró profundo y sonrió aunque nadie la estuviese viendo. Esa siempre había sido su arma para enfrentar el mundo. Fingir, incluso para ella misma, que todo estaba bien. Era intocable. Era Tess Cartwright. Algunos decían que no tenía corazón y ella no se había molestado en desmentirlo.

Tomó su bolso de mano, buscó el labial rojo que hacía juego con su auto y se pintó los labios. Su reflejo le devolvió la imagen de una mujer hermosa de piel dorada y unos ojos tan negros como los sentimientos turbios que se escondían en su interior.

Volvería a Denton pisando con fuerza y seguridad, aparentando que el mundo era suyo y ella lo tenía en la palma de su mano. Cuando se había marchado del pueblo, catorce años atrás, era tan solo una joven ilusa. Ahora regresaba como una mujer de treinta y cinco años que sabía que el mundo jamás le pertenecería y que los sueños casi nunca se cumplían, ni aunque se sacrificara mucho por ellos.

La muerte de su abuelo había sido el último golpe que había recibido. Esa era una parte de su corazón que tenía años de estar resquebrajada, pero cuando recibió la fatal noticia entonces se terminó de romper por completo.

Tenía tanto de no verlo que ni siquiera estaba segura de haberlo podido reconocer si se lo hubiese topado en el camino. Él la había echado del rancho y ella se había ido sin mirar atrás. Ese había sido su adiós.

Nadie habría creído que ella en algún momento había sido la niña de los ojos de James Cartwright. En más de una ocasión se había quedado en su habitación contándole leyendas del oeste por las noches y, mientras ella seguía tan despierta como un animalillo nocturno, él se quedaba dormido como un tronco.

Cuando Tess recibió la llamada de Sarah Jones, el ama de llaves del rancho, jamás esperó que le fuera a dar la noticia de la muerte de su abuelo. Él no podía estar muerto.

Echó un último vistazo al espejo, se acomodó un mechón negro que se le había escapado de la coleta. Entonces decidió que ya estaba perfecta. Iba regia. No había nada en ella que reflejara la tristeza que sentía. Ni siquiera su vestido negro parecía de luto pues se había encargado de que fuera lo suficientemente ajustado para que nadie se atreviera a pensar que a ella le afectaba la muerte de James Cartwright.

Puso el motor en marcha una vez más, encendió la radio a todo volumen y se dirigió al cementerio de Denton como si fuera a una cita para hacerse la manicura y no a enterrar al único

hombre que había sido importante en su vida.

Si unos días atrás alguien le hubiese dicho que ella reconocería ese rincón del mundo después de catorce años, se habría reído a carcajadas. Pero lo cierto era que lo reconocía. Su cerebro había procesado las imágenes de las montañas a lo lejos con total familiaridad. Incluso, si se esforzaba, podía recordar cómo se veía el panorama cuando los picos más altos empezaban a coronarse de nieve.

Era por esa razón que sabía muy bien que estaba apenas a minutos de llegar al pueblo y que después de que cruzara el gran rótulo de bienvenida el pasado le daría una fuerte sacudida.

Si el simple hecho de reconocer las montañas, los colores y las curvas de la carretera ya la inquietaba, ¿cómo sería cuando pusiera los pies sobre el árido suelo de Denton y se cruzara con gente que conocía de antes.

Suspiró con fuerza cuando por fin vio el rótulo. Ya no era de madera tallada, ahora era de aluminio y se erigía alto y grande donde por años había estado el que ella recordaba.

Las manos comenzaron a sudarle. Primero se encontró con unas pequeñas tiendas que no conocía, después vio la escuela y por fin llegó a la esquina en que se encontraba la iglesia protestante, era justo ahí donde debía doblar a la izquierda para dirigirse al cementerio.

A pesar de que las calles eran más amplias, había más tiendas y la infraestructura lucía un poco más moderna, el lugar era prácticamente el mismo. Seguía manteniendo esa imagen de pequeño pueblo del oeste, los hombres aun se paseaban por la calle con sus botas y sombreros de cuero. El lugar parecía polvoriento, caliente y un poco melancólico.

Definitivamente, ella no pertenecía a ese sitio. Su abuelo la había odiado por ello y hasta ella se había odiado por no sentirse como parte de Denton, pero las cosas eran como eran. Si se hubiese quedado habría sido como encerrar en una jaula a un pequeño pájaro que lo único que quería era volar alto y lejos.

A pesar de que su conciencia le decía que había hecho lo correcto al irse, otra parte no dejaba de insistir en que podría haberlo hecho de una mejor forma. Quizá si su abuelo no hubiera sido tan orgulloso... Si ella no lo hubiera sido...

Sintió el sabor salado de una lágrima en la comisura de la boca, con rapidez se la limpió con el dorso de la mano. Volvió a comprobar su imagen en el espejo con enojo. Esta vez decidió que se pondría las gafas oscuras. Si esas malditas lágrimas volvían a traicionarla, al menos se encargaría de que nadie las pudiera notar.

Encendió el auto y pisó el acelerador a fondo dejando sus sentimientos tras ella en medio de una enorme nube de polvo.

Cuando llegó al cementerio vio que había un montón de camionetas aparcadas en la orilla de la calle. Se estacionó lo más lejos que pudo, a pesar de que llevaba unos tacones kilométricos. Antes de salir del auto tomó su bolsa gigante de imitación, un sombrero negro de ala y se roció su perfume más provocativo.

Caminó hacia el cementerio de la misma forma en que había caminado por las pasarelas más famosas del mundo. Aparentando seguridad y elegancia, atrayendo las miradas de todos como si fuera magnética aunque en el fondo estuviera más asustada que un conejillo. Le temblaron las piernas cuando vio cómo la gente se apartaba para dejarla pasar. Se detuvo cuando estuvo frente a la fosa.

Clavó los ojos allí por unos segundos. En el fondo ya estaba el ataúd. Era una caja grande de madera en donde se encontraba tallado el sello del Rancho Cartwright justo a la mitad.

Dios santo, su abuelo no podía estar ahí. La garganta comenzó a cerrársele cuando a su

memoria vino el sonido de la risa ronca de él. La forma en que sus arrugas se desplegaban alrededor de sus ojos negros llenos de misterio.

Alzó la mirada de inmediato, cuando notó que se le estaba haciendo imposible respirar. Entonces se encontró con unos ojos azules que recordaba casi tan bien como los de su abuelo, los de Sarah Jones.

—Buenas tardes —saludó Tess en un vano intento por ignorar el hecho de que a sus pies estaban enterrando el cadáver de su abuelo.

Algunas de las personas presentes respondieron el saludo, pero fueron muy pocas.

—Llegas tarde —dijo el ama de llaves del Rancho Cartwright con voz tajante.

—Mejor tarde que nunca, Sarah.

La mujer negó con la cabeza y la fulminó con la mirada.

—¿Deseas ver a tu abuelo? Aún estás a tiempo.

Tess abrió la boca para hablar, aun así se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decir. Por un momento dudó. Las últimas palabras de Sarah le estaban dando vueltas en la cabeza y le oprimían el corazón.

¿Quería verlo? ¿Quería ver cómo lo habían tratado los últimos catorce años de su vida? ¿Tendría el cabello completamente blanco o aún encontraría algunos mechones tan negros como los de ella? ¿Tendría una expresión serena o notaría en su rostro que no había muerto tranquilo?

Sí, quería verlo. Pero, sobre todo, quería tomarlo entre sus brazos y pedirle perdón al mismo tiempo que le exigía lo mismo a él. Quería tomar un reloj y devolver el tiempo a ese momento en que eran felices y jamás cometer los errores que la habían alejado de él. Quería revivirlo y volver a sentirse protegida e importante. Él no se podía ir para siempre. No era justo que la dejara así. La garganta comenzó a cerrársele una vez más.

—¿Tess?

La voz de Sarah la trajo de vuelta. Tess sentía los párpados húmedos y pesados. Vio el ataúd por segunda vez. Dios, estaba a punto de desvanecerse. Justo cuando todos se encontraban expectantes, ella hizo lo único que sabía hacer para evitar un ataque de nervios. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada fuerte y ronca.

—Por supuesto que no —contestó Tess con voz entrecortada—. ¿Para qué James Cartwright me vea y se levante de la tumba? ¡Definitivamente no!

Todos se quedaron de piedra ante el comentario. Sarah en cambio fue hasta Tess, la tomó con fuerza del codo y se inclinó para susurrarle al oído:

—Pobre de ti, Teresa Cartwright, no debe ser nada fácil mantenerse en pie a base de soberbia. Sin embargo, no pienso permitir que le faltes el respeto a tu abuelo. Hazte un favor y cierra el pico.

Tess dejó de reírse al instante. Deseó responderle a la mujer con su lengua venenosa, sin embargo, a pesar de todo, jamás podría haberle faltado el respeto a Sarah.

—Pueden seguir con lo que estaban haciendo —dijo al final—. No, no quiero verlo.

El primer puñado de tierra que cubrió el ataúd sonó tan fuerte que Tess casi estuvo a punto de cubrirse las orejas con las manos. Tras ella escuchó sollozos y se sorprendió de que fueran tantos. Comenzó a temblar al darse cuenta de lo que eso significaba, esa otra gente sí se permitía llorar la despedida de James Cartwright.

Sarah tomó la mano de Tess y colocó algo frío en ella. No tuvo que verlo para saber qué era. Primero fue solo un suspiro, luego se convirtió en llanto. Sus emociones a flor de piel por fin encontraron salida. Tess empezó a temblar mientras su pecho se estremecía cada vez con más

fuerza. Se llevó la mano al sitio en el cual su corazón galopaba como un caballo salvaje y estrechó con fuerza la cadena que sostenía. Se la había regalado su abuelo, los eslabones estaban diseñados de forma en que parecieran una cuerda de oro y el dije era un nudo en forma de corazón.

Estuvo a punto de caer de rodillas y derrumbarse, sin embargo, sabía que eso no le serviría de nada. James Cartwright estaba muerto y ni siquiera su perdón lo podría revivir. Hizo una reverencia hacia la fosa antes de dar media vuelta e irse.

Lloraría.

Después.

Cuando volviera a ser fuerte y pudiera soportarlo.

A Sarah no le resultó difícil encontrar el auto de Tess. Caminó hasta allí despacio, se sentía cansada. Necesitaba un rato a solas, asimilar todo. No obstante, por el momento se encargaría de Tess.

Aunque no le había visto los ojos a la morena, sabía que cuando lo hiciera encontraría unos distintos a los que recordaba. Catorce años no pasaban en vano. Mucho menos cuando se era terco y orgulloso. Tarde o temprano la vida le daba una lección a todos.

Sarah golpeó la ventanilla del auto con los nudillos, luego esperó a que Tess se dignara a responder a su llamado. El cristal de la ventanilla bajó despacio. La sonrisa que le devolvió Tess al ama de llaves fue tan falsa que Sarah se sintió aún más triste.

—Supongo que no te importará llevarme —dijo.

Tess arqueó su perfecta ceja izquierda que se asomó bajo las enormes gafas de marca.

—¿Adónde quieres que te lleve, Sarah?

—Pues al rancho, ¿adónde más?

El teatral suspiro de Tess no le pasó por alto.

—Quizá pueda acercarte, sí...

Sarah se inclinó hacia la chica, extendió la mano hacia su rostro y le quitó las gafas de sol de un solo movimiento. Lo que iba a decírselo lo haría mirándola directo a los ojos.

—Querida Teresa, deja de fingir conmigo. Te conozco, no sería la primera vez que te vea llorar.

—No voy a llorar. No tengo motivos para hacerlo.

Sarah perdió la paciencia. Lanzó las gafas al suelo y fue hasta la puerta del copiloto, la abrió y se colocó el cinturón mientras decía:

—Vas a llevar ese trasero tuyo al rancho, te guste o no te guste, y no solo eso. Sino que, además, vas a pasar ahí los siguientes días hasta que se lea el testamento, Teresa Cartwright.

—Deja de llamarme así.

—Ese es tu nombre.

—No me gusta que me llamen por él.

—Lo siento, querida, pero es que no pareces la Tess que conocí. ¿O sí?

Tess desvió la mirada, no quería que Sarah viera a través de sus ojos que ni siquiera ella misma sabía quién era y que estaba desesperada.

Tom Swanson entró al bar del pueblo preguntándose si hacía más calor ahí o en mitad de la calle. Se quitó el sombrero con un suave movimiento, mientras saludaba con la cabeza a los conocidos que se iba topando.

Apenas eran las cinco de la tarde de un sábado, pero el bar parecía estar en su mejor momento. Frunció el ceño, ¿de qué se había perdido?

Sus viejas botas de cuero recorrieron el mismo camino de siempre, con su caminar lento y decidido fue hasta la barra, tomó un taburete y se sentó con despreocupación.

—Pensaba que no vendrías hoy —le dijo Mary Anne al mismo tiempo que le ponía una cerveza espumeante al frente.

—Tuve algunas complicaciones —contestó él.

La pelirroja sonrió antes de inclinarse un poco, dejando una buena vista de su escote, y en un susurro dijo:

—Ya te estaba extrañando...

Tom le devolvió la sonrisa más por compromiso que por sinceridad, aunque de inmediato le dio un buen trago a la cerveza. Mary Anne era una pelirroja exuberante y guapa, pero él prefería a las mujeres más discretas, la belleza no era algo que lo impresionara.

Había estado a punto de irse directo al rancho. No había tenido un buen día, por lo que soportar los coqueteos de la chica no le apetecía en absoluto. Pero lo cierto era que tenía tanta hambre que se habría zampado a una res entera y lo único que deseaba era una enorme hamburguesa triple de tocino, hongos y cebolla junto a una cerveza fría, así que tuvo que hacer el sacrificio.

—Parece que se ha muerto alguien —dijo señalando con la barbilla lo ocupado que estaba el lugar, luego se bebió el resto de la cerveza.

Mary Anne frunció el ceño.

—Pues claro, hoy era el entierro del viejo Cartwright.

A Tom se le saltaron los ojos de las cuencas, sin poder evitarlo, la cerveza se le devolvió por la nariz.

—Maldición —vociferó al tiempo que tosía para recuperarse—. Se me había olvidado.

La pelirroja corrió al instante por un vaso de agua, a pesar de que él no había pedido nada. Después se lo colocó en la mano y aunque él seguía tosiendo no le pasó desapercibida la caricia que ella dejó en su piel.

Tomó agua despacio pensando en que tenía un buen rato de no dejarse enredar por una mujer, la camarera podía distraerlo un poco. Negó para sí mismo. Hacía mucho tiempo que había aprendido cuál era el tipo de mujeres a las que había que huírles y Mary Anne tenía muchas de esas cualidades. Hermosa, sensual, atrevida, descarada y un maldito imán para todos los hombres.

Suspiró mientras ponía el vaso de agua en la barra. No es que pensara que iba a enamorarse de ella si se daba la oportunidad de pasar un buen rato; sin embargo, nunca se sabía. Ya una vez había sido así de estúpido.

—Gracias.

—Sabes que para mí es un placer, Tom. ¿Qué más se te ofrece?

El vaquero captó a la perfección que la pregunta tenía doble sentido.

—La hamburguesa de la casa y otra cerveza, por favor —contestó con neutralidad.

Mary Anne arrugó la cara por un leve instante, luego asintió y desapareció hacia la cocina.

En la vieja rocola de la esquina alguien puso una triste canción country. La letra iba sobre un viejo solitario que había muerto escuchando el canto de un coyote a la luna. Tom se giró y prestó atención al hombre que había puesto la canción.

Era Rogers, el alcalde. El indio de aspecto rechoncho y descuidado se sentó junto a otro grupo de hombres y todos brindaron en alto. Eran buenos amigos de James Cartwright.

Se giró cuando oyó que le ponían otra cerveza.

—¿Quién diría que tanta gente acudiría al entierro de Cartwright? —dijo a Mary Anne.

—Puede que a veces fuera un engreído, pero era un hombre respetable. Dejaba buenas propinas y nunca se tomaba más que un trago de *whisky* —contestó con un encogimiento de hombros.

Tom asintió.

La chica se acercó más, como si fuera a contarle un secreto.

—Hasta la estrellada de su nieta vino.

Esta vez Tom no se atragantó con la cerveza, pero estuvo a punto. Sintió un cosquilleo en la coronilla.

—¿Tess?

Mary Anne puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, ¿quién más? —Puso cara de asco—. ¿Puedes creer que la muy descarada se presentó como si tal cosa? Haciendo uno de sus shows, como siempre... —Hizo una mueca de desprecio—. Dicen que traía un vestido tan ajustado y unos tacones tan altos que por poco cae al hueco donde enterraban a Cartwright.

A Tom la cerveza le supo más amarga de lo normal. El solo hecho de escuchar el nombre de *ella* le revolvía las entrañas.

—Era su nieta, ¿no? —contestó fingiendo que le daba igual.

Mary Anne soltó una carcajada.

—Hasta el viejo perro del Rancho Cartwright tiene más derechos que esa tía. Te aseguro que solo vino para llamar la atención. Ah y para el testamento. Pobre ilusa, estoy segura de que Cartwright no le heredó ni la boñiga de sus vacas.

Tom se terminó esa cerveza con la misma rapidez que la anterior.

—Tess fue la adoración de Cartwright.

Mary Anne le colocó otra cerveza.

—Fue. —Asintió para sí misma, muy segura de lo que decía—. Para nadie es un secreto que la echó del rancho porque ya ni siquiera él era capaz de soportarla. Por cierto, gracias a Dios que lo hizo. Esa maldita víbora nunca cambiará. Con solo unos minutos que estuvo en el entierro y ya tiene a medio pueblo descontento. ¡Es que ni a su difunto abuelo respeta, por eso la despreciaba!

Tom decidió que esa cerveza se la tomaría cuando llegara la hamburguesa. Él no estaba tan seguro como la pelirroja de que el difunto despreciara a Tess. Quienes trabajaban con Cartwright habían dicho que desde que su nieta se fue del rancho, el hombre se había vuelto más melancólico y solitario.

Sintió un escalofrío al recordarla. El día en que Tess se fue no solo le había roto el corazón a él en la iglesia, estaba seguro de que a su abuelo también.

Hacía mucho que no pensaba en ella, cosa que le gustaba, pues cada vez que lo hacía terminaba de mal humor. Tess había sido un capítulo oscuro de su vida que, la verdad, le hacía sentir pena de sí mismo.

La cuestión era que Tess se había largado de Denton dejando un escándalo tras ella y, por lo visto, había regresado justo de la misma forma. Al fin y al cabo era una mujer que siempre conseguía lo que quería sin importar el cómo o a quién se llevara entre los pies.

Por lo que él sabía no había cambiado en nada. Se había convertido en una modelo famosa, sí; pero siempre envuelta en escándalos y con su mala fama precediéndola. Tom no había sido el único iluso que había caído en sus juegos.

Parecía que tenía una manía especial por las bodas, puesto que ya llevaba tres a cuestas, todas ellas un absoluto fracaso. Aunque, claro, la de él y ella no contaba.

Mary Anne colocó la bandeja de madera frente a él, lo que consiguió que su estómago emitiera un gruñido de expectación. La hamburguesa era tan grande que comérsela resultaba una odisea. Sin embargo, pocos placeres había en su vida tales como sentir la grasa del tocino escurrirse entre sus dedos y caer al fondo, justo como un perfecto aderezo para las papas fritas que acompañaban el plato.

Esa era la principal razón por la que su madre odiaba que él comiera en el bar. Para su mala suerte era un vaquero hasta los huesos y qué clase de vaquero no adoraba el olor a grasa de un rústico bar, la cerveza amarga y el posible riesgo de colesterol con una buena hamburguesa.

—Provecho —le dijo la chica.

Él le agradeció y a como pudo se las ingenió para darle el primer mordisco. Mary Anne por su parte fue a atender a otros clientes y lo dejó en paz. Más o menos.

No importaba qué tan hambriento estuviera o lo bien que supiera su comida, no podía sacarse de la cabeza que Tess estaba en el pueblo. Quizá si él hubiese regresado más temprano a Denton, se habría topado con ella...

¿Sentiría algo? Santo cielo, por supuesto que no. Habían pasado catorce años. Ahora era un hombre y no un jovencito al que lo controlaban las hormonas, ya no creía en tontas leyendas de amor y mucho menos en mujeres que lo único de valor que tenían eran joyas y ropa cara.

Qué más daba si estaba cerca o no. No tenía por qué inquietarle el hecho de que el rancho de su familia y el de los Cartwright estuvieran uno al lado del otro. Además, a esas alturas seguro que ella ya se había largado adonde sea que viviera y a esa vida extravagante que le pegaba tan bien. Ni la vería ahora, ni la vería nunca más con toda probabilidad.

Le dio un nuevo mordisco a la hamburguesa y cerró los ojos con placer cuando sintió el sabor de la cebolla, los jugos de la carne y la salsa picante deslizarse por su paladar. Dios, ni siquiera el recuerdo de la que casi llegó a ser su esposa podía echar a perder ese delicioso sabor.

Cuando tuvo la mitad del plato en su estómago optó por tomarse la cerveza, hizo una mueca al notar que ya estaba caliente. Justo en ese momento alguien le dio una palmada en la espalda y se deslizó en el taburete a su lado.

—¿Qué tal las cosas, Tom?

Era Wayne Miller, el *sheriff* del pueblo. Tom tomó una servilleta para limpiarse la grasa y salsa alrededor de la boca antes de contestar.

—Mucho trabajo.

—Ayer vi a tu padre y me dijo que estabas en la ciudad.

—Así es, fue un viaje largo. Cosas de negocios.

—La parte aburrida de un rancho —concluyó Wayne.

Tom asintió en silencio, siguió comiendo cuando vio a Mary Anne atender al *sheriff*. El hombre era apenas unos cinco años mayor que Tom, por lo que ya debía rondar los cuarenta, pero su cabello canoso le hacía aparentar mucha más edad.

—Demonios, solo espero que no se arme ningún problema hoy —dijo el *sheriff* mirando hacia la esquina en la que se notaba que un grupo de personas había tomado más de la cuenta—. Parece que todo el pueblo ha decidido salir hoy de casa. ¿Acaso Cartwright era el dueño del bar que todos se vinieron para acá?

Mary Anne tomó una servilleta de tela en una mano y un vaso mojado en la otra, mientras se dedicaba a secarlo dijo:

—El alcohol siempre es una buena excusa para ahogar las penas.

—Sin embargo, no está Tess Cartwright que a fin de cuentas debería ser la más afectada con la pérdida.

—¿Esa aquí? Ay, pero si a la princesita nunca le gustó la cerveza local...

Tom estuvo tentado a levantarse para pagar la cuenta e irse. Ya había tenido suficiente de escuchar su nombre.

Wayne soltó una risita.

—¿De qué te extrañas? Una chica como esa nació para tomar otro tipo de bebidas. Si la hubieras visto hoy...

En la mirada de Mary Anne brilló algo que Tom calificó como envidia, era obvio que el comentario de Wayne no había sido lo que había esperado.

—Varias revistas han capturado fotos de ella sin maquillaje y te aseguro que ni la reconocerías —bufó ella con cierto tono de molestia—. Además, esas famosas todas son operadas...

—Tess siempre fue una mujer que impresionaba por su belleza —soltó Tom sin ser consciente de que la estaba defendiendo.

—¡Era la más bonita del pueblo! —secundó Wayne.

—Todos los hombres son iguales —se quejó la Mary Anne—. Nada más ven a una mujer y ya se ponen como tontos.

—No te pongas celosa, pelirroja —continuó Wayne—, tú también tienes lo tuyo.

Mary Anne lo fulminó con la mirada antes de alejarse. Él clavó los ojos en su trasero mientras se reía.

—Las chicas siempre le tuvieron envidia —dijo—. Vaya, Tom, y pensar que de todos tú fuiste el único que pudo tener algo con ella. —Lo miró divertido—. Aunque al final te pateó el trasero igual que al resto.

Tom se levantó de su taburete, dejó un billete sobre la barra y le dio una fuerte palmada en el hombro a Wayne a modo de despedida, luego se fue. De camino a su camioneta sintió el principio de una acidez estomacal. Maldita fuera Tess Cartwright.

El señor Willians llegó al Rancho Cartwright después del almuerzo. Cuando Tess lo divisó, desde la ventana de su habitación, se sintió contrariada. Ese era el momento que había estado esperando desde el principio. No por la lectura del testamento, sino porque una vez se leyera ella podría irse para buscar una forma de recomponer todo el desastre que era su vida. Aun así, temía a su futuro.

Había pasado una semana desde el día del entierro. Durante esos días no había hecho más que permanecer encerrada en una de las habitaciones de invitados. Aunque Sarah le había insistido en que usara la que había sido suya en el pasado, ella había preferido quedarse en un lugar neutral que no la hiciera sentirse peor.

Casi no había podido dormir. Siempre estaba soñando con su abuelo o con los días en que ella vivía en el rancho. Dios, si tan solo alguien le hubiera dicho que el día que se fue iba a ser el último que lo viera... No se habría ido, se habría tragado su orgullo. Habría hecho lo que fuera.

—No te mientas —le dijo la voz de su conciencia—. Te habrías largado de igual forma.

Se llevó las manos al rostro. Era cierto. Durante esos catorce años había deseado volver muchas veces, pero nunca lo había hecho. Y la única vez en que se atrevió a llamarlo no fue para preguntarle cómo estaba o siquiera para escuchar su voz, fue para restregarle en la cara que lo había conseguido, que había sido exitosa y que él se había equivocado al decirle que no iba a tener lo que quería, pues lo había tenido y sin su ayuda. Entonces James le había dicho que no volviera a llamarlo nunca y ella así lo había hecho. Cuando cortó la llamada en lugar de sentirse satisfecha y victoriosa, se había sentido vacía.

Suspiró cuando Sarah llamó a la puerta de la habitación de invitados, asomó la cabeza y le dijo que bajara para que se leyera el testamento. Tess se limitó a asentir aunque no se movió del lugar en el que estaba.

Esperaba que su abuelo no le hubiera dejado nada. Dios sabía que sí. No quería nada de él. Al menos no algo material. Sacudió la cabeza, no tenía por qué estar nerviosa, era obvio que él no le había dejado nada. ¿Por qué se preocupaba por eso?

Bajó las escaleras despacio. ¿Y sí él no había dejado testamento? Era la única pariente de James Cartwright así que de ser así todo le quedaría a ella. Las palmas de las manos comenzaron a picarle a raíz de ese pensamiento. No, su abuelo era un hombre inteligente y precavido, por supuesto que había hecho un testamento.

No quería pensar en el dinero, en la fortuna de su abuelo. Y tampoco debía. No importaba que estuviera en la banca rota sin rumbo en la vida, ella no tenía derecho a nada de su abuelo por el simple hecho de que ni siquiera había merecido ser su nieta.

Cuando llegó al despacho pidió una vez más para sus adentros no estar en el testamento, no quería caer tan bajo como para tomar ese dinero. Eso no se lo podría perdonar.

Al abrir la puerta intentó solo concentrarse en las personas que estaban allí dentro y no en el lugar, no quería recordar nada especial y mucho menos imaginar a su abuelo sentado allí.

El abogado Joseph Williams era un hombrecillo delgado como una aguja, de aspecto bondadoso e inocente. El hombre volteó a ver hacia la recién llegada, acomodó sus gafas y sonrió

educadamente a modo de bienvenida.

—Buenas tardes, señora —dijo a Tess.

—Buenas tardes, señor Williams. Sabes muy bien que puedes llamarme Tess —reprochó ella.

Joseph no solo había sido el abogado de James, también había sido su mejor amigo de toda la vida. Él había conocido a Tess desde que era una recién nacida y la había visto crecer en ese rancho.

El abogado asintió a la chica sin agregar nada más y continuó ordenando unos documentos que tenía sobre el imponente escritorio de nogal que se encontraba en el despacho.

Frente a él se encontraba únicamente Sarah y una silla vacía que le correspondía a Tess. Ella caminó en silencio hasta ocupar su lugar.

Clavó los ojos en el abogado. Ese era un punto seguro. No quería fijarse en los detalles del despacho ni verse tentada a que su cerebro pusiera imágenes de su abuelo sentado tras el escritorio revisando papeles o mirando las montañas desde el amplio ventanal. Mucho menos quería que sus ojos buscaran la foto de ellos dos que antes había estado sobre la repisa de la chimenea eléctrica.

Apenas Joseph leyera el testamento, iría por la maleta que prácticamente no había desecho, se despediría y se marcharía a toda velocidad, aunque ni siquiera tenía idea de adónde ir.

El abogado suspiró, se encogió de hombros para sí mismo y clavó los ojos en las dos mujeres que tenía al frente. Las dos tan diferentes una de la otra.

Tess era esbelta y alta, su cabello negro por poco hasta las caderas resultaba casi obscuro. Todo en ella era demasiado. Sus labios gruesos, sus pestañas tupidas, sus ojos almendrados, el tostado de su piel, las curvas serpenteantes que estrechaban su cintura y ensanchaban sus caderas con morbo. Demasiado exótica y hermosa para su propio bien, eso era lo que le había dicho James en algún momento.

Por su parte, Sarah era una rubia de piel tan blanca que ni siquiera el sol del oeste conseguía broncearla. A pesar de ese detalle se conservaba muy bien y no aparentaba los cincuenta y seis años que tenía gracias a su complexión gruesa y su gesto siempre noble. Era una mujer que inspiraba confianza y se echaba a todos en el bolsillo con solo sonreír. Pero eso no significaba que no fuera tan dura como el plomo. No se intimidaba ante nadie y podía ponerte en su lugar con una sola mirada. En un momento podía prepararte el pastel más dulce del mundo y en otro obligarte a presentarte a la comisaría por tus propios medios para declararte culpable de un asesinato.

—Bien —comenzó el hombre—. Por tratarse de ustedes supongo que podemos hacer esto de forma menos convencional e ir al grano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sarah.

Tess estaba concentrada en sus uñas, el esmalte estaba desgastado en las puntas, tiempo atrás se le habría caído el alma a los pies al verlas de esa forma, ahora ya estaba acostumbrada, tenía meses de no hacerse la manicura y solo Dios sabía si algún día iba a poder darse ese lujo otra vez.

—Podemos hacer esto de forma convencional, leyéndoles palabra por palabra el testamento, lo que significa un montón de tecnicismos y relleno, o puedo decirles sin más vueltas qué es exactamente lo que James dejó en el testamento y cómo se debe proceder.

—Al grano —intervino Tess.

Joseph la miró con curiosidad.

—¿Estás de acuerdo en que sea por el camino rápido, Sarah? —preguntó el hombre.

La rubia asintió con seguridad, no le gustaba andarse con tonterías.

—De acuerdo. Primero que todo, quiero decirles que puede que este testamento les resulte... —Miró hacia el techo intentando encontrar una buena palabra para definir lo que había estipulado James—. Desconcertante. Sin embargo, recuerden que James Cartwright nunca tuvo problemas cognitivos que pudieran alterar su decisión sobre la herencia.

Tess se removió incómoda, empezó a preocuparse. ¿Por qué tanta insistencia en que ella debía estar para la lectura de ese testamento? ¿Por qué habría de ser *desconcertante*? ¿Y por qué carajo no había nadie más allí?

—Todos sabemos que James estaba perfectamente bien de la cabeza, Joseph —concordó Sarah—. No hace falta que lo aclares.

Él asintió, aflojó el nudo de su corbata, tomó la hoja de papel que estaba arriba de todo el montón de documentos y con un suave carraspeo inició:

—Sarah Jones, a ti James Cartwright te dejó dos hectáreas de terreno en la parte norte del rancho; además de cinco mil dólares por cada año que trabajaste para él, lo que resulta en doscientos cinco mil dólares.

El ama de llaves no era una mujer que se sorprendiera con facilidad, no obstante, esos datos la habían tomado por sorpresa. Aunque James siempre había sido justo con ella, Sarah había sido fiel a su trabajo porque así era ella, no porque pensara ser resarcida con otra cosa que no fuera respeto y un salario justo.

—Jesucristo —exclamó—, es... demasiado...

—Es lo justo —interrumpió Joseph.

—Yo no necesito tanto para vivir.

Tess estaba temblando. No, por favor no, se decía una y otra vez.

—Quizá debas de darte uno que otro gusto —replicó él sonriendo.

A la mujer se le escapó una lágrima.

—Será mejor que continúes, Joseph —indicó limpiándose con un pañuelo las mejillas.

—A ti, Tess Cartwright, James te dejó... —Se detuvo porque tenía la garganta seca y le resultaba difícil tragar.

Tess se agarró con fuerza al asiento de su silla. No, él no podía hacerle esto. No ahora que tanto necesitaba el dinero y sería difícil desprenderse de él.

—Te dejó —continuó el abogado— las restantes quinientas cuarenta y ocho hectáreas de terreno del Rancho Cartwright, las cuentas bancarias, el negocio, los vehículos, la maquinaria, el ganado y todo lo que se encuentra en esta casa.

A Tess el corazón se le detuvo. No podía ser posible.

—¡No lo quiero! —vociferó la heredera poniéndose de pie en el acto—. Haz lo que sea con todo eso, Joseph, pero no quiero ni un centavo.

Sarah arqueó las cejas al ver que a Tess le temblaban las manos y la seguridad con la que estaba rechazando la herencia.

—Era su voluntad —recordó el hombre.

—Y una mierda. Estaba viejo, no sabía lo que hacía.

—Teresa —regañó Sarah—, ten cuidado con lo que dices.

—¡Deja de llamarme así!

—Te llamo como se me venga en gana. —Se puso de pie, tomó a la morena por los hombros y la sacudió con fuerza—. Y tú vas a sentarte para terminar de escuchar lo que Joseph tiene que decir.

Ella no se sentó, más bien cayó sobre la silla.

—Tess —continuó Joseph—, tal como dije al principio, James estaba completamente bien de sus facultades. Lo que aquí está estipulado tiene total validez. Pero... aún no he terminado. Hay condiciones.

A Tess se le erizó el bello de la nuca. Por supuesto, siempre había condiciones. Lo sabía porque así funcionaba ella también.

—Acaba de una vez por todas, Joseph —indicó Sarah con impaciencia.

Él se aclaró la garganta.

—Para que puedas reclamar la herencia, Tess, antes debes cumplir cinco condiciones. —Sacó un pañuelo de su bolsillo trasero y se limpió la frente—. Número uno; deberás vivir en esta casa hasta que se cobre la herencia, en caso de que necesites ausentarte deberás notificarlo y no podrás exceder cinco días. —Tess lo miró boquiabierta—. Dos; serás la encargada del rancho, tanto en lo que se refiere a la administración como en lo referente a representarlo en las distintas asociaciones y compromisos de la misma forma en que James solía hacerlo. Tres, no recibirás ningún pago por tu trabajo más que comida, techo y la herencia si consigues cobrarla. Cuatro, de no cumplir con las condiciones todo pasará a la fundación de caridad que James siempre apoyó cuando estuvo vivo.

Tess y Sarah se voltearon a ver al unísono.

—¡Qué demonios! —maldijo Tess poniéndose una vez más de pie—. Dáselo a los de la fundación, no quiero nada y no me interesa ser parte de este juego.

—No puedes tomar una decisión así a la ligera —contestó Joseph.

—Oh, claro que puedo. Créeme que sí. No pienso aceptar ni un centavo, incluso aunque no hubiera una condición de por medio.

Sarah no dijo nada, se limitó a tomar a Tess de la mano y volver a sentarla.

—¿Cuál es la quinta condición? Dijiste que eran cinco —argumentó el ama de llaves.

Tess se llevó las manos a la cabeza mientras miraba el suelo oscuro e impoluto, estaba tan desconcertada que ni siquiera se había dado cuenta de que aún faltaba una de las condiciones.

—No hay un tiempo establecido para reclamar la herencia —explicó el abogado—. Esto dependerá de distintos factores. —Tess lo miró con el ceño fruncido, maldita sea no entendía nada—. La última condición dice que Tess solo podrá cobrar la herencia si ha cumplido los cuatro mandatos anteriores y, además, permanece casada por un mínimo de seis meses. O sea, que se podría tardar seis meses, un año, dos, tres...

—Esto tiene que ser una maldita broma —exclamó Tess poniéndose de pie como una fiera—. Si él creía que yo iba a aceptar esto, es que no me conocía ni un ápice. —Sonrió con amargura—. Me dejó como heredera solo para burlarse de mí, pero no le voy a dar el gusto. Este rancho y todo lo demás pueden irse al infierno. ¡Yo solo vivo bajo mis normas y no va a ser James Cartwright quien me obligue a lo contrario!

Estaba enojada, no obstante, esa solo era la capa superior de otras emociones más profundas como la decepción y el dolor. Claro, ahora que la bruma de su muerte se había disipado con la lectura del testamento podía ver quién era su abuelo. Por eso ella se había largado, justo por eso era que sus caminos se habían separado.

James no aceptaba que Tess fuera tal cual era solo porque él también era así. Darle la razón a ella era quitársela a sí mismo y eso era inadmisibile. Dos personas orgullosas de carácter semejante no podían vivir juntas, era una regla de la naturaleza.

Incluso muerto le estaba dejando claro que no la perdonaba y que, aunque hubiera regresado y

hubiera lamentado su muerte, ella seguía sin ser digna de ser su nieta. La había rechazado antes y lo seguía haciendo ahora.

Había temido ser la heredera por lo mismo, porque no se sentía digna de apoderarse de la fortuna de alguien con quien su relación era nula. Tess Cartwright podía ser muchas cosas malas, pero también tenía sus límites.

Sin embargo, el hecho de que su abuelo hubiera dejado esas condiciones no hacía más que remarcar que ella no merecía nada de él y que si quería algo debía humillarse a su voluntad.

—¿Sabías de esto? —cuestionó mirando a Sarah con dureza.

—No tenía ni idea —dijo al tiempo que se ponía de pie, conocía a Tess muy bien para saber que estaba furiosa.

—Me largo.

—No puedes irte. —La miró seria—. Era su voluntad.

—Su voluntad siempre fue manejarme a su antojo a cambio de dinero y parece que las cosas no han cambiado. No sé qué le haría creer que ahora sí iba a dejar que me mangoneara. Sea lo que sea, estaba muy equivocado.

Sarah se quedó atónita.

—No te atrevas a decir que...

—¿Qué? —Sonrió con ironía—. No puedes negar quién era él ni cómo era.

—James no era perfecto, ninguno de nosotros lo es, pero tampoco era malo.

—No es eso lo que yo recuerdo. ¿Escuchaste las condiciones? Eso, Sarah, es ser despreciable. Pudo haberme desheredado sencillamente. A mí no me habría importado. En cambio decidí humillarme. Como antes...

—Siempre se desvivió por ti, eras su...

—Hasta que yo quise expandir las alas —interrumpió—. Nunca me aceptó. Cuando le dije que quería irme y ser modelo se opuso por completo. Me manipuló para abandonar mi sueño. Me encerró en una burbuja y me dio todo, menos la libertad. Por eso me fui, por eso se murió solo. ¡Y solo se va a pudrir en el infierno!

Sarah la abofeteó con tanta fuerza que el estallido contra su piel resonó por todo el despacho. A Tess se le saltaron las lágrimas.

Joseph se interpuso entre ambas mujeres y apartó a Sarah.

—Basta ya. Creo que necesitan serenarse y asimilar todo...

—No voy a permitir que hables así de tu abuelo —sentenció Sarah a Tess ignorando las palabras del abogado—. Tú menos que nadie tiene derecho a juzgarlo.

Tess estaba sonriendo a pesar de las lágrimas.

—Yo no estoy juzgándolo, solo digo la verdad. Aquí no hay nada más que hablar. Me largo.

De camino hacia la puerta no pudo evitar mirar hacia la repisa de la chimenea, frenó de golpe cuando vio que la foto de ambos aún seguía ahí. Un par de ojos chispeantes y felices le devolvieron la mirada. Eran los de ella. La foto había sido tomada en una pradera repleta de flores de diversos colores que brillaban bajo la intensa luz del sol, ella llevaba un sombrero Stetson marrón a juego con el de su abuelo. Él la tenía abrazada por la espalda y ambos sonreían como si la vida fuera solo ese momento.

Se desvió hacia la chimenea, tomó el retrato y lo arrojó sin piedad contra el suelo. Deseó con todas sus fuerzas que desde la tumba él pudiera escuchar el ruido del cristal haciéndose añicos, así como su corazón. Tess podía soportar de los demás que la lastimaran, la utilizaran y le hicieran daño, podía devolver todas esas puñaladas; pero de él no. Había perdido sus fuerzas y él

no podía estarle haciendo eso.

Tess estaba tan frenética que a la hora de salir de la habitación arrastrando la maleta, la golpeó contra el marco de la puerta y como consecuencia esta se abrió desperdigando todo lo que llevaba dentro.

Chilló un improperio con impaciencia mientras se agachaba para recoger todo el desastre. Maldito fuera su abuelo, si hubiese sabido lo que había tramado no hubiera cometido el gran error de regresar. Justo por eso no se permitía guiarse por sus sentimientos, siempre la traicionaban.

Estaba recogiendo un vestido cuando vio que alguien lo pisaba con fuerza para impedirle que lo guardara.

—¿Te gusta? —dijo Tess con amargura—. Pues entonces te lo regalo.

Sarah la miró con impaciencia.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar con nadie en este jodido lugar.

Sarah le arrebató la maleta de las manos y la lanzó sobre la cama con una fuerza que Tess aun recordaba.

—Mira, ya no eres una niña y yo ya estoy muy vieja para esto. Si te digo que tenemos que hablar, es porque vamos a hablar y punto.

Tess puso las manos en jarras con indignación.

—Parece que aquí la voluntad de todos importa, menos la mía.

Sarah la fulminó con la mirada. La tomó de la mano y la obligó a sentarse en la cama de la misma forma en que había hecho desde que ella era solo una niña hasta el día en que se fue del rancho.

—Si no fueras tan explosiva e impulsiva quizá podría portarme mejor contigo. —Tomó sus manos en las de ella, se sorprendió porque estaban frías—. Discúlpame por haberte levantado la mano.

Los ojos de Tess se pusieron vidriosos.

—Nunca lo habías hecho.

Sarah suspiró.

—Quizá debí hacerlo.

—Quizá —estuvo de acuerdo Tess para sorpresa de la otra mujer.

—Sé que la relación con tu abuelo no era la mejor y que ambos se guardaban resentimientos, pero le debes un respeto.

—¿Y a mí quién me debe respeto? Lo que hizo con el testamento es... frío, calculador, malvado.

—Sabía que estás en la quiebra.

Tess abrió los ojos como platos. La miró sin poder creerse lo que acababa de escuchar.

—¿Qué quieres decir?

—James siempre siguió tus pasos. Aunque nunca lo supieras, siempre estuvo pendiente de ti.

—Eso no puede ser. ¿Cómo iba a...?

—Tenía a alguien que se encargaba de ello. Cada cierto tiempo recibía información.

—Eso hace el testamento aún más perverso. Entonces dejó ese testamento solo porque sabía que yo necesitaba el dinero y me vería tentada a caer en su juego.

Sarah se puso de rodillas frente a ella.

—James no tenía cómo saber cuándo se iba a morir, era un hombre bueno y justo. Te adoraba.

Esas palabras se clavaron como púas en el corazón de Tess. Puede que en algún momento hubiera sido así, solo que habían pasado demasiadas lunas desde entonces.

—Jamás te habría hecho daño adrede. Siempre, escúchame, siempre quiso lo mejor para ti y lamentó el no haber podido dártelo.

—No entiendo —dijo frunciendo el entrecejo.

—Toma. —Sacó una carta del bolsillo de su camisa de seda—. Joseph me la dio, es de tu abuelo para ti. Sé que ahora estás confundida, pero prométeme que no vas a tomar una decisión sin antes leer la carta. No tengo idea de lo que dice, solo sé que si él te la dejó es porque lo creía conveniente.

Tess estudió con recelo el sobre que tenía entre las manos.

—Todo esto me sobrepasa.

—Es normal sentir dolor.

Tess sacudió la cabeza.

—Ya he sentido dolor antes, puedo con eso.

—Sanar es un proceso y uno debe darse la oportunidad de vivirlo. Ser débil es humano. El corazón cuando es lastimado, necesita repararse. Fingir que no ha pasado nada cuando el mundo se cae a nuestros pies es como pegar un jarrón de cristal roto con cinta adhesiva. Haz hecho eso demasiadas veces y ahora tu dolor es amargo, por eso te sobrepasa.

Tess ocultó su mirada

—Mi vida es un desastre ahora mismo.

—Qué bueno que estás en casa entonces.

—Esta nunca fue mi casa.

Sarah le sonrió con ternura.

—No digas tonterías, Tess.

La rubia se puso de pie y estrechó a Tess con fuerza entre sus brazos.

—¿Vuelvo a ser Tess?

Sarah se separó de ella y se encogió de hombros antes de contestar:

—Igual que tu abuelo yo también confío en ti. ¿Quieres un consejo?

—Aunque no lo quiera me lo vas a dar.

—Lee la carta en la habitación de tu abuelo, cuando termines busca en el fondo del pie de la cama.

Sarah se despidió con una última sonrisa. Tess volvió a sentarse. Necesitaba recuperar la serenidad y enfocarse. Le tomó varios minutos dirigirse a la otra habitación. Conforme se acercaba más se le estrujaba el corazón.

Respiró profundo antes de entrar. Las cortinas estaban cerradas por lo que el lugar se encontraba casi en completa oscuridad. Cruzó hasta las puertas de cristal que daban al balcón para apartar las pesadas y oscuras cortinas que su abuelo siempre había tenido debido a que le gustaba dormir en completa oscuridad.

Sintió un escalofrío al recordar que él había muerto por la noche. Nadie se había enterado, le dijo Sarah. No hubo ruidos ni señales de ningún tipo. Por la mañana el ama de llaves se había extrañado de que James no se presentara a desayunar, así que había ido a preguntarle a capataz

por él y este le había dicho que ni siquiera lo había visto.

No era la primera vez que sucedía; sin embargo, ese día Sarah supo que algo malo había pasado. Entró a la casa corriendo, subió a la habitación de él y lo encontró en la cama con las sábanas revueltas a su alrededor y una mano estrechando con fuerza el cuello de la vieja camiseta que usaba para dormir.

Cualquiera habría pensado que estaba dormido, solo que se habría congelado el infierno si alguien alguna vez hubiese pillado a James Cartwright durmiendo a las seis de la mañana.

Tess decidió que también quería abrir las puertas ya que ahí el aire se sentía cargado. Cuando lo hizo una brisa le acarició el rostro e hizo que algunos mechones de su cabello le hicieran cosquillas en las mejillas. Olía a madreelva, a juventud y tardes de verano.

Sin poder seguir atrasando lo inevitable, Tess se giró hacia la habitación. Estaba casi igual que antes. En el centro había una cama alta y grande de madera con sábanas color champán. A cada lado una mesita de noche y unas lámparas sencillas sobre ellas.

Sobre la cama había un cuadro grande en el que un caballo azabache cruzaba una pradera corriendo con elegancia y energía, tras él el cielo se mostraba de un color amoratado típico de las tardes de verano cuando el sol ya había cruzado el horizonte.

Los pocos muebles que había eran del mismo color de la cama, todas piezas de madera añejada rústicas y prácticas, como James Cartwright. No había televisión, ni teléfonos ni nada que pudiera parecer moderno.

Era una habitación casi impersonal, a excepción de una pared en la que colgaba una gran colección de sombreros, una escopeta con apliques en oro y varias cantimploras con motivos autóctonos.

En mitad de todo había un estante con una vela que Tess sabía que su abuelo jamás había encendido y un retrato a cada lado. A la izquierda estaba la foto de boda de sus abuelos y en una esquina de ese retrato había una foto más pequeña de una adolescente, Linda, su madre. Tess acarició el cristal con devoción ante la imagen. En la foto derecha se encontraba una la imagen de Tess vestida de india con tan solo cinco años.

—Supongo que tú tampoco pudiste olvidarme —susurró Tess como si James pudiera escucharla—. Cuando me fui no me llevé ninguna foto, ojalá lo hubiera hecho. Uno no sabe qué tan importantes son hasta que las echa en falta.

Suspiró, miró el sobre que aún tenía en las manos y fue a sentarse sobre el pie de cama. Con las manos temblorosas rasgó el papel. Era una carta hecha a mano, varias hojas, reconoció la perfecta letra cursiva de su abuelo de inmediato y se le erizó el bello de las manos cuando vio que tenía fecha de tan solo un mes atrás.

Querida Tess, si estás leyendo esta carta ahora es porque nunca tuvimos la oportunidad de reencontrarnos. Lamento que haya sido así.

Antes que nada quiero decirte algo que he tenido atorado en la garganta durante muchos años: PERDÓN.

Perdóname por no haber sido el mejor abuelo. Era todo lo que tú tenías y aun cuando traté de hacerlo todo perfecto, me equivoqué.

No tienes ni idea de lo culpable que me he sentido todo este tiempo debido a mis errores. Quizá algún día tengas hijos y puedas entenderme mejor, tal vez cuando eso suceda entonces sí puedas perdonarme. Aunque espero que tú sepas educarlos mejor que yo.

Tess apartó la hoja de papel cuando derramó la primera lágrima, conforme iba leyendo podía escuchar la voz de su abuelo en su cabeza pronunciando esas palabras. Le estaba pidiendo perdón.

¿Acaso no era eso lo que ella siempre había querido? Entonces ¿por qué se sentía todavía más triste que al principio? Sollozó cuando fue consciente de que se debía a que ella no tenía la misma oportunidad de pedir perdón. Su abuelo jamás sabría que ella estaba igual de arrepentida que él.

Cariño, cuando conocí a tu abuela fui el hombre más feliz del mundo. Era una chica preciosa. Cuando sonreía, te juro, se me detenía el corazón. Lo que sentí con ella no volví a sentirlo con nadie más.

Sin embargo, la dicha nos duró poco. A pesar de la intensidad de nuestro amor, lo nuestro fue algo efímero. Tu abuela quedó embarazada apenas unos meses después de la boda y, desgraciadamente, murió dando a luz a tu madre.

No te voy a mentir, Tess, ese día se me heló el corazón. Tu madre era una bebé preciosa, pero jamás pude verla a los ojos sin sentir un dolor casi insoportable. No fui capaz de ser un buen padre. Nunca llegue a sentir con Linda alguna conexión.

Lo lamentaba porque sabía que le fallaba a tu abuela, sin embargo no era capaz de evitarlo. Tu madre creció al cuidado de otros mientras yo me mataba trabajando como un animal. Salía por la madrugada y regresaba bien entrada la noche. Criaba mejor a las reses y a los caballos del rancho que a mi propia hija. Eso es algo de lo que nunca dejaré de arrepentirme.

Entonces tu madre se convirtió en una adolescente y fue más difícil mantenerme al margen. Era una chica problemática que siempre quería llamar la atención. Malcriada, resentida, egoísta y rebelde.

El día en que me gritó a la cara que estaba embarazada me puse furioso. No podía creer que ella, apenas una niña de quince años, hubiese hecho eso. Se me cayó el alma al piso cuando el médico me confirmó que el embarazo era cierto y no una más de sus formas de llamar la atención.

Aunque no era un buen padre, tampoco era un monstruo. Jamás le reclamé el embarazo ni le negué mi apoyo económico. Me hice cargo porque era mi hija. Porque era la hija de la mujer que más amé en mi vida.

Después naciste tú. No podría decirte si eras igual de bonita que tu madre a esa edad, porque nunca te vi. Lo cierto es que no me extrañaría ya que siempre has sido una belleza.

Dicen que las malas mañas son las que mejor se aprenden y eso es muy cierto. Tu madre fue contigo tan irresponsable como lo fui yo con ella. Tanto que un día decidió que quería ser cantante country, hizo su maleta, se largó y se fue. Apenas empezabas a dar tus primeros pasos.

Después de eso la volví a ver unos meses más tarde, muerta, cuando tuve que reconocer su cuerpo en la morgue tras un accidente automovilístico. Ese día regresé a la casa devastado. Había prometido no fallarle a tu abuela y lo había hecho. No había sabido cuidar de nuestra hija.

Ese mismo día fui hasta tu habitación y juré que no iba a suceder lo mismo contigo, Tess. Me lo prometí a mí y se lo prometí a tu madre y a tu abuela.

Evidentemente tampoco supe hacerlo bien esta vez. No te descuidé, pero te sobreprotegí. Tenía tanto miedo de no ser lo suficientemente bueno para demostrarte mi amor o, peor aún, de ya estar tan seco y ser incapaz de amar. No me bastó con dedicarte el

tiempo, necesitaba llenarte de mimos y halagos a cada momento, juguetes, ropa, lo que sea que pidieras. Quería compensar contigo lo que no había hecho con tu madre.

Soy un viejo tosco, ¿cómo iba a saber que eso también hacía daño?

Tú también creciste y aunque a ti te crie de otra forma, te parecías demasiado a ella. Estabas acostumbrada a tenerlo todo, era imposible que no fueras caprichosa. Yo te había dicho cada día que eras mi flor, la más bella del oeste. Siempre te recordaba que jamás debías permitir que nadie te menospreciara, porque tú eras mi nieta, Tess Cartwright. Tampoco dejé que lloraras, porque por supuesto mi niña no podía llorar por nada. Eras intocable.

Hubo algún punto en el que olvidé que había un mundo más allá del rancho y que allí había gente de todo tipo, pasaban cosas malas, se cometían errores. Un lugar en el que tú querías ser más que la nieta de James Cartwright. Fui un tonto, Tess, porque no te supe preparar para eso que, a fin de cuentas, es la vida.

Tess arrugó la carta con fuerza, incapaz de procesar todas las emociones que tenía echas un puño en su pecho. Conocía la historia de sus abuelos y también la de su madre, pero James nunca se la había contado de esa forma. Él nunca se había mostrado culpable ni dolido. Desarrugó el papel y continuó leyendo.

Cuando me dijiste que querías irte a Nueva York para ser una modelo famosa, sentí que te iba a perder. Si te dejaba ir ibas a toparte con mucha gente que no te iba a querer como yo y te iba a hacer daño. Ya no serías tan intocable como yo pretendía. Como te había dicho que eras. ¿Y si te pasaba lo mismo que a tu madre?

No tuve un momento de paz desde el segundo en que me amenazaste con marcharte. Sabía que podías hacerlo, tu madre lo hizo aun siendo mucho más joven. Me aterraba. Fue entonces cuando empezaron las peleas. Ya no éramos los mismos.

Tú hacías y deshacías a tu antojo y yo te lo permitía porque no quería que te marcharas. Que se cumplieran todos tus caprichos, excepto irte a Nueva York. No iba a perderte de la misma forma en que perdí a tu abuela y a tu madre, eso era lo que me decía.

Porque desde luego si dejaba que te marcharas te ibas a olvidar de mí. Tú misma siempre dijiste que no tenías nada que ver con este lugar. Cuando jugábamos siempre eras una princesa, nunca quisiste el papel de vaquera.

A pesar de que me quise hacer el ciego respecto a tu comportamiento, era consciente de que todos en el pueblo decían que tú eras igual que tu madre y que de seguro terminarías igual que ella. Que yo solo sabía de vacas y caballos, no tenía idea de cómo criar a una chica.

Duele admitirlo, pero era cierto. Tu mala actitud llegó a un nivel en el que incluso para mí era obvio que ibas a terminar mal. Sé que aceptaste casarte con Tom solo para que yo te dejara ir a ser modelo. Sabías que yo no iba a permitir que te casaras y también sabías que a cambio de no hacerlo, me obligarías a pagarte todo para que te fueras a Nueva York.

Ese fue el momento en el que acepté mi derrota. Había criado a una mujer que era capaz de jugar con los demás y manipular a su antojo con tal de seguir siendo «intocable».

Te eché del rancho porque solo así aprenderías que la vida no era solo pedir, había que hacer sacrificios, había que dar a cambio. Dejé que nos separáramos porque si seguíamos cerca jamás ibas a cambiar.

También lo hice por cuestión de orgullo, no puedo negarlo. Está en nuestra sangre. Pero, sobre todo, lo hice por el inmenso amor que siempre te he tenido.

Lamento que aún no hayas aprendido lo suficiente. Parece que siempre me equivoco con mis decisiones. Te he seguido los pasos y me ha dolido ver que aunque has aprendido a esforzarte, sigues siendo fría, impulsiva y soberbia.

Sin embargo, ahora estás tocando fondo, Tess. Los dos lo sabemos, no importa cuánto nos aferremos, la consciencia no nos deja dormir por las noches. Voy a darte la última oportunidad. ¿Recuerdas cuando decía que el Rancho Cartwright siempre sería el Rancho Cartwright? Bueno, pues aún pienso eso. Así que lo dejo en tus manos, confío en ti para que siga siendo así.

Demuéstrate que eres una Cartwright, no solo por tus defectos sino también por tus virtudes. Sé que ya debes estar cansada de no encontrar tu lugar en el mundo, por eso te doy la bienvenida a casa.

No me decepciones esta vez.

Aquí tú eres invencible.

Tess se llevó la carta al pecho. El corazón amenazaba con salirsele. Cuando recordó el consejo de Sarah se puso de pie como si estuviera impulsada por un cohete y abrió el pie de cama que en realidad era un baúl. Debajo de todas las mantas y cobijas encontró una caja enorme de lata.

Al abrirla halló un puñado de hojas con texto escrito a mano, recortes de periódico, páginas de revistas e incluso fotos que ella misma había subido a sus redes sociales.

Dejó de contener el llanto cuando vio que las hojas con texto eran todas cartas similares a las que acababa de leer, todas ellas empezaban diciendo lo mismo, pero al final el texto siempre variaba.

Al mirar las fechas vio que todas estaban escritas con un mes de diferencia cada una. Su abuelo se había sentado cada mes a escribir una carta para ella. Por primera vez, Tess lloró sin sentirse culpable por hacerlo. Tenía derecho. Lo necesitaba.

En el pueblo el chisme del testamento se había esparcido como pólvora. Por supuesto había sido una bomba. Nadie podía creer que James Cartwright le hubiera dejado el rancho a esa engreída de su nieta. Por su puesto, todos coincidían en que Tess no era más que una sanguijuela y solo había vuelto por su parte del pastel.

Cuando Tom entró a la tienda de abarrotes se encontró con Jane Davis, la dueña de la tienda, de lo más entretenida platicando con dos mujeres que ya se disponían a pagarle la cuenta. Él se quitó el sombrero e hizo una reverencia a modo de saludo, luego se fue directo a la parte en que tenían los artículos de ferretería.

Encontró todo lo que necesitaba, gracias a Dios, porque lo que menos le apetecía era tener que ir hasta la ciudad solo por unas cuantas cosas. Antes de pasar a la caja, fue por unas barras energéticas de maní y chocolate. Debía admitir para sí mismo que le encantaban, solo que siempre decía que las comía porque su madre insistía en que se llevaran algo rápido y nutritivo «por si acaso».

Estaba revisando una nueva presentación de las barras cuando escuchó a una de las mujeres decir a Jane:

—Oh, Cartwright trabajó toda su vida en ese rancho, lo posicionó como el mejor del condado, y al final lo terminó dejando en las manos de esa chica. Por todos los cielos, si no debe saber ni cómo distinguir un toro de una vaca...

—Estoy segura de que debió engatusarlo —contestó Jane—. Todo Denton sabe el tipo de persona que es. De seguro apenas se enteró que él viejo murió se lanzó como un buitre.

—¿Qué será del rancho ahora? —dijo la tercera mujer—. No creo que se lo deje, lo único que ha de importarle es el dinero. Sabrá Dios hasta cuánto asciende la suma. Los Cartwright siempre fueron una familia acomodada...

Tom frunció el ceño. Dejó la barrita donde estaba, luego la probaría, y se concentró en la conversación de las mujeres. ¿De qué se había perdido?

—Ay, es tardísimo —dijo una de las clientes—. Será mejor que me vaya ya mismo. Jane, no olvides tenerme al día.

—Yo también debo irme —secundó la otra.

—Oh, sí me doy cuenta de algo serán las primeras en saberlo —les aseguró la dependienta mientras las despedía con una sonrisa.

Tom decidió acercarse a la caja de inmediato antes de que alguien más entrara a la tienda.

—Hace un lindo día hoy —dijo a Jane al tiempo que ponía sus compras sobre el mostrador.

Jane se llevó una mano al cabello en un intento por parecer más arreglada, le sonrió nerviosa y comenzó a pasar los artículos por el lector de códigos. Tom le devolvió la sonrisa.

—Sí. Este verano no ha sido tan intenso, señal de que el otoño será bueno —contestó la mujer—. Aunque desde luego —agregó— no ha de ser un día bonito para todo el mundo...

—Ah, ¿sí? —dijo con marcado interés.

Jane era una mujer rubia de aspecto desaliñado, estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta y tenía el título oficial de la chismosa del pueblo. Si alguien quería chisme, solo debía

pasarse a la tienda unos cuantos minutos.

—Claro, el pobre Cartwright debe estar arrepintiéndose desde la tumba. Y los hombres de su rancho deben estar preocupadísimos. —Tom arqueó las cejas con expectación—. Todo por esa víbora de Tess Cartwright... —Se llevó las manos a la boca con fingido arrepentimiento—. Oh, disculpa, Tom. Había olvidado que esa chica fue tu primer amor.

La mujer negó con la cabeza mientras echaba todo lo que Tom había comprado en una bolsa de tela. Pobre muchacho, se dijo, había sido una más de las víctimas de esa odiosa mujer.

—¿Qué pasa con el Rancho Cartwright? —preguntó Tom ignorando la falsa disculpa y el comentario final.

Jane lo miró boquiabierta.

—¿No lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de qué es lo que debería saber.

La mujer se acercó hasta él como si fuera a contarle un secreto. Tom pudo notar que olía a una mezcla de tabaco y dulces de menta.

—Pues resulta que Cartwright le dejó todo a su nieta. Bueno, también le dejó algo a Sarah, pero de seguro una miseria. Debía estar loco.

—Él estaba bien de la cabeza.

—Nadie que esté bien de la cabeza podría haber hecho semejante injusticia. Sería incapaz de hablar mal de él, siempre fue muy generoso con sus propinas y le dio trabajo a mis hijos cuando eran poco más que unos chiquillos, pero lo que hizo estuvo muy mal. Mejor hubiera dejado su fortuna a los pobres que a esa paria.

—¿Quién dijo que le dejó todo a Tess?

—Bobby McGraw. Oh, si es que esa mujer no ha cambiado nada. Supongo que sabías que Bobby era el capataz, pues ¡lo ha echado! Así no más. Se ha vanagloriado de que ahora es la dueña y señora de todo y que puede hacer lo que se le viene en gana. Mira que echar al pobre hombre. Trabajó ahí durante seis años. Y así, en un pispás, ella lo echó a la calle como si tal cosa.

—No tenía ni idea de eso. ¿Entonces es la dueña absoluta?

—Así como te lo cuento, ya sabes que a mí no me gusta hablar de más. Lo que digo es tan cierto como que me llamo Jane Davis. Son cuarenta y tres dólares con veinticinco centavos. —Tomó el billete de cincuenta dólares que Tom le tendió, después le devolvió lo que sobraba—. Ni siquiera hace una semana de que enterraron a Cartwright y ya está haciendo estragos. No te extrañes que la siguiente en quedarse sin empleo sea Sarah ... —Suspiró—. Tanto trabajo en ese rancho y ahora esa mujer lo va a dejar venirse abajo. Bueno, aunque lo más seguro es que lo venda a cualquiera que esté dispuesto a pagar por el lugar. —Se encogió de hombros—. ¿Qué más podría hacer ella con un rancho?

—Lo que su abuelo quería que hiciera, sacarlo adelante. Cartwright era un hombre celoso y orgulloso de sus tierras.

Jane soltó una carcajada con tono de burla.

—¿Tess Cartwright? Ay, muchacho, tú nunca aprendes. Esa mujer no tiene corazón ni piensa en nadie más que en ella, es una superficial y materialista. A estas alturas deberías saberlo. —La mujer estrechó los ojos con astucia—. No me digas que todavía te gusta...

Esta vez fue Tom quien soltó una carcajada. Tomó sus compras y se despidió con un gesto de la cabeza.

—Solo un chiquillo inexperto en el amor podría enamorarse de Tess Cartwright. Yo ya no lo

soy. Hasta luego, Jane.

De camino a su camioneta, Tom sacó una de las barritas, la abrió con los dientes y se zampó más de la mitad en un solo mordisco.

Así que Tess aún seguía en Denton y ahora era, nada más y nada menos, que la dueña del rancho más grande del condado. No podía terminar de dar crédito a las palabras de Jane.

De camino a Cinco Diamantes, el rancho de su familia, puso algo de rock country en la radio. Sin embargo, estaba tan distraído con el chisme Cartwright que apenas escuchó algo de lo que sonaba a través del altavoz.

Conforme pasaba frente a la verja de entrada del Rancho Cartwright disminuyó la velocidad. ¿Sería verdad?, se dijo intentando mirar más allá del camino principal.

Cuando llegó al rancho de su familia, se encontró a su madre arrodillada frente a una jardinera, llevaba un sombrero panamá enorme que le protegía el cabello castaño y en las manos enguantadas cargaba sus inseparables herramientas de jardinería.

Ella alzó la mano en alto a modo de saludo. Se acercó despacio, sintiendo la brisa del viento refrescar un poco.

—Pensé que regresarías más rápido —dijo Eva Swanson.

Tom se encogió de hombros.

—Jane Davis me entretuvo un poco.

Eva se quitó el sombrero y se quitó el sudor de la frente con la manga de su camisa a cuadros de franela. Clavó sus grandes ojos azules en su hijo menor.

—¿No estarás interesado en los asuntos de Tess Cartwright?

Tom estaba seguro de que su madre llevaba bloqueador solar, sin embargo, era tan blanca que incluso el calor era capaz de quemarle las mejillas.

—Veo que lo sabías.

Eva volvió a ponerse el sombrero, tomó una pequeña pala y desenterró un bulbo antes de volver a hablar.

—Si te refieres al chisme, lo he escuchado, pero no puedo asegurar que sea cierto. Ya sabes cómo es la gente. —Sacudió una mano en el aire para restarle importancia a las tonterías que se decían—. ¡Deberían de dejar que los muertos descansen en paz!

Tom se quitó el sombrero, lo colocó sobre su dedo índice y lo hizo girar sobre él.

—Bob McGraw fue quien corrió los rumores. Aparentemente ella misma lo despidió.

—Yo habría hecho lo mismo.

Tom sonrió.

—¿Crees que esta sea mi oportunidad?

Eva clavó la pala en la tierra oscura y los ojos en los de Tom. Su expresión era de absoluta sorpresa.

—Dios mío, Tom, ¿sigues enamorado de ella?

Él puso cara de impaciencia.

—¿Por qué todo el mundo cree que todavía me interesa? Desde luego que la última mujer en la que podría fijarme es ella. La superé, es hora de que los demás lo hagan también —agregó.

Su madre lo miró sin inmutarse.

—¿Entonces qué querías decir con lo de la oportunidad? —Volvió a tomar la pala para continuar con el desentierro de los bulbos restantes que quería preparar para el otoño.

—Cartwright nunca quiso venderme terreno... Quizá ahora Tess sí lo haga.

Aunque Tom amaba Cinco Diamantes, llevaba años soñando con tener su propio rancho. Pero

no uno común y corriente, no; pensaba en grande, quería un resort. Un hotel en el que la gente de la ciudad pudiera experimentar durante su estadía cómo era la vida del oeste.

Desafortunadamente se había obsesionado con una parte del terreno de Cartwright porque tenía todo lo que él quería. Un río , terreno llano y una ubicación ideal cerca de las montañas. Si cerraba los ojos podía imaginar el hotel allí mismo.

El problema era que James no había querido venderle ni un centímetro de tierra. Había sido tajante cuando se enteró de los proyectos de Tom, sobre su cadáver su rancho se iba a convertir en un hotel.

Tal como Tom le había dicho a Jane, Cartwright era un hombre celoso de su tierra. Ese rancho había pertenecido a su familia desde hacía cuatro generaciones atrás y ellos eran gente que se tomaban en serio el asunto. Para un vaquero de corazón como Cartwright convertir un rancho en un hotel para forasteros era algo así como una herejía.

—Solo voy a decirte una cosa —dijo Eva a su hijo—. No te apresures sin saber cuánta verdad hay en esos chismes. Y ve a trabajar de una vez por todas o tu padre estará insoportable a la hora del almuerzo.

Tom se llevó una mano a la frente como saludo militar.

—Sí, señora.

Su madre, como siempre, tenía razón. No había prisa, al menos no demasiada, ya investigaría mejor. No podía creer que estuviera pensando en negociar con la mujer que lo había dejado en la iglesia vestido de novio llorando como un jodido idiota.

Tess se dio un suave masaje en la sien derecha. Desde que había llegado al rancho no había dejado de sentir dolores de cabeza. Ni siquiera habían empezado de verdad a trabajar y ya le estaba yendo mal.

Los trabajadores del rancho habían dejado muy en claro que no les hacía nada de gracia estar bajo las órdenes de una mujer. Aunque era evidente que todos tenían el mismo pensar, solo el capataz había sido capaz atreverse a decirlo en voz alta. Y había sido despedido por ello, por no mencionar queapestaba a alcohol.

Tess se había encargado de hacerles saber que no iba a permitir que nadie en ese rancho la despreciara solo por el simple hecho de ser mujer. No era ni la primera ni la última que se encargaba de un rancho. Así que si no querían que les diera órdenes, ya sabían dónde estaba la puerta.

Cuando le contó a Sarah que había despedido a Bobby McGraw, lo hizo casi en un susurro, pensando que la mujer la iba a regañar porque su primera decisión en el rancho no había sido otra cosa que un impulso. En cambio Sarah había asentido y había murmurado que ya era hora de que alguien hubiera puesto a ese muchacho en su lugar.

Aunque solo había sido un detalle, algo pequeño, Tess se había sentido genial. Habían pasado dos semanas desde la lectura del testamento y desde entonces no había hecho nada realmente útil.

Todavía tenía dudas respecto a quedarse en el rancho. A veces se despertaba con alguna pesadilla por la noche y se preguntaba si incluso la carta de su abuelo no era más que otra forma de manipularla para someterse a su voluntad. A pesar de esos pensamientos, había tomado una decisión y cuando lo hacía era firme hasta el final.

Estaba en el despacho de James revisando una montaña de papeles. Su abuelo siempre se había encargado de la contabilidad. Desde luego ella no tenía ni idea del tema, pero Joseph le había estado ayudando al respecto. Habían pasado varios días allí analizando cifras y aprendiendo sobre cómo funcionaba el rancho.

Los números no eran difíciles para Tess, sin embargo, llevar la contabilidad no tenía nada que ver con ser buena en matemáticas. Joseph le había recomendado que contratara un contador y ella se había negado porque estaba segura que podía con ello. Lo cierto era que no, no podía. Al menos no en ese momento.

Por lo que ahora no solo necesitaba un capataz, sino que también un jodido contador. Apartó los papeles con impaciencia al sentirse inútil y decidió que entre más pronto buscara el personal que le faltara, mejor. Encendió el viejo ordenador de su abuelo e hizo lo que pensó sería una rápida búsqueda.

Cuarenta minutos más tarde se rindió. El dolor de cabeza ya le había llegado hasta la sien izquierda. No podía creer que en todo el condado no hubiese una bolsa de empleo en línea o, al menos, una sección de anuncios. ¿En qué mundo vivían? ¿Cómo carajos se buscaba un capataz? Incluso había terminado buscando en los grupos de Facebook.

Presionó con fuerza su frente cuando escuchó que Sarah llamó a la puerta.

—Tienes visita —le dijo la mujer.

Tess estaba intentando relajarse y calmar el dolor. Tenía los ojos cerrados. Había abierto los ventanales porque le encantaba sentir la brisa del aire y el olor a madre selva.

—¿Quién? —murmuró.

—Tom Swanson.

Abrió los ojos de golpe. Hizo una mueca cuando el dolor de cabeza se sintió como una fuerte punzada que le estrujó hasta la última de sus neuronas. Miró al ama de llaves con expresión indescifrable.

—¿Tom? —Sarah asintió—. De acuerdo. Pues que pase... supongo.

No le pasó desapercibido el suspiro de la otra mujer al marcharse. Se preguntó qué hacía Tom ahí y también se sintió nerviosa. Dios, solo esperaba que su dolor de cabeza no se volviera peor.

Tom había estado muy pocas veces en el Rancho Cartwright, la mayoría de veces por negocios. Aunque la primera vez había ido por un motivo distinto. Tess. Después de que lo dejara en la iglesia, él se había presentado al rancho preguntando por ella, creyendo con la más firme de las esperanzas que si insistía ella iba a cambiar de opinión y volvería con él.

Ahora, se dijo, regresaba a ese rancho por negocios y también por Tess. Aunque, gracias a Dios, ya no era aquel estúpido al que ella había impresionado y utilizado como un títere.

La casa a pesar de ser enorme y de su fina arquitectura, le parecía sencilla. Demasiado seria, demasiado práctica. Estaba seguro de que su madre habría dicho que allí faltaba el toque femenino y de seguro tenía razón. No se imaginaba a James Cartwright como un gran decorador de interiores.

Caminó tras Sarah hasta el despacho, ella abrió la puerta y lo invitó a pasar con una amable sonrisa. Tom se la devolvió, pero al hacerlo sintió que la comisura de sus labios estaba tensa y eso no le gustó. No podía ponerse nervioso. Aunque claro, eso era debido a los terrenos, no tenía nada que ver con la mujer que estaba a punto de ver.

Ella estaba sentada en la silla del escritorio mirando hacia las ventanas. Se giró despacio justo cuando él comenzaba a quitarse el sombrero y abría la boca para hablar.

No pudo decir ni una palabra. Sus ojos oscuros lo atravesaron con una intensidad que le sorprendió. Santo cielo, seguía siendo una belleza. Tom había conocido otras mujeres hermosas, pero debía admitir que ninguna lo había impresionado tanto como ella. Tess era diferente. Hipnótica. Arrolladora. Magnética. Hasta que te convertía en su víctima y la magia desaparecía.

Le alegró notar que no era el único que se impresionaba. Ella también lo estaba mirando con atención y cierta sorpresa. Ese punto lo tenía a su favor. Porque Tom Swanson jamás había sorprendido a Tess.

—Vaya, vaya —dijo ella asintiendo para sí misma.

Su voz suave y ronca le trajo un puñado de recuerdos que apartó de su mente de inmediato.

—Vaya, vaya —contestó con un evidente deterioro repentino en el cerebro.

¿Acaso no tenía algo mejor que decir? ¡Por Dios qué le pasaba!

Tess elevó las comisuras de sus labios carnosos en una sonrisa, lo que consiguió que Tom se pusiera de mal humor. No la soportaba.

—Haz cambiado... un poco, Tom.

—No te imaginas cuánto —replicó cuando por fin encontró su voz, al menos esta vez había contestado algo diferente a ella, eso ya era un progreso.

Tess se puso de pie con elegancia. Sus movimientos recordaban a los de un puma cuando

estaba a punto de atacar.

—Sí, eso parece. Bien, ¿qué tal si me cuentas a qué debo el honor de tu visita.

Directa, como siempre, pensó él.

—Cosas de negocios —aclaró.

Tess entrecerró los ojos con sospecha, después arqueó su ceja izquierda muy despacio sin dejar de mirarlo en ningún momento.

—¿Negocios? —Sonrió—. Suena interesante.

—Quizá lo sea.

Tom caminó hasta la silla frente al escritorio para tomar asiento, a pesar de que ella no lo había invitado a hacerlo. Aunque cuando lo hizo se arrepintió de inmediato porque incluso a esa distancia podía sentir el aroma del perfume de ella.

—La verdad es que no se me ocurre qué tipo de negocio puedas ofrecerme —dijo Tess recostándose con pose relajada en el respaldar de su asiento.

—En el pueblo se comenta bastante sobre la herencia de tu abuelo. Dicen que ahora eres la dueña de todo esto. —Extendió las manos para hacer evidentes sus palabras.

—Aquí la gente siempre ha sido una chismosa —contestó con tono despreocupado—. Supongo que deben estar diciendo un montón de cosas horribles de mí.

Como se sentía un poco nerviosa, tomó un lápiz del escritorio para tener algo en qué ocupar sus manos y que no se le notara que le temblaban un poco.

Tom se encogió de hombros.

—No sé qué consideres horrible. Nunca te ha preocupado demasiado lo que se dice de ti, ¿no?

La sonrisa suave que Tess había tenido en su cara se tensó de inmediato.

—La gente es libre de decir lo que piensa.

Tom se inclinó hacia ella.

—Dicen que echaste al capataz como si se tratara de un perro.

Tess hizo un gesto de desprecio con la mano.

—No deberías confiar en todo lo que escuchas. Los perros son fieles.

—Hace mucho que no confío en lo que escucho. Ya una vez lo hice y descubrí que la gente cuando quiere puede mentir muy bien, incluso si te miran a los ojos mientras tú les abres el corazón. ¿Recuerdas?

Tess se removió incómoda.

—No tengo tiempo que perder, Tom. Supongo que no viniste para ponerme alerta sobre los chismes del pueblo y, espero, tampoco lo hayas hecho para remover la basura del pasado. Me disculpé en su momento y no pienso volver a hacerlo, si eso es lo que buscas.

Tom se maldijo, no había querido sacar a relucir el pasado. Se había repetido durante todo el camino que hablar sobre lo sucedido solo significaría que no estaba superado y era obvio que él tenía ese tema olvidado y sepultado, por Dios.

—Disculpa. Tal como te dije estoy aquí por un asunto de negocios.

Tess cerró los ojos al sentir que su dolor de cabeza se iba extendiendo. Entonces una idea cruzó por su mente y los abrió de golpe clavándolos en los ojos azules de él.

—¿Vienes por el puesto de capataz?

Su rostro casi pudo reflejar todo el alivio que sintió al pensar en que podría resolver ese asunto de una vez por todas.

Tom la miró con incredulidad. Santo cielo, no había cambiado ni un poco. Le molestaba que aún siguiera pensando que podía hacer con él lo que quisiera. ¿Capataz?

—Pues no. Estoy aquí porque quiero comprar parte del terreno del rancho. El terreno del lado este, para ser más específico.

La cara de desilusión de la morena fue tan obvia que Tom estuvo a punto de sonreír de pura satisfacción.

—¿Comprar terreno?

—Exacto.

Ella bufó, más por la desilusión que por otro motivo. Sin embargo, a Tom no le sentó bien el gesto y lo tomó como un ataque.

—¿Acaso crees que no puedo pagarlo? Tess, no soy estúpido. Si estoy aquí es porque puedo hacerlo, he trabajado duro y tengo mi propio dinero —se dirigió a ella con voz firme.

Tess le respondió con el mismo tono.

—No recuerdo haber dicho que fueras estúpido. Y tampoco recuerdo haber puesto ningún terreno en venta. —Frunció el ceño con teatralidad—. ¿Eso también se rumorea en el pueblo?

Tom se puso de pie con impaciencia.

—Ya te dije que el dinero no es un problema...

—No hay terreno en venta en este rancho, Tom.

Por un momento ella deseó poder vender todo el jodido lugar, salir de sus apuros económicos y dejar todo atrás; pero entonces supo que aun cuando tuviese la oportunidad de hacerlo no lo haría porque aunque quisiera ocultarlo le tenía un respeto a su abuelo y estaba en deuda con él. Ese rancho era lo único que la ataba a él y a sus raíces, a las personas que una vez habían sido.

—¿Ni siquiera vas a darme la oportunidad de negociar?

Tom apoyó sus manos sobre el escritorio inclinándose tanto hacia ella que sus rostros quedaron a muy poca distancia.

Esta vez fue Tess quien se vio envuelta por el aroma de su perfume. Era amaderado, masculino e iba muy bien con él. Desde luego ya no era el enclenque del pasado. Sus hombros anchos y sus brazos musculosos dejaban bien claro que Tom ya no era un chico, sino un hombre. Debía admitir que se había convertido en un hombre atractivo, pero lo cierto es que era demasiado tosco, demasiado duro para su gusto, daba igual que oliera malditamente bien.

—Tengo mucho que hacer como para perder el tiempo en tonterías —contestó ella poniéndose de pie también—. Así que si eso es todo, puedes retirarte.

Esta vez quien sonrió fue él. La comisura izquierda se elevó despacio mientras su mirada chispeaba con fingida diversión. El azul de sus ojos contrastaba con el dorado de su piel acostumbrada a trabajar horas bajo el sol.

—¿Qué piensas hacer con este rancho, Tess?

—Ese no es tu asunto —apuntó molesta por la chulería que él mostraba.

—Es obvio que no sabes nada sobre un rancho. Déjame decirte que este trabajo no es tan sencillo como poner una cara bonita para una foto. Lo mejor que puedes hacer es vender y dejar que gente que sí sabe lo que hace aproveche estas tierras. Si llegamos a un acuerdo, puedo comprar más que una parte del terreno en el este. Sé muy bien lo que valen estas tierras y al igual que tu abuelo, las respeto. No pienso aprovecharme de ti, pagaré un precio justo. Créeme, luego puede ser demasiado tarde. Estoy seguro que tu abuelo preferiría ver las tierras siendo trabajadas que ver su rancho en quiebra.

Los ojos de Tess ardieron como dos carbones.

—Tú no tienes ni idea de lo que mi abuelo preferiría...

—Debo de tener más idea que tú. Yo al menos me comunicaba con él de vez en cuando y lo

veía a menudo.

El dolor que Tess sintió ante esas palabras fue tan agudo y preciso que maldijo a Tom en silencio, sobre todo porque lo que él decía era cierto. A fin de cuentas, ella tampoco tenía ni idea de lo que su abuelo quería.

—Oh, vaya. No recordaba que fueras tan cabrón. Quizá si hubieras tenido ese carácter antes me habrías emocionado aunque fuera solo un poco —soltó ella como respuesta a su ataque.

—Alguien con un corazón tan helado es incapaz de emocionarse, Tess, no te engañes.

Ella soltó una carcajada.

—Estás equivocado, guapo. —Lo miró fijamente—. Hasta mis peores amantes han sabido cómo calentarme.

Incluso para sus propios oídos sus palabras sonaron despreciables. Por Dios, hasta ella sabía que estaba muerta por dentro y que era incapaz de sentir nada bueno. Las pocas veces que lo había hecho siempre había salido mal.

—No me refería a meter el trasero en la cama del primero que se te atravesara por el frente —replicó él.

Aunque la fama de Tess no era la mejor y ella no se había molestado en corregirla, había cosas que nunca había aprobado. Podían decir mucho de ella, incluso si eran mentiras, pero no que era una zorra. Tess Cartwright jamás había usado su cuerpo como moneda de cambio como muchos afirmaban ni tampoco se acostaba con cualquiera.

—Mira, Tom Swanson, no pienso permitir que vengas a mi propia casa a ofenderme. Te lo voy a decir por última vez: lárgate de aquí.

Tom se volvió a poner el sombrero que había dejado en la silla en un intento por controlar su enojo.

—Te vas a arrepentir, Tess Cartwright. Cuando este rancho no valga ni la décima parte de lo que vale ahora, vas a ser tú quien me suplique que compre terreno.

Ella lo miró con desprecio.

—Yo no le suplico a nadie, mucho menos a un imbécil como tú. Primero se congela el infierno. No te vendería el terreno ni aunque fuera mi última opción.

—El tiempo lo dirá... Quizá algún día seas tú la que suplique de rodillas...

Tess soltó una carcajada.

—Yo no soy tú, Tom.

Él se encogió de hombros. Salió del despacho sin agregar nada más. Al llegar a la camioneta abrió la puerta con fuerza, luego la cerró de un portazo y le dio una patada tan fuerte que dejó la marca de la punta de su bota en ella.

Maldita fuera esa mujer. Ojalá que algún día el destino pudiera cobrarle toda su prepotencia. Dios, era tan estúpida que ni siquiera podía ser consciente de que estaba a punto de destrozar el rancho más importante del condado.

Sarah arqueó las cejas cuando vio a Tess aparecer en la cocina. Ese día era su primera reunión como la representante del rancho y era obvio que ella no pensaba pasar desapercibida.

Llevaba un vestido blanco que se le ajustaba al cuerpo como una segunda piel y unos tacones color piel tan altos que resultaban un arma suicida.

—Buenos días —saludó Tess en voz baja. Sarah le señaló la mesa para indicarle que se sentara a desayunar—. Solo voy a tomar un jugo de naranja. No tengo demasiada hambre.

El ama de llaves la ignoró por completo. Sirvió ante ella un emparedado y un vaso de naranja.

—Necesitas alimentarte bien —regañó—. Estás demasiado flaca.

Tess sonrió para sí misma. No era eso lo que pensaban las agencias de modelaje. En los años en que había estado activa en su trabajo había pesado hasta ocho kilos menos de lo que pesaba en ese momento.

—Estoy un poco nerviosa —admitió.

Sarah la miró con comprensión mientras se sentaba a su lado.

—La gente del pueblo no muerde, Tess.

—Nunca les he agradado —replicó antes de darle el primer mordisco al emparedado.

—Pues no es que te esforzaras mucho por hacerlo. Pero eso no significa que aún no estés a tiempo. Les guste o no, ahora el Rancho Cartwright está bajo tu mando y es el rancho más importante del pueblo y el condado, así que aunque solo sea por interés te van a tener que soportar.

Tess suspiró.

—Ni siquiera Tom me soporta y él nunca se había metido conmigo antes. Ayer se comportó como un idiota. —Sarah la miró con cierta duda, Tess puso los ojos en blanco, luego se llevó la mano al pecho como si fuera a hacer un juramento—. Yo no lo provoqué.

—No es el mismo de antes, supongo que lo notaste, pero es un buen hombre. Nunca se mete con nadie, es amable con todos y...

—Pues parece que soy la excepción.

—Quizá aún le duele lo que sucedió. Los hombres tienen su orgullo.

Tess se puso de pie, cogió el plato con el emparedado a medio comer y el jugo de naranja, los llevó al fregadero y comenzó a lavar los platos. La primera vez que lo había hecho a Sarah casi se le había caído la mandíbula de la cara debido a la sorpresa.

—Han pasado doce años. Sé que lo que hice fue horrible. Sin embargo, es pasado. El problema no es ese. Es que quiere que le venda terreno y parece que no le gustó que le dijera que no. ¡Cómo si yo tuviera que obedecerlo! —Dejó los platos secándose y tomó una toalla para secarse las manos al tiempo que se volvía hacia Sarah—. El muy idiota insinuó que yo iba a dejar el rancho en quiebra si no lo vendía.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Acaso tú no piensas un poco lo mismo?

Tess la miró boquiabierta.

—Sabes que no puedo vender ni una paca de heno de este lugar.

—Eso no fue lo que pregunté.

—Yo puedo permitirme pensar que soy un fracaso, pero me molesta que los demás lo vean así —confesó con un suspiro.

Sarah se puso de pie sonriendo.

—Cariño, si ni siquiera tú crees en ti misma, nadie más lo va a hacer. —Colocó una mano sobre el hombro de la morena para darle ánimos—. No puedes controlar lo que la gente crea o diga de ti, pero sí puedes demostrar con hechos que están equivocados. Solo hazlo. Deja de preocuparte por lo que piensen de ti y empieza a preocuparte por ser tú misma. —Le dio un beso en la mejilla—. Suerte. Ah, por cierto, Tom llevaba casi un año intentando que tu abuelo le vendiera el terreno y James nunca aceptó.

Tras esas palabras Sarah salió de la cocina sin agregar nada más.

Era la primera semana de mayo en Denton. La primavera estaba a punto de dar su paso al verano. Eso solo significaba una cosa: la feria del pueblo estaba a la vuelta de la esquina.

El evento era toda una tradición cada mediados de julio en el pueblo y los lugareños se lo tomaban muy en serio. La fecha siempre era esperada con anhelo, había espacio para todos y siempre se podía encontrar entretenimiento sin importar la edad o los gustos de las personas.

Durante décadas los encargados del evento habían sido el grupo de ganaderos y empresarios más importantes del pueblo. James Cartwright había participado en la asociación organizadora desde su inicio, no se esperaba menos de la persona más influyente y adinerada del pueblo.

Sin embargo, este año había mucha incertidumbre al respecto. Nadie esperaba que Tess se dignara a aparecer a la primera reunión para organizar la feria y más de una persona daba por sentado que los aportes provenientes del Rancho Cartwright quedarían solo como un grato recuerdo del pasado.

Fue por ello que cuando la puerta de la sala de reuniones del hotel del pueblo se abrió y por ella apareció Tess Cartwright el lugar quedó como en suspenso.

Solo se oyeron cuchicheos, suspiros de alivio y alguna que otra expresión de verdadera sorpresa.

—Buenos días, señores y señoras —dijo Tess con su voz ronca.

—Buenos días —contestaron algunos de los organizadores.

—Señora Cartwright, qué sorpresa tenerla aquí —dijo Steve Rogers, el alcalde—. Pase adelante. Si gusta puede tomar asiento justo aquí —agregó señalando el lugar a su lado—. Es el sitio que siempre ocupó su abuelo

Tess se quitó las gafas de sol despacio. El lugar era pequeño, las sillas estaban distribuidas por filas como si se tratase de un cine. Clavó los ojos en el asiento desocupado. A un lado se encontraba el alcalde y al otro Tom Swanson. Sonrió esperando que el gesto resultara por lo menos educado.

—Gracias, pero prefiero sentarme aquí —contestó al hombre señalando la última fila donde no había nadie sentado.

No le pasó desapercibida la sonrisa irónica de Tom ni los cuchicheos de unas mujeres que se encontraban en una esquina, pero fingió que no se daba cuenta. Si estaba ahí era solo por el testamento, no tenía ni idea de qué debía hacer y su plan consistía en mantener la boca cerrada y asentir con una sonrisa a todo lo que le dijeran. Menos a ocupar la silla de su abuelo, no iba a tomar un lugar que a todas luces le quedaba grande.

—De acuerdo —contestó el alcalde un poco contrariado.

Tess prestó atención a todo lo que se hablaba, pero en ningún momento intervino. Intentó no despegar los ojos de las imágenes que se proyectaban en una pizarra frente a todos, puesto que cada vez que lo hacía se encontraba con alguien mirándola a hurtadillas.

—Al igual que todos los años —explicó Ian McGregor, uno de los principales rancheros y el presidente de la organización— la feria se llevará a cabo la segunda semana de julio. Ya tenemos los permisos correspondientes y los aspectos más relevantes. Así que ahora solo queda dividir las últimas tareas entre todos nosotros.

Tess arrugó la cara al preguntarse qué significaba exactamente eso. Sintió un escalofrío cuando el hombre clavó los ojos en ella. Su rostro estaba teñido de duda y desconfianza. Se aclaró la voz antes de empezar:

—Cada año todos hemos tenido el mismo papel y responsabilidades, pero... dado que este año hemos perdido a una pieza importante de la organización como lo fue nuestro querido amigo James Cartwright. Bueno, supongo que tendremos que modificar las cosas un poco.

Todos miraron a Tess con atención, lo que hizo que se pusiera nerviosa. Sin tener ni idea de lo que hacía enderezó los hombros con seguridad y dijo:

—Estoy aquí representando a mi abuelo y al Rancho Cartwright. No hay necesidad de modificar nada. La tradición puede continuar.

Dios bendito, hasta la respiración se le había cortado. Oyó una risa, al buscarla se dio cuenta de que provenía de Tom. Lo fulminó con la mirada.

—No sé qué te parece tan gracioso, Tom.

Él la miró con una sonrisa que de haber sido otro hombre habría considerado seductora.

—¿Sabes de qué se encargaba tu abuelo en la organización?

Tess se mordió la lengua antes de soltar algo de lo que fuera a arrepentirse. Le devolvió la sonrisa.

—No, pero soy toda oídos.

Tom bufó, le dio la espalda y se dirigió a Ian McGregor:

—Definitivamente necesitamos una reestructura. Si dejamos las cosas en manos de ella, la feria va a ser un fiasco.

Tess se quedó boquiabierta al ver que todos asentían y lo apoyaban a él.

—Soy una persona capaz y responsable —intervino ofendida.

Will Cooper, el dueño del bar se giró hacia ella.

—Señora —habló con tono amargo—, su abuelo era quien se encargaba de organizar todo lo relacionado al rodeo y los aspectos contables. Para serle honesto no creo que usted ni siquiera sepa la diferencia entre un toro y un buey.

Tess abrió la boca, luego la cerró de golpe. Mierda, una voz en su cabeza le gritó que siguiera adelante y que no dejara que la vieran como una inútil. Si sabía o no la jodida diferencia a ellos qué les importaba. Respiró hondo. Al final mejor decidió hacer caso al consejo de Sarah, a la única persona a quién debía demostrarle algo era a sí misma. Los demás se podían ir al infierno.

—De acuerdo —aceptó—. No quiero ser la causante de que la feria sea un fracaso. —Las palabras le supieron a derrota y odiaba la sensación, pero continuó—: Me pongo a disposición de la organización para lo que consideren más oportuno.

Cooper extendió las manos al cielo como si diera gracias a Dios. Tess desvió la mirada y se encontró con los ojos azul cobalto de Tom. Por primera vez en la mañana no la miraba con recelo ni con burla.

La reunión se alargó más de lo esperado debido a la reestructuración de responsabilidades y la

dificultad para ponerse de acuerdo que tenía casi todo el mundo. Tess se mantuvo al margen, solo quería que le dijeran qué le tocaba e irse a casa. El trabajo en el rancho se le acumulaba cada vez más.

La tarde anterior había decidido realizar una votación entre todos los trabajadores del rancho para que quienes quisieran se propusieran para el puesto y eligieran democráticamente cuál de los aspirantes era más apto. Había saltado de felicidad cuando por fin pudo resolver ese asunto. Nadie había parecido considerar la selección del nuevo capataz como una tontería, ese era un buen paso, ¿no? Y, además, Sarah le había dicho que era bueno confiar en los empleados y escucharlos.

Tess volvió a concentrarse en la reunión sobre la feria cuando vio a todo el mundo ponerse de pie. Sacudió la cabeza al darse cuenta que el encuentro había terminado.

—Un momento —dijo en voz más alta de lo que pretendía—. ¿Qué pasa conmigo? No me han asignado ninguna tarea.

Ian McGregor y el alcalde se miraron con cautela.

—Señora, tal como dije unos minutos atrás —empezó el ranchero— será mejor que este año usted lo use para familiarizarse con el modo en que trabajamos. Así entiende mejor el asunto y el año siguiente podrá ayudarnos.

Tess se quedó seria como una momia. Había estado tan distraída que no se había dado cuenta que la habían hecho a un lado.

—¿Quiere decir que no voy a hacer nada?

—Oh, creo que no debe verlo de esa manera —intervino el alcalde mientras todos los presentes se quedaban de pie sin moverse prestando atención a lo que sucedía—. Usted puede presentarse a las reuniones y ver cómo avanza todo. Puesto que no está familiarizada con este tipo de eventos y...

—No soy una inútil —interrumpió ella—. Tal como dije estoy aquí para representar el Rancho Cartwright y voy a hacer lo que corresponda hacer. No necesito que me traten como si fuera tonta.

—Desde luego que no hacemos eso...

—Pues es exactamente lo que parece. No pienso irme de aquí sin que se me asigne una responsabilidad. —Miró a todos con gesto serio.

—McGregor, ponla a vender tiquetes para los juegos mecánicos —soltó Jane Davis, la de la tienda, con burla.

Tess la miró con desprecio.

—Dígame una cosa, señora Davis —pidió la morena—, ¿cuánto dinero invierte su negocio en la feria y cuánto invierte el Rancho Cartwright?

Jane Davis se puso roja como si hubiese estado una hora corriendo bajo el intenso sol. Aunque Tess no había tenido mucho tiempo para investigar sobre el papel exacto de su abuelo en la organización, porque se había quedado dormida a las tres de la mañana mientras leía los registros del año anterior, sí había tenido el tiempo suficiente para informarse de quiénes participaban y cuánto aportaban los que además de su tiempo contribuían económicamente.

El Rancho Cartwright era quien más daba, por mucho. Se le habían quedado los ojos como platos cuando había visto el monto. Probablemente esa era la razón por la que la feria era un éxito y por lo que nadie la había echado de la reunión hasta el momento. Sin embargo, recordaba muy bien que la dueña de la tienda de abarrotes estaba en ese grupo de personas que solo aportaba participación. No es que Tess despreciara la participación, pero... si la bruja la había atacado, debía atenerse a las consecuencias.

—Qué comentario tan desagradable —exclamó una mujer en algún sitio del salón.

Tess la ignoró y volvió a dirigirse al presidente.

—No me interesa si mi comentario es agradable o no. Voy a ser clara: con todo el dinero que aporta el rancho no pienso permitir que se me trate como se me está tratando.

El alcalde estaba pálido como una hoja de papel.

—Señora, no es nuestra intención ofenderla. Desde luego que no. Solo estamos siendo considerados con usted y...

—No necesito la consideración de ninguno de ustedes.

Los intentos de Tess por ir en son de paz se esfumaron de inmediato. Qué demonios, si esa gente pensaba que era estúpida o una buena para nada, estaban muy equivocados.

Habría sido demasiado fácil dejar las cosas como estaban y que los demás hicieran el trabajo, ella ya tenía mucho que hacer al fin y al cabo. No obstante, su abuelo le había pedido que demostrara que era capaz de llevar el rancho y eso era justo lo que iba a hacer. No sabía si lo conseguiría, pero, maldita sea, lo intentaría hasta el final.

—Cielo santo, ya es tarde —se quejó Will Cooper—. La reunión ha terminado y no tenemos tiempo para caprichitos. No todos pasamos el día rascándonos la panza.

Tess miró al hombre con todo el desagrado que siempre había sentido por él.

—Si quiere irse, señor Cooper, puede hacerlo. De todos modos, usted aporta incluso menos que la señora Davis.

En el salón se escucharon expresiones de sorpresa por todas partes.

El hombre la asesinó con la mirada, se acercó a ella y señalándola contestó:

—Para estar aquí no se exige ninguna cantidad de dinero, así que no haga aspavientos de su poderío económico. No queremos a modelitos metiendo su nariz en los asuntos importantes del pueblo.

Tess sonrió.

—Eso no quita el hecho de que usted por ser el dueño del bar es uno de los que más beneficiado se ve con la feria y, aun así, el aporte económico es nulo. Pero me imagino que su ayuda ha de ser muy valiosa para compensar tal cosa... Mi abuelo siempre decía que los que menos dan, son los que más hablan. ¿A que era un hombre sabio?

Will Cooper se acercó más a la chica, su furia era evidente y su postura amenazante asustó a todos un poco.

Justo cuando el hombre abría la boca para despotricar contra ella, Tom intervino:

—Basta ya, Cooper. Si ella quiere trabajar, pues que trabaje. Simplemente que lo haga bajo la supervisión de alguien y ya está. Yo también necesito largarme a trabajar de una vez por todas.

—¡Ni se les ocurra ponerla conmigo! —exclamó Jane Davis con expresión de horror.

Tess puso los ojos en blanco.

—¿Hay algún voluntario que quiera dividirse las tareas con la señora Cartwright? —preguntó el alcalde.

Todos los presentes se miraron unos a otros, sin que ninguno dijera ni una palabra. Tess comenzó a ponerse nerviosa, era obvio que nadie la quería cerca. Entonces una voz femenina resonó en un sitio apartado del salón.

—Puede trabajar conmigo —dijo la voz.

Tess buscó a la mujer. Sintió que se le estrujaba el corazón cuando la reconoció. Sheryl Archer. La chica que una vez había sido su mejor amiga.

Sherryl y Tess se quedaron en el salón de reuniones mientras todos se iban susurrando y murmurando por todo lo que había sucedido.

—Gracias por tomarme en cuenta —musitó Tess a su antigua amiga.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba aburrida de estar escuchando a todos discutir.

El hotel del pueblo pertenecía a la familia Archer y ahora Sherryl era quien se encargaba de administrarlo.

—No te había visto antes. Por cierto, te sienta bien ese corte de cabello.

En el pasado la chica había llevado una media melena castaña oscura, ahora llevaba un corte *bob* y mechas.

—Bueno, quizá si miraras más allá de tu nariz... Y gracias —agregó llevándose la mano a su cabellera.

Tess frunció el ceño.

—Lamento lo que sucedió en el pasado, Sherryl. Sé que no fui la mejor amiga, pero quiero que sepas que nunca quise lastimarte.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No tienes que disculparte, Tess. El pasado es pasado. Fuimos amigas, rompiste una promesa y dejamos de serlo. No hay más que hablar. Somos adultas. Ahora simplemente vamos a trabajar juntas y será mejor que empecemos cuanto antes. Debemos encargarnos del apartado cultural. ¿Sabes lo que eso significa?

Tess negó con la cabeza. Sherryl respiró profundo y comenzó a explicarle en qué consistía todo. Le propuso las ideas que desde hacía días tenía en mente y al final se pusieron de acuerdo para reunirse en otro momento porque Sherryl andaba un poco ocupada con los asuntos del trabajo.

Tess salió del hotel a toda prisa, aunque no se lo había hecho saber a la administradora, ella también estaba ocupada. Se detuvo de golpe cuando vio a Tom recostado sobre la puerta del conductor de su precioso Chevy.

La chica se quitó las gafas de un manotazo y fue corriendo hasta donde estaba él para apartarlo como si se tratara de un virus altamente mortal.

—Por el amor de Dios, quita tus sucias botas de mi auto.

Tess lo quitó de en medio y se agachó para revisar que la puerta en la que él había apoyado su bota de cuero no le hubiera ocasionado daños a la pintura. Ese auto era lo único de valor que le quedaba y un mínimo rayón lo devaluaría unos cuantos miles de dólares, cosa que no se podía permitir.

Cuando comprobó que todo estaba perfecto se puso de pie y puso los ojos en blanco al darse cuenta del descaro con el que el vaquero le había estado mirando el trasero.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó ella.

—Estaba esperándote —contestó mientras volvía a recostarse al auto.

—Podrías dejar de hacer eso, por favor —pidió al tiempo que lo apartaba de nuevo.

—Solo si me lo pides sin gritar.

—¡No estoy gritando!

Tom sonrió al ver que unos hombres que pasaban por la calle se volteaban a mirarlos.

—¿Qué quieres, Tom Swanson? —preguntó esta vez en voz baja aunque impaciente.

—Eso es lo que me pregunto yo. ¿Qué fue ese *show* en la reunión?

—No permitir que me hagan a un lado no es un *show*. Quiero ayudar porque se me da la gana y punto.

—¿Desde cuándo te importa tanto Denton?

—Desde nunca, pero a mi abuelo sí que le importaba y ahora soy yo quien ocupa su lugar.

Él se acercó más a ella, alzó su mano para tomarle la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿De verdad te vas a quedar en el rancho?

El titubeo que vio en esa mirada fue prueba suficiente para él de que ella no se iba a quedar.

—Deberías de ocuparte de tus asuntos. —Apartó el contacto de él con un fuerte manotazo—.

¡Y no me vuelvas a poner las manos encima!

—Ya tienes un comprador para el rancho, ¿cierto? Por eso no quieres hacer negocios conmigo.

Tess puso los ojos en blanco mientras sacaba las llaves de su bolso.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que el rancho no está en venta?

—Lo vi en tu mirada cuando te lo pregunté. No te vas a quedar con él. Entonces, ¿por qué demonios no accedes a escucharme si quiera? No te estoy pidiendo que me entregues la escritura, solo quiero que escuches mi oferta y te tomes si quiera un momento para evaluarla.

Ella aguzó la mirada.

—¿Por qué tanto interés en esas tierras?

—Porque en Cinco Diamantes ocupamos terreno que limite con el río —mintió sin inmutarse—. Llevar agua a esa zona de nuestro rancho es un gran gasto que nos ahorraríamos si tú vendieras unas cuantas hectáreas de la tierra en que estoy interesado... El Rancho Cartwright siempre ha tenido terreno de sobra colindando con acceso al río. No es un secreto que tu abuelo ha vendido varias propiedades a rancheros que tenían el mismo problema que nosotros.

La chica lo miró con absoluta desconfianza.

—Sin embargo, a ti no quiso vendértelo... —La expresión de Tom fue indescifrable—. Algún motivo tuvo que tener el abuelo para que tú no corrieras con la suerte de esos otros rancheros.

—Es una lástima que no haya tenido tiempo de convencerlo respondió él con cautela—. Estoy seguro de que tarde o temprano lo habría conseguido.

—Era un hombre decidido. Me parece que un año de insistencia tendría que haber sido suficiente para convencerlo. —Sonrió al ver que él se ponía serio—. Así es, Tom, estoy al tanto de muchas cosas. Será mejor que busques otra opción porque no voy a vender.

Él se metió las manos en los bolsillos del vaquero mientras la veía entrar al auto. Cuando ella bajó la ventanilla para despedirse, él se inclinó y asomó la cabeza por ella, tanto que sus rostros quedaron a pocos centímetros.

—No sé qué capricho tengas ahora en mente, Tess Cartwright, pero creo que terminarás cagándola. No perteneces a Denton y no sabes nada sobre un rancho. Tan solo mira la ropa que llevas puesta y este auto, cuando se te pase la novedad va a ser muy tarde para esa joya que recibiste por herencia. Si continúas con esa terquedad tuya vas a destruir el rancho. No solo lo digo porque no quieras vendérmelo, sino porque respeto la memoria de James Cartwright y lo que consiguió con trabajo y esfuerzo.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo o no debo hacer.

—Te estoy dando un consejo. Gratuito.

—Guárdatelo. Esas tierras no están en venta y no quiero escuchar ni una palabra más al respecto.

Tom se acercó todavía más. A pesar de que era consciente de que estaba jugando con fuego, no retrocedió ni un milímetro y ella tampoco. Estaban tan cerca que podía sentir la respiración de ella entremezclarse con la suya. Por un momento se vio tentado a recortar la ínfima distancia que los separaba y probar esa boca endiablada.

—¿No soy digno de adueñarme de las tierras de los Cartwright? Porque si de eso se trata, permíteme decirte que tú no eres precisamente la más indicada...

—¿Alguna vez te han dicho que eres un idiota?

—No muchas, la verdad.

Ella sonrió, luego se acercó más a él hasta el punto en que su aliento hizo cosquillas sobre los labios de Tom. Tal como había esperado, el vaquero dio el siguiente paso, tomó el movimiento de ella como una invitación y la besó. El contacto no duró ni un segundo. De inmediato Tess le dio al botón que controlaba los vidrios eléctricos y dejó la cabeza de él atrapada en el auto.

—Pues que lo sepas que eres un idiota y de los grandes. ¿Sabes cuándo te voy a vender ese terreno? —preguntó mientras el batallaba con la ventanilla para poder liberarse del vidrio que lo estaba ahorcando—. ¡Cuando se congele el infierno!

Tess sonrió con dulzura antes de volver a abrir la ventanilla para que sacara la cabeza y de inmediato arrancó el auto sin darle tiempo siquiera a soltar un juramento. Tom quedó a un lado de la calle sujetándose el cuello mientras miraba el auto desaparecer y se maldecía por ser un tonto de remate.

Tess llegó al rancho de mal humor. Sarah que se encontraba en la cocina suspiró temiendo lo peor. Ya había escuchado suficientes chismes en el pueblo como para saber lo que se decía de Tess, así que había supuesto desde el principio que su ida a la reunión ese día no iba a ser miel sobre hojuelas.

Preparó un té frío y un platito de galletas. Luego subió hasta la habitación de ella, llamó a la puerta y pasó adelante. Tess se encontraba en el balcón observando a lo lejos.

—Debes de tener hambre —dijo la mujer—. Te traje un té y galletas. Pero si quieres puedes ir a almorzar al comedor.

Tess negó con la cabeza, en silencio.

Sarah dejó la bandeja en una mesilla y fue hasta el balcón, se colocó a su lado.

—¿Qué sucedió?

Tess desvió la mirada de donde fuera que la tuviera y miró al ama de llaves a los ojos.

—Nadie me considera capaz de representar el rancho.

—Tu abuelo te consideró capaz así que el resto no importa.

Tess negó con una sonrisa triste.

—Tom cree que solo es un capricho.

—¿Te importa lo que piensa él?

—No, pero es lo que piensan todos. La verdad es que yo también. Ni siquiera querían dejarme ayudar en lo de la feria. Tuve que ponerme... firme para conseguir que me dieran mi lugar. Me siento tan presionada. El abuelo dejó demasiada responsabilidad sobre mis hombros y no me perdonaría decepcionarlo.

—Entonces no lo hagas.

Tess se llevó las manos a la cabeza con impaciencia.

—Por Dios, es que no te das cuenta que lo que me pidió a cambio es casi imposible. Si lo del rancho es una locura, lo del matrimonio no sé ni cómo catalogarlo. ¿Acaso se estaba burlando de mí? —Cerró los ojos—. Primero tuve una boda que yo misma cancelé y luego un matrimonio en Las Vegas que solo me duró cinco meses. Veas por donde lo veas, me parece una completa tomadura de pelo.

—La verdad es que sí.

Tess la habría mirado incrédula solo por fingir un poquito de dignidad, pero estaba demasiado agotada para hacer el esfuerzo.

—He pensado en contratar a alguien...

Sarah aguardó silencio un momento.

—¿A qué te refieres?

—Contratar a alguien para que se case conmigo.

—No creo que esa haya sido la idea de tu abuelo...

—El abuelo se pasó con sus exigencias por si no te has dado cuenta, así que tengo derecho a jugar sucio.

—Tess, eso es ilegal y...

—Nadie tiene por qué enterarse. Sabes que mucho de lo que hay en el testamento es un sin sentido.

—Sin sentido es lo que me estás diciendo... Por Dios, eres una modelo famosa, Tess. Puede que ahora no seas noticia, pero eso no significa que si te casas con un completo desconocido no vaya a vender esa noticia a la prensa o sabrá Dios qué otra cosa podría hacer.

Tess sintió un escalofrío con solo imaginar que algo así sucediera.

—Eso es lo único que me ha detenido. Por el momento. Podría conseguir un contrato de confidencialidad o algo por el estilo...

—Mejor come un poco y deja de pensar tonterías...

—Casarme es una de las primeras cosas que debo hacer.

Sarah la miró con el ceño fruncido.

—Me parece que aprender a manejar un rancho requiere de cosas más importantes que un certificado de matrimonio.

—Entre más pronto me case, más pronto terminará esto.

—¿Qué harás cuando consigas el rancho?

Tess entró a la habitación y se sentó al borde de la cama.

—No tengo ni idea, pero si eso llega a suceder significa que sí fui capaz. —Se encogió de hombros—. Quizá me convierta en toda una ranchera —agregó con sarcasmo—. Tal vez al final podría vender algo de terreno para liberar responsabilidades y que alguien se encargue del rancho en mi lugar. A fin de cuentas es un negocio y por lo que he visto en la contabilidad uno muy rentable...

—¿Vender?

—Tom tiene razón. Yo no sé nada de un rancho y tampoco pertenezco aquí, manejar todo esto es demasiado. ¿Quién ocupa tanto trabajo y estrés? Si yo consigo sacarlo adelante, ¿entonces qué sería capaz de conseguir alguien que sí sepa lo que hace? Además, solo es una idea. El tiempo dirá. Vender una parte no es en absoluto algo descabellado, incluso podría haberle vendido la tierra a Tom Swanson... si no fuera un completo imbécil. Si tan solo hubieras visto cómo se comportó, ah, pero por supuesto la cabrona siempre soy yo.

Apretó los puños con fuerza al recordar al vaquero.

—¿Hablaste con él hoy?

—No sé qué lo tiene tan obsesionado con ese terreno del lado este, pero hoy volvió a sugerirme que negociáramos. Parece que no fui clara ayer y eso que lo corrí del rancho. Dijiste que estuvo intentando lo mismo con el abuelo por más de un año... No es normal tanta insistencia. Sin embargo, está jodido porque no puedo vender y aunque pudiera él no ha hecho mucho mérito para ganárselo.

Sarah se quedó en silencio. Su mente estaba maquinando.

—Dime una cosa, Tess, ¿qué tan en serio iba eso de pagar a alguien para que se casara contigo?

La morena miró a la otra mujer con desconfianza.

—¿Qué estás pensando?

Sarah sacudió la cabeza como si intentara deshacerse de la idea que cruzó por su mente. Soltó una sonora carcajada.

—Cielos, no me hagas caso. Ya estoy tan loca como tú.

Tess se puso de pie como si hubiese sido impulsada por un cohete y tomó a la mujer por los brazos.

—Dime qué ibas a decir.

—Una tontería, ya te dije. No era nada, en serio. No sé ni por qué se me ocurrió.

Sarah intentó apartarse a pesar de que Tess no la dejó, la chica estaba taladrándola con la mirada.

—Sarah...

El ama de llaves suspiró resignada.

—De acuerdo, solo pensé que quizá en lugar de contratar a algún desconocido podías casarte con Tom a cambio de esa propiedad... Como está tan interesado... Así te asegurarías por completo que no te traicione ya que de decir que el matrimonio es falso, él también perdería. Aparte de que ustedes ya tienen una historia y... —Movi6 la cabeza de un lado a otro al ver la perplejidad de Tess—. Te dije que era una tontería.

Se apart6 del agarre de la chica y frunci6 el ceño al ver que ella se quedaba plantada en el suelo como una estatua con los brazos estirados en el aire en la misma posición que la había tenido sujeta.

—¿Estás bien, Tess?

—Definitivamente no. —Dejó caer los brazos al fin—. Ojalá nunca me hubieras dicho eso, Sarah. ¿Se puede saber en qué estabas pensando para sugerir tal cosa? Maldición, pero la idea es genial...

Tess suspiró mientras se adentraba en el acceso principal del Rancho Cinco Diamantes. Sujetó con fuerza el volante. Tenía las manos sudorosas. No podía creer que estuviera allí y mucho menos las razones que tenía para hacerlo.

Le había tomado dos semanas decidirse desde que Sarah metiera la loca idea de ofrecer a Tom el terreno del lado este a cambio de que fingieran un matrimonio, pero desde entonces no había dejado de pensar en ello.

Le gustara o no, era su mejor opción. El ama de llaves tenía razón, un desconocido era un peligro. No es que Tom no lo fuera, sin embargo, el trato funcionaría mejor si la otra parte involucrada estaba tan interesada como ella en recibir la herencia.

La tarde anterior se había ido a la tumba de su abuelo después de trabajar junto a Sherryl unas horas. No había llevado flores ni nada, solo se había sentado un rato a pensar como si estar cerca de su tumba pudiera ayudarla a razonar mejor.

Aunque había aceptado quedarse en el rancho y asumir la voluntad de James, Tess seguía sintiendo resentimiento. Leer las cartas de su abuelo había cambiado algo en ella, pero no significaba que él fuera perfecto.

Al final había concluido en que el testamento era injusto. Entendía lo de sacar adelante la empresa. Pero ¿semejante trabajo sin un salario? Eso no lo podía asimilar. Mucho menos teniendo en cuenta que lo que más necesitaba era dinero. O sea, que si no se casaba nunca, viviría el resto de su vida trabajando sin más remuneración que comida y techo.

Y aunque eso le parecía descabellado, la cláusula del matrimonio se llevaba el premio gordo. ¿Qué demonios pretendía su abuelo? ¿Acaso estaban en el siglo XVIII?

Era justo por eso que estaba a punto de pedirle matrimonio al idiota de Tom Swanson. Aceptaría las cuatro primeras condiciones para obtener la herencia, pero no la última. Esperaba que donde sea que se encontrara su abuelo en ese momento, aceptara su decisión. No iba a permitir que su valía se viera determinada por si era una mujer capaz o no de mantener un matrimonio durante seis meses.

Se le erizó el bello de la nuca cuando vio a Eva Swanson aparecer en el portal de la casa. Titubeó un poco cuando bajó del vehículo ya que no estaba segura siquiera si la iban a dejar permanecer allí o la echarían a patadas.

A pesar de que estaba tentada a ponerse las gafas de sol, al final mejor las dejó en el auto. No le entusiasmaba en absoluto rebajarse ante Tom, pero lo iba a hacer y lo haría frente a frente, mirándolo a los ojos.

—Buenos días, señora Swanson —saludó Tess en tono amable.

—Buenos días —contestó Eva con el mismo tono—. Caray, qué sorpresa tenerte aquí. Bienvenida.

Tess sonrió. Ojalá, además del azul de sus ojos, Tom hubiera heredado de su madre esa amabilidad.

—Espero no ser imprudente por haberme presentado sin avisar. —Miró nerviosa de un lado a otro—. Me gustaría hablar con Tom.

Algo chispeó en los ojos de Eva. Según lo que Tess recordaba, los Swanson siempre habían sido una familia unida, de esas que dan un poquito de envidia. Nadie hablaba mal de ellos. Nunca.

Y aunque ella no podía decir lo mismo del actual Tom, debía admitir que era lógico que no fuera santa de la devoción del vaquero.

—Está trabajando —informó Eva.

—Es... es algo importante. Quizá si pudiera avisarle que estoy aquí...

Eva no demostró ni la más mínima señal de desagrado o molestia, como Tess supuso que debía sentirse, simplemente se limitó a ir hasta la puerta, abrirla para Tess e indicarle que pasara adelante.

—Llamaré a Tom para decirle que te encuentras aquí —avisó Eva cuando estuvieron en el salón principal—. Espera un momento, por favor. ¿Deseas algo de tomar?

—Oh, no. Gracias.

La mujer estrechó los ojos.

—Hace calor hoy, se dice que este verano va a estar peor que el anterior, y... te ves un poco sofocada.

Tess tragó con dificultad.

—Bueno, supongo que un vaso de agua estaría bien.

Eva asintió mientras señalaba el sofá para indicarle que tomara asiento. Tess había olvidado lo amable que era la gente en el campo, uno no despreciaba lo que los demás le ofrecían porque ellos lo hacían de corazón, incluso cuando eras la peor exnuera de la historia.

—Siéntete como en casa, Tess. En un momento regreso.

La mujer desapareció de la habitación dejando a Tess con los ojos clavados en el sofá. Más que sentarse lo que hizo fue derrumbarse sobre el mueble. Los pocos minutos que estuvo esperando, se le hicieron una eternidad. Ni por un momento dejó de sentir que estaba a punto de hacer una tontería, sensación que conocía muy bien porque estaba acostumbrada a hacer puras tonterías.

Dio un respingo cuando Eva apareció con una pequeña bandeja y un vaso de agua que tendió hacia ella. Tess lo cogió despacio, al hacerlo se sintió sedienta a pesar de que no lo había notado antes.

—¿Podré hablar con Tom? —preguntó.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Solo que tendrás que ir donde se encuentra trabajando.

La morena hizo una mueca.

—¿Fuera del rancho?

—Oh, no, no te preocupes. Está en uno de los corrales cercanos. Ven, te indicaré cómo llegar.

Tess se puso de pie al tiempo que se bebía toda el agua de un solo trago. Salieron por la puerta de la cocina como si Tess fuera alguien de confianza para la familia, lo que no hacía más que hacerla sentir un poco mal, porque ella había sido la mujer que había abandonado a Tom el día de su boda y ahora regresaba para proponerle matrimonio. Por todos los cielos, no tenía dudas de que se iba a quemar en el infierno.

Siguió las indicaciones de Eva caminando más despacio de lo usual. Suspiró aliviada cuando vio que Tom se encontraba a solas. Estaba en el centro de un corral redondo, a su alrededor, muy pegado al límite del corral, galopaba un impresionante caballo negro como las noches más frías del oeste.

Tess se apoyó en la cerca del corral mirando con atención a los dos machos que había dentro. Sintió un escalofrío cuando vio a Tom acercarse al animal con mirada firme y decidida, el caballo

bufó hasta quedar pegado a la cerca y movió la cabeza de un lado a otro. Ella nunca había sido buena con los caballos, les tenía pánico, pero sabía muy bien que el lenguaje corporal de ese no era amistoso en absoluto.

El vaquero no se intimidó ni un ápice y se acercó más hasta conseguir ponerle la rienda al animal con un movimiento natural y rápido. Fue entonces cuando Tess vio que la sensación de la cuerda en el cuello le molestaba al caballo y se ponía mucho más agresivo.

Temiendo lo peor, lanzó un chillido de horror para alertar a Tom. Él cometió el error de dejarse distraer por ella. Apenas tuvo chance de ver la sexi melena negra y larga de Tess revolotear alrededor de su rostro cuando sintió que el caballo huía y lo arrastraba a él por el suelo.

Tess se quedó como congelada en el tiempo cuando vio lo que estaba sucediendo, ni siquiera fue capaz de reaccionar. Tom apenas fue arrastrado unos cuantos metros, pero cuando se levantó estaba cubierto de polvo y tenía rasgada la camisa y su propia piel.

Lanzó el sombrero furioso cuando vio al caballo correr en círculos sacudiendo el cuello de un lado a otro con la esperanza de zafarse de la cuerda. Después clavó los ojos en Tess.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Ella lo miró con los ojos vidriosos.

—¡Casi te mata! —chilló cuando pudo encontrar su voz.

Él puso los ojos en blanco.

—La que casi me mata fuiste tú por distraerme a medio adiestramiento.

—Te iba a atacar, lo vi. —Tess cambió su expresión de terror por una de enojo cuando fue consciente de que él le estaba gritando—. Intentaba ayudarte, mal agradecido.

—Lo tenía bajo control. Es normal.

—¿Viste cómo se estaba enojando ese caballo?

—No era enojo, era miedo —Volvió a poner los ojos en blanco—. De lo contrario habría atacado cuando me distrajiste, en su lugar lo que hizo fue huir.

Tess miró al caballo que ahora se encontraba justo en el lado opuesto a ellos, lo más lejos posible, mirándolos con atención.

—Lo siento, pensé que estabas en peligro.

Él arqueó una ceja con diversión ante el comentario de ella, le resultaba un poco desconcertante imaginarla inquietándose por él.

—No sabía que Tess Cartwright se preocupaba por los demás.

—Es que no sabes nada de mí —replicó fulminándolo con la mirada.

Él sonrió con incredulidad, luego suspiró.

—Supongo que no podré seguir con el adiestramiento mientras estés aquí.

—Puedo esperar. En silencio —aclaró cuando él le lanzó una mirada de reclamo.

—Prefiero mantener mi trasero a salvo. —Con un rápido movimiento saltó la cerca hasta encontrarse frente a ella—. Así que quieres hablar conmigo, Tess. Pensé que habías dicho que no.

Ella se secó el sudor de las manos en sus pantalones de seda mientras seguía los pasos de él.

—He cambiado de opinión.

—¿De qué quieres hablar?

Entraron a una caballeriza, Tom se dirigió hacia la pared en la que colgaban las monturas y tomó una que parecía de la peor calidad. Luego de que terminara con el caballo del corral, debía seguir con una yegua salvaje que ya estaba en el punto de adiestramiento en el que debía familiarizarse con la montura.

—Del terreno que quieres.

Tom frunció el ceño al tiempo que la miró con atención. Dejó la montura en el suelo y se llevó las manos a la cadera.

—¿Vas a vender?

La chica desvió la mirada.

—No precisamente.

—¿Entonces? —preguntó con curiosidad.

—¿Qué tanto quieres esas tierras?

Tom se lo pensó un momento, no porque no supiera la respuesta, sino porque no confiaba en ella.

—Mucho —admitió al fin.

—Tal como ya te dije, no están a la venta.

Él puso cara de impaciencia.

—¿Acaso has venido para burlarte de..?

Tess alzó su mano para indicarle que se detuviera.

—No están en venta, pero podemos negociarlas y serán tuyas en poco más de seis meses.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella dio unos pasos nerviosos de un lado a otro.

—No soy la dueña legal del rancho.

La cara de sorpresa que él le dirigió fue un poema.

—Disculpa, pero hay algo de lo que no me he enterado...

—Te dije que no le hicieras caso a los chismes —recordó ella—. La situación es esta: por el momento solo soy la representante del rancho, mas no su dueña. Así que no puedo disponer de él como tal, mucho menos vender.

—¿Serás la dueña dentro de seis meses?

Tess se mordió el labio.

—Mmm... Eso depende...

—¿De qué?

—Tengo que cumplir ciertas condiciones del testamento. De lo contrario el rancho pasará a la caridad.

—Y tú te quedarás sin nada.

—Y tú sin las tierras —contrató.

—Entonces ¿estás aquí para pedirme tiempo?

Ella se llevó las manos a la cara, luego lo miró como si doliera hacerlo, lo que probablemente era así puesto que su ego en ese momento debía estar sangrando al borde de la muerte.

—No, lo que vengo a pedirte es que me ayudes a cumplir con lo que estipula el testamento para no perder el rancho. —él la miró sin inmutarse—. A cambio de las tierras que quieres. No te las venderé. Si me ayudas, te las voy a ceder sin que tengas que pagar ni un centavo por ellas.

Tom frunció el ceño mientras la rodeaba muy despacio como si intentara tantear el terreno.

—No sé por qué tu negocio no termina de entusiasmarme.

—Te ofrezco lo que quieres, ¿no?

—Demasiado bonito para ser real. Demasiado bonito para venir de ti —concluyó cuando volvió a estar frente a ella.

—Todo tiene un precio.

—Pero no todo lo vale.

Tess suspiró. Hablar le estaba resultando difícil.

—Por eso te preguntaba cuánto querías esas tierras.

—Será mejor que me digas cuál es el precio y entonces sabrás cuánto las quiero.

La chica entrelazó los dedos de sus dos manos hasta que tronaron. Tomó una respiración profunda y luego procedió a informarle a Tom cuáles eran las condiciones que su abuelo había solicitado.

El vaquero la miró incrédulo después de que ella terminara su explicación. Se llevó una mano a la cabeza y entonces echó en falta el sombrero que aun debía estar en el suelo del corral. Todo parecía tan surreal que no sabía si era un sueño o una broma.

—¿Qué es exactamente lo que pretendes, Tess Cartwright? No veo qué tenga que ver yo en todo esto. Si tu intención es que lleve el rancho por ti, debes saber que ya tengo mis propias ocupaciones y... —Se detuvo un momento—. Además, ¿cómo vas a conseguir el rancho en seis meses si no tienes un jodido marido?

Una sonrisa nerviosa tembló en los labios de ella.

—¿Quieres... casarte... con... conmigo?

Tom se quedó de piedra, luego soltó una sonora carcajada tan intensa que necesitó de varios minutos para reponerse, cuando por fin lo consiguió ella dijo:

—No es una broma. Hablo en serio.

—Estás loca.

—No, solo necesito... ayuda.

—Pues no me estás pidiendo ayuda. ¡Me estás pidiendo ser tu esposo!

Ella se impacientó.

—Un esposo de papel. Lo único que tienes que hacer es casarte y ya. Quizá alguna que otra escena juntos para que no sea tan evidente el fraude, pero ni siquiera tendríamos que vivir juntos. Solo seis meses y al final cada uno tendrá lo que quiere. —Lo miró a los ojos—. No creas que a mí me entusiasma la idea, pero es obvio que mi abuelo solo quería joderme con esa cláusula. Así que ante situaciones extremas, medidas extremas.

—Ni siquiera todo el jodido rancho pagaría estar casado contigo, Tess.

—Te recuerdo que una vez deseaste eso.

—Gracias a Dios, abrí los ojos.

Ella asintió.

—De acuerdo. Tienes razón, es una locura. Solo quiero pedirte una última cosa: no comentes lo del testamento con nadie. Por favor.

Tom no dijo nada ni tampoco movió uno solo de sus músculos. Tess asintió ante lo que eso significaba, luego se dio media vuelta y salió de la caballeriza.

Rodeó la casa de camino a su auto, a cada paso se sentía más estúpida. Por Dios, se había humillado a sí misma. Por supuesto que había estado loca. A toda prisa se metió al auto. Se puso las gafas de sol al instante, estaba claro que sin ellas no funcionaba. Eran su salvación, funcionaban como un bloque que ponía distancia entre ella y los demás. Con ellas podía protegerse de algo mucho más intenso que los rayos del sol.

Justo cuando encendía el motor, Tom apareció. Con paso relajado fue hasta ella, se asomó por la ventanilla del acompañante y en esta ocasión no metió la cabeza dentro.

—Acepto —anunció a la chica sin titubear—. Pero tengo mis condiciones.

Ella se quitó las gafas de un solo movimiento.

—¿Cuáles?

—Apenas termine el plazo nos divorciáremos.

—Por supuesto —exclamó ella, la ofendía que él siquiera se atreviera a pensar que ella iba a retenerlo, por el amor de Dios.

—Quiero más terreno del que tenía en mente.

Tess arqueó una ceja.

—Bueno, eso habrá de evaluarse con mayor atención. Tendremos que sentarnos a hablar al respecto.

—Me parece bien. Tampoco te meterás en mis asuntos. No serás mi esposa de verdad, ¿de acuerdo?

Ella lo miró como si fuera el rey de los tontos.

—Tengo mucho que hacer como para perder el tiempo contigo.

—Y, desde luego, te vas a comprometer a sacar ese rancho adelante. Me ocuparé de que así sea y no mandes todo a la basura.

—Si estoy aquí es porque estoy dispuesta a ello, ¿no te parece?

—Nunca se puede confiar en ti.

Ella volvió a ponerse las gafas.

—¿Algo más?

—Sí, lo último, pero no menos importante. Vas a pedirme matrimonio en público. En el pueblo.

En esta ocasión Tess no se quitó las gafas, sino que ellas solas se resbalaron por el tabique de su nariz y cayeron en sus regazos.

—¿Qué demonios?

Tom sonrió con satisfacción antes de dar media vuelta y alejarse.

—Ah, por favor, sé romántica... no quisiera verme tentado a decir que no.

Tom sintió una especie de satisfacción insana al ver a Tess caminar hacia él vestida de novia. Se había dicho que solo había aceptado esa locura a cambio de las tierras, pero en el fondo sabía que también lo había hecho como un tipo de compensación. Quien había dicho que la venganza era un plato que se servía frío, había tenido mucha razón.

No le avergonzaba admitir cuánto había disfrutado cuando Tess interrumpió la reunión de la organización de la feria para pedirle matrimonio frente a todos.

Se habían quedado tan sorprendidos como él cuando la chica fue a su rancho y le pidió que la ayudara. Muchos de los presentes también habían estado cuando Tess lo abandonó y se largó del pueblo así que eso aderezaba un poco el asunto.

Había tenido que soportar por años las bromas y los chismes. Siempre que alguien hablaba de «la chica Cartwright» el nombre de él salía a relucir teñido de lástima y pena, porque eso era lo único que había causado toda su vida antes de que Tess le rompiera el corazón.

Se había enamorado hasta los huesos de ella y ¿quién no? Era la chica más guapa de la secundaria y, además, siempre había tenido esa especie de atracción que hacía que los hombres babearan cuando ella se acercaba. Por no decir que siempre había sabido cómo sonreír, qué hacer o qué decir para que dejara de funcionarles el cerebro.

Incluso siendo una adolescente ya era una atrapa hombres de cuidado. Para desgracia de Tom él había sido su víctima. El primer amor nunca se olvidaba, de eso estaba completamente seguro y ahora la tenía frente a él vestida de novia.

Aunque no de una forma romántica. Puede que eso fuera una tontería. El daño ya había sido hecho y nada cambiaría la humillación y el dolor que había sufrido por culpa de ella, pero hinchaba un poco el ego que aunque fuera por una vez en la vida pudiera darse el gusto de decir que al final Tess había vuelto a él.

De cualquier manera, no solo era por darse ese gusto. También estaba lo del terreno. Tess había sido tajante respecto a ese asunto y estaba clara una cosa, no tenía un pelo de tonta. Se había presentado en Cinco Diamantes con copias de los planos del Rancho Cartwright en mano y le había pedido que le señalara cuáles eran los terrenos que quería obtener.

Él le había pedido más de lo que tenía estipulado comprar, no por aprovecharse sino porque lo que ella le pedía tampoco era la cosa más sencilla del mundo.

Fingir un matrimonio a cambio de una herencia era un delito y, además, eso afectaría su imagen de nuevo. El pobre tonto de Tom Swanson había vuelto a caer... Así que, como mínimo esperaba recibir suficiente a cambio del sacrificio. Esa era la palabra perfecta para describir el trato.

Sin embargo, a ella le había parecido que pedía demasiado y al final él había tenido que bajar un poco la cantidad de terreno que quería. Aun así no podía quejarse de que el trato no fuera justo. Lo que más le había sorprendido había sido que ella volviera a preguntarle para qué quería el terreno. Era obvio que lo de la falta de agua en Cinco Diamantes no la había convencido.

Al principio esquivó la pregunta, aunque no sabía bien por qué. Luego ella le dijo que le preocupaba equivocarse puesto que por algún motivo su abuelo no había querido vender esa tierra. Una vez más le preguntó cuál era el interés y en esa ocasión repitió lo que ya le había

dicho. Era por el agua. Punto.

Cuando ella lo hizo prometer que no haría nada deshonroso con esas tierras que para su abuelo habían significado tanto, lo prometió. En el momento se dijo que no hacía nada malo. Poner un hotel vaquero no era nada deshonroso, sin embargo, cuando había llegado a casa y meditaba con la almohada tuvo que admitir que no había sido honesto.

Y él no era esa clase de persona. No era como ella. Incluso cuando James se lo había preguntado, lo había admitido dispuesto a afrontar lo que sea que eso repercutiera. Justo por esa honestidad no había conseguido los terrenos.

¿Entonces por qué le había mentado a Tess? Quizá porque había visto en los ojos de ella que no quería decepcionar la memoria de su abuelo y temía que si le decía la verdad se echara para atrás.

La morena estaba preciosa vestida de novia, tanto como lo había estado años atrás. Incluso aunque el vestido fuera la cosa más horrible que él había visto en la vida y aunque ella no sonriera como se suponía que una novia debía de hacerlo, era imposible que se viera mal.

Había estado a punto de sugerir que debían casarse por la iglesia, pero afortunadamente luego había entrado en razón. Por todos los cielos, puede que ya no fuera el mismo romántico de antes, no obstante, esperaba algún día, en un futuro lejano, encontrar una mujer que valiera la pena y convertirla en su esposa y madre de sus hijos. Y solo sería con ella con quien se casaría por la iglesia.

Había sido criado en una familia donde el amor y el respeto eran importantes, así que creía en la familia y en los finales felices. Lo que sus padres tenían él lo quería para su futuro. Habría sido una herejía decir que sí ante Dios con una mujer que no se lo merecía.

Por ello al final había aceptado la boda civil, justo unos días antes habían validado el matrimonio de forma legal. La ceremonia solo había sido una movida más para que todo pareciera real. Habían acordado que fuera en el granero de Cinco Diamantes a pesar de que la familia Swanson no estaba para nada feliz de que Tom hubiera aceptado semejante trato.

De cualquier manera, para cuando Tom les informó sobre el futuro matrimonio, ya había sellado su contrato con Tess. Ella había insistido en que quería que todo lo negociado quedara plasmado en un papel legal.

El pobre de Joseph Williams había tenido que ingeniárselas para hacer de algo ilegal un contrato completa y absolutamente legítimo. Al principio no había estado de acuerdo, hasta que ella usó ese encanto que tan bien sabía usar cuando le convenía.

Como Tess le había pedido matrimonio en público, Tom había aprovechado para invitar a todos los organizadores y su familia. No es que le complaciera demasiado tenerlos allí, tan solo lo hacía para hacerle la vida imposible a ella. Quizá al final los rencores quedaran saldados.

La mueca de desagrado que Tess le dirigió cuando se puso de pie junto a él no hizo más que hacerlo sonreír. Maldición, qué bien se sentía.

—¿Compraste ese vestido por Amazon? —preguntó en un susurro a la chica mientras la boda comenzaba.

Ella cerró los ojos buscando la paciencia que requería no mandarlo al demonio.

—Lo recogí del basurero —contestó con ironía—. Fue verlo e inmediatamente sentí que era el indicado.

—Ah, ¿sí? Me pregunto qué habrás elegido para la luna de miel.

Ella se volteó hacia él de golpe, sus ojos furiosos lo fulminaron.

—Ni en tus mejores sueños, Tom Swanson.

—Qué lástima, tal vez así valiera un poco la pena este suplicio.

—¡Idiota! —contestó con voz más fuerte de lo que había pretendido.

El hombre que se encontraba como maestro de bodas se llevó las manos a la boca al escuchar lo que ella había dicho. Con el mayor disimulo que fue capaz de conseguir, se acercó a ellos y preguntó:

—¿Todo bien?

Tess abrió la boca para disculparse, sin embargo, Tom se le adelantó.

—Es una mujer salvaje. Ya sabe lo que quiero decir —contestó y guiñó el ojo al final.

—Oh, entiendo —aseguró el otro mirando a la pareja con picardía.

Tess tuvo que contenerse para no soltarles unas cuantas palabras a esos dos brutos. El maestro de ceremonias volvió a su lugar y continuó con el resto de la ceremonia.

Todos se adelantaron en sus asientos cuando llegó el momento de los votos. Dios bendito, iban a prestar más atención que nunca. Esa boda sería la comidilla del pueblo por un buen tiempo así que era obligatorio escuchar los votos para luego criticarlos y tergiversarlos como mejor conviniera, sino ¿de qué valía un chisme?

Tess tomó el anillo con rapidez. Quería salir de esa payasada cuanto antes, estaba harta de ver esa estúpida sonrisa de Tom encandilándole los ojos cada vez que volteaba a verlo.

No se había fastidiado en escribir sus votos, ni siquiera ella era tan falsa. Aunque sí que se había tomado la molestia de buscar uno en internet y aprendérselo de memoria. Todo fuera porque la boda pareciera real.

—Dicen que el amor verdadero solo se encuentra una vez en la vida y que no todos tienen la fortuna de encontrarlo. Sin embargo, tú y yo somos afortunados porque estamos aquí. Juntos. Uniendo nuestras almas para toda la vida. —Hizo una mueca de terror—. La mayor prueba de nuestro amor es la travesía que hemos tenido que vivir para salvar este sentimiento. Lo afrontado nos ha hecho más fuertes, más maduros y más agradecidos. Cuando te veo, veo mi futuro. Eres la persona que elegí para el resto de mis días. Doy gracias porque hayamos coincidido y este sueño se haya hecho realidad. Es por ello que juro honrarte, amarte y hacerte el hombre más feliz y afortunado. Junto a ti voy a escribir una historia inolvidable.

Tomó la mano de él con brusquedad y le colocó el anillo de la misma forma. Tom tuvo que aguantarse para no hacer una mueca de dolor cuando sintió el pellizco que ella le había causado. En su lugar tomó el anillo que restaba y la mano de ella. Por un instante se le olvidó lo que debía hacer. El contacto de su piel con la de ella lo descolocó. Tess tuvo que darle un manotazo para hacerlo reaccionar.

Soltó la mano de la chica con precipitación al recordar que debía sacar la hoja de papel en que había escrito sus votos. Con bastante torpeza buscó en sus bolsillos hasta que dio con ella. Había terminado de desdoblarla cuando vio que Tess ponía los ojos en blanco.

Se enfocó en el enorme texto que había escrito mientras se tomaba una cerveza disfrutando del atardecer. Leyó el primer párrafo para sí mismo y se arrepintió de haber escrito eso. Por el amor de Dios, ¿acaso había estado borracho?

El maestro de ceremonias carraspeó al ver que él seguía guardando silencio. Tom levantó la mirada del papel y miró los ojos oscuros de ella. Maldita sea, ¿por qué Tess seguía deteniéndole el corazón?

Se aclaró la voz, fijó los ojos en el papel y fingió que leía.

—Prometo no cambiarte por la vecina buenona si engordas. Fin.

Las carcajadas de todos hicieron eco en el granero mientras él le ponía el anillo con las manos temblando como si en verdad estuviera nervioso por la boda. Cuando levantó la mirada ella

estaba tan seria como una monja y en sus ojos brillaban... ¿lágrimas? No, jamás. ¿Por qué iba a estar llorando?

El maestro de ceremonias intervino para indicar que era el momento del beso. Todos guardaron silencio cuando él se acercó a ella.

Se maldijo cuando sus labios se juntaron y sintió el sabor salado de lo que indudablemente eran lágrimas.

No fue un beso real. Fue incluso más falso que los besos de las teleseries. Pero Tom se sintió como un completo imbécil cuando vio que ella se limpiaba las lágrimas de prisa para que los invitados no la vieran.

No había que ser un genio para saber que se le había pasado la mano. Mierda. Mierda. Mierda.

Tess no podía creer que después de más de un mes, desde que había adquirido la responsabilidad del rancho, trabajando desde muy temprano hasta la madrugada aún tuviera tanto trabajo atrasado. Apenas sobrevivía y muchas veces se saltaba las comidas porque ni siquiera se podía permitir ese tiempo.

Si no estaba estudiando cómo funcionaba algo, entonces estaba haciendo llamadas, pidiendo consejo o dándose alguna vuelta rápida por el rancho porque tanto Joseph como Sarah le decían que era importante que los empleados confiaran en ella.

Sabía que saludar a los vaqueros o hacer preguntas, que para ellos debían de ser de lo más estúpidas, no hacía gran cosa por familiarizarlos con la nueva dueña, sin embargo, era lo que había. La administración era lo más importante. Además, llevar un rancho no tenía que implicar que ella fuera una ranchera hasta los huesos. No era la primera ni sería la última.

Durante ese tiempo había descubierto que tenía talento con la administración. Había encontrado algunos huecos en el trabajo de su abuelo. James se había empeñado en un sistema más antiguo y, desde luego, Tess le llevaba la ventaja a su abuelo de que ella era visionaria y tenía un amor incondicional por todo lo que fuera moderno.

Justo terminaba de hablar por teléfono con el mecánico que estaba reparando uno de los tractores del rancho cuando alguien llamó a la puerta del despacho. Era Brad Atkins, el nuevo capataz.

Tess no tenía muy claro por qué lo habían elegido como capataz puesto que era un chico joven, cerca de los treinta, y era en extremo tímido. Cada vez que debía hablar con ella se ponía a sudar y parecía no encontrar las palabras. Sin embargo, ella suponía que si lo habían elegido, casi por unanimidad, debía de ser por un motivo. Hasta el momento nadie se había quejado.

—Buenas tardes, señora Cartwright —dijo él al tiempo que se quitaba el sombrero como gesto de respeto.

Tess clavó los ojos en el reloj de pared, no se había percatado de que las agujas ya habían marcado el mediodía.

—Ya te he dicho que no me llames así. En serio, llámame Tess. —Sonrió—. Me hace sentir vieja que me digan señora.

La manzana de adán del capataz parecía un sube y baja.

—Yo... Sí, perdón, señora... Tess.

—A ver, pasa adelante. No te quedes en la puerta. ¿Qué se te ofrece?

—Estamos en la última fase de los partos de las vacas.

—Sí, lo sé. ¿Pasa algo?

Ella le indicó con la barbilla que tomara asiento.

—Bueno, es que como usted no se ha aparecido por allí...

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Me necesitan para algo?

El hombre comenzó a pasarse el sombrero de una mano a otra a modo de poder controlar su nerviosismo.

—No, es un trabajo duro, pero nos las apañamos. Solo es que... su abuelo siempre lo hacía. Decía que le encantaba ver cómo se renovaba la vida en el Rancho Cartwright y... era bueno cuando lo hacía. A los chicos les gusta, ¿sabe?

Tess se removió incómoda.

—¿Qué es exactamente lo que debo hacer? —preguntó sin tener ni la más mínima idea.

La chica agradecía el hecho de que el capataz nunca se hubiera burlado de las preguntas de ella ni la hubiera menospreciado por no saber nada de un rancho y ser mujer. Él siempre se había dirigido con respeto y había sido paciente al ponerla al tanto. Además, Tess sabía por Sarah que el muchacho se había recargado de trabajo con tareas que no le correspondían solo para ayudar a que el rancho siguiera funcionando, por lo que le había subido el salario a pesar de que él le aseguró que no era necesario.

—Su abuelo siempre nos echaba una mano con los partos. —La cara de Tess era un poema—. Por supuesto, no voy a pedirle que haga eso. No por el momento. Si quiere, cuando las aguas estén más mansas, puedo enseñarle y así en la próxima primavera nos ayuda. —Tess asintió—. Lo que sí podría hacer es pasarse por ahí un rato. Que los vaqueros sientan que el trabajo que hacen es valioso... Que se sientan parte del rancho y que sepan que usted aprecia el trabajo que hacen...

—De acuerdo, terminaré con unas cosas aquí y paso a los corrales. ¿Está bien? —El capataz asintió antes de ponerse de pie—. ¿Brad?

—¿Señora? —Se llevó una mano a la cabeza—. Perdón, perdón... Es que no me acostumbro.

—¿Estarás en los corrales de parto?

—Sí, no se preocupe. Todo va a salir bien.

Tess sonrió.

—Dios mío, eres mi ángel de la guarda.

Brad se sonrojó de los pies a la cabeza, luego salió a tropezos del despacho.

Mientras tanto Tess buscó sus pastillas para el dolor de cabeza, estaba claro que el trabajo se seguiría acumulando. Se preguntaba si podía contratar una secretaria, necesitaba preguntárselo a Joseph.

Cuatro horas más tarde, Tess se encaminó hacia uno de los corrales de parto. Tenían tres, así que su plan era pasarse veinte minutos en cada uno, dar las gracias a todos y regresar al despacho. No podía permitirse ni un minuto más.

Fue dar el primer paso en el corral y se le removió el estómago al instante. Olía a sudor, sangre y quién demonios sabía qué más. Tuvo que contener una arcada cuando los vaqueros de voltearon hacia ella.

—Buenas tardes —los saludó con una sonrisa que le estaba costando sostener.

La respuesta de los hombres se vio silenciada por el sonido de un bramido que según Tess no podía provenir de otro lugar que no fuera el mismo infierno.

Tras ese llegaron otros bramidos más que a la chica le ponían los pelos de punta. Los hombres continuaron con su trabajo pasando de su jefa por completo.

Tess caminó de un lado a otro. Viera por donde viera, había sangre. Parecía más un matadero que el recibimiento de nueva vida en el Rancho Cartwright. Se preguntaba por qué a su abuelo le gustaba eso.

A pesar de que Tess había vivido veinte años en el rancho no recordaba haber visto semejante cosa. Aunque eso no era de extrañar, ella nunca había estado interesada en los asuntos del rancho. Aparte de las caballerizas y algunas praderas, no se había aventurado en conocer más.

Unos días atrás Brad la había llamado para que presenciara el primer parto del año. Solo que

en esa ocasión el parto había sido de una hermosa potra alazana y Tess solo había tenido que sentarse a ver cómo ocurría la magia. La yegua había hecho todo el trabajo sola. En cambio con las vacas, la cosa era bien diferente, trágica, horrible y sangrienta.

Vio trabajar a sus hombres sin parar ya que muchas de las vacas presentaban problemas con el parto. Era por ello que Tess había tenido que contratar dos veterinarios, aun así tenían la impresión de que estos no eran suficientes ya que saltaban de un lado a otro.

A Tess se le encogió el corazón cuando vio que a pesar del esfuerzo del animal, de sus trabajadores y del veterinario una de las vacas murió. Por un momento todos guardaron silencio.

—Siempre pasa —le dijo Brad—. A nadie le gusta, pero es común.

Tess asintió. Durante el rato que había estado allí ya habían avisado sobre tres muertes más en otros corrales y también había escuchado que se habían tenido que realizar muchas cesáreas.

—¿Es normal que las vacas batallen tanto con el parto?

—La mayoría de veces es porque los terneros son muy grandes. Es un problema que asumen los ganaderos. No todas las vacas son capaces de darlos a luz, pero las que lo consiguen dan crías fuertes que en el futuro se podrán vender por mayor precio.

El capataz se quitó el sombrero para disculparse y siguió con su trabajo. Tess, por su parte, se inclinó hacia el animal fallecido que ya había sido dejado a solas mientras le acariciaba el vientre.

Tomaría nota al respecto. No podía ser normal lo que sucedía. Si bien ella no sabía nada del tema, no se podía negar que la naturaleza era perfecta y la intrigaba el hecho de que el parto de los caballos fuera tan normal en comparación con el de las reses.

Algo no terminaba de convencerla. No le gustaba ver a los vaqueros trabajando como máquinas en un proceso que se suponía los animales podían ejecutar de forma completamente natural y sin peligro. No, en definitivo lo que estaba presenciando no podía ser normal.

—Mire, señora —dijo uno de los vaqueros—, este ternero será de los buenos. Se ha puesto en pie casi de inmediato.

Tess vio la sonrisa de orgullo que tenía el hombre que se había encargado de traer al animal al mundo.

—Buen trabajo —contestó ella.

El hombre asintió con una sonrisa mientras llevaba al animal a que fuera pesado y registrado, cuando regresó Tess vio que el ternero ahora tenía una especie de pendiente plástico en el que estaba marcado un número.

El animal si bien se mantenía en pie, no podía caminar sin tambalearse. Tess fue hasta él, lo acarició con precaución tras las orejas y con una sonrisa dijo:

—Pequeño, ya podrás caminar bien. Si me hubieras visto caminar en mi primera pasarela... Qué vergüenza. Hasta tú lo habrías hecho mejor.

Todos los presentes se quedaron atónitos viendo como ella hablaba con un ternero. Tess se percató de ello y preguntó:

—¿Les gustaría que les cuente anécdotas de cuándo modelaba?

Nadie contestó nada. Entonces uno de los vaqueros más jóvenes dijo:

—¿Usted conoce a Reina Geller?

Era la modelo del momento, una chica de raíces brasileñas y británicas.

—¿Te gusta Reina?

Él sonrió con anhelo.

—Es justo lo que me recomendó el doctor.

Tess soltó una carcajada.

—Pues sí la conocieras en persona, te gustaría más. Las cámaras no son capaces de captar toda su belleza, te lo aseguro.

Tess sacó el teléfono que llevaba en el bolsillo y buscó una foto en la que estaba ella entre un grupo de modelos abrazadas tras bambalinas.

—Mira, esta fue una pasarela en Milán. Trabajamos juntas.

Le mostró la foto y luego como vio que los demás se interesaban empezó a enseñarles las fotos también.

—Tienes buen gusto, Charlie —bromeó otro de los vaqueros dirigiéndose al chico.

—Esas chicas jamás le dirigirían la palabra a un vaquero como nosotros —dijo otro hombre con pesar.

Tess se llevó una mano a la cadera y lo miró seria.

—Yo soy una de esas chicas y estoy aquí hablando con ustedes, ¿no? Si bien hay algunas que son unas verdaderas brujas, la mayoría son buena gente. —Suspiró, ella siempre había tenido fama de bruja—. ¿Qué les parece si les traigo café y les cuento sobre estas chicas?

Esta vez los vaqueros asintieron y cuando ella desapareció se echaron a reír sintiéndose más relajados de lo que habían estado en todo el día.

Tess no regresó a la casa hasta las tres de la mañana cuando Brad le dijo que había sido suficiente. Él mismo la había acompañado y la había felicitado por haber hecho reír al equipo y hacerlos olvidarse del cansancio y la jornada siguiente.

Tom caminó hacia la casa anhelando una buena ducha caliente. Le dolía hasta el último músculo del cuerpo. Afortunadamente la temporada de partos había terminado. Era lo que más odiaba. Con suerte el año siguiente no tendría que trabajar en ello, al menos no con la misma intensidad. Esperaba que su mayor preocupación fuera que futuros huéspedes reservaran en su rancho-hotel para el verano.

Tenía la mano en el pomo de la puerta cuando vio que uno de los vaqueros del Rancho Cartwright se acercaba en un Jeep a toda prisa. El hombre se bajó de un salto.

—Gracias a Dios que lo encuentro —dijo con respiración entrecortada.

Tom se tensó todavía más de lo que ya se encontraba.

—¿Le ha pasado algo a Tess?

—Pues... no podría decirle. Le envía esto con urgencia. Dijo que lo leyera de inmediato y que... —Dudó.

—¿Qué?

—Que moviera el culo tan rápido como pudiera.

Tom abrió el papel.

«Han enviado a un hombre para hacer una inspección por lo de la herencia».

Tom soltó un juramento. La ducha revitalizadora tendría que esperar y, por lo visto, la cena también. ¿Quién carajos hacía una inspección a las ocho de la noche?

Cuando llegó al Rancho Cartwright, la puerta de la casa se abrió incluso antes de que él tuviera tiempo de bajarse de la camioneta.

Tess apareció tras ella con un llamativo vestido de verano y una sonrisa enorme en el rostro. Extendió los brazos a ambos lados de su esbelto cuerpo y corrió hacia él.

—Justo te estábamos esperando, cariño —dijo antes de unir sus labios con los de Tom.

Su esposo apenas acertó a rodearle la cintura con los brazos. El cerebro sin duda había dejado de oxigenársele y estaba a punto de morir a causa de ello. Ese beso no había sido fingido como el de la boda ni mucho menos le había sabido mal.

Los labios dulces de ella habían acariciado los suyos de forma provocativa y ese maldito aroma a praderas cubiertas de flores lo volvía tonto.

Tess se separó con una sonrisa, colocando la mano sobre la mejilla de él con cariño. Fue cuando se percató de que Tom iba cubierto de mugre de abajo arriba cuando se le escapó una mueca de asco. Sin embargo, supo disimularla por lo que solo Tom vio el gesto. A pesar de ello, no se separó de él.

Lo abrazó y lo obligó a que el respondiera apoyando su brazo izquierdo en los hombros de ella. Al frente, en el porche, se encontraba un hombrecillo diminuto de facciones asiáticas.

—Es el señor William Zhao —lo presentó Tess—. Viene de parte del juzgado a echarnos un ojo.

Tess le sonrió al hombrecillo con el mismo encanto que le había sonreído a Tom hacía solo un momento. Fue entonces cuando el vaquero cayó de la nube en que se había encontrado y fue consciente de que Tess solo estaba actuando. Se sintió como un tonto por haberse creído todo el

espectáculo anterior. Dios, el cansancio lo volvía idiota... Y ella también. Muy mala combinación.

—Tom Swanson —se presentó ante el inspector mientras le tendía una mano.

El hombre la estrechó con fuerza. Parecía amable y bonachón, Tom esperaba que en efecto así fuera. Sabía de otra clase de inspectores que podían ser una versión perfecta de un peor enemigo.

—Un gusto conocerlo, señor Swanson. Me estaba platicando su esposa que usted se encontraba trabajando en el rancho de su familia...

—Es mi rancho también.

—Oh, claro. Solo que como ya está casado y...

—Será mejor que pasemos adentro a hablar —intervino Tess—. ¿Deseas algo de tomar, cielo? —preguntó a Tom mirándolo a los ojos con advertencia.

—Sí, una copa de *whisky*.

Tess soltó una carcajada que tuvo el poder de sonar musical. Tom se preguntaba cómo alguien que podía ser un verdadero grano en el trasero, tenía la capacidad de también poder parecer tan dulce. Definitivamente hacía de la falsedad un arte.

—Oh, tú tan bromista como siempre —contestó al tiempo que le daba un suave manotazo—. Pasen al salón mientras voy a prepararles un delicioso té helado.

Tess se separó de Tom y este decidió despedirla con una suave nalgada. La chica dio un salto de asombro, cuando se giró hacia él tenía los ojos ardiendo.

—Cariño, no es hora de ponerse juguetón —regañó con tono inocente a pesar de que él sabía que lo que quería era mandarlo a la mierda.

Como él no contestó nada, Tess se alzó sobre la punta de sus pies y volvió a besarlo, aunque en esta ocasión le dio un buen mordisco que esperaba le dejara claro a Tom que más le valía comportarse.

Pese a que le dolía el labio que ella había mordido, su rostro estaba sonriente. Era un masoquista, no tenía cómo negarlo, pero Tess lo volvía loco en todos los sentidos. Ella no le aceleraba el corazón. Se lo detenía.

La reunión se llevó a cabo sin ninguna complicación. El hombre les dejó claro que su deber era aparecerse sin previo aviso para evaluar cómo estaba funcionando todo y que eso podía ser en cualquier momento.

—Se sorprenderían si supieran cuanta gente es incluso capaz de fingir un matrimonio con tal de conseguir dinero —dijo él a la pareja.

Tom perdió el color de la cara. Por su parte, Tess se llevó una mano a la boca con sorpresa y negó.

—Por Dios, ¿manchar algo tan sagrado como un matrimonio con el interés? —dijo la chica—. Ha de ser gente muy pobre de corazón.

—Eso es justo lo que opino yo. Es un acto deplorable.

Tom miró a ambos charlando y riendo como si tuvieran años de amistad. Tess se había echado al hombre al bolsillo y no había tenido que hacer otra cosa distinta a sonreír y poner ese tono de voz de chica buena que no quebraba ni un plato, aunque en realidad hubiera destrozado toda la vajilla.

Cuando William Zhao iba a irse, Tess lo despidió en el porche con un *tupper* a rebosar de porciones del irresistible pastel de cerezas de Sarah.

—Estoy segura de que a su hija y esposa les encantará —dijo la chica mientras le ofrecía el recipiente.

—Jamás había probado uno tan rico —contestó el inspector.

—Ni lo va a probar. Sarah hace los mejores pasteles del condado y el mundo entero.

El hombre asintió antes de volverse hacia Tom y despedirse. La pareja se quedó mirando cómo su auto se marchaba. Tess suspiró cuando las luces traseras desaparecieron.

—Estoy seguro de que eso no es legal —dijo Tom.

Tess lo miró como si fuera tonto.

—Por supuesto que no, sabíamos en lo que nos estábamos metiendo...

—Me refiero a aceptar un *tupper* de pastel de cereza de la mujer a la que inspecciona.

Tess se encogió de hombros al tiempo que sonreía traviesa.

—Yo no lo vi poner ninguna resistencia, así que si es ilegal es su problema...

Tom se llevó las manos al cuello e hizo algunos movimientos para liberar el cansancio.

—Genial. Me voy a casa.

Tess lo tomó de la mano con rapidez. Tom sintió como si se hubiera sujetado a un cable de alta tensión.

—Después de lo que nos dijo el señor Zhao es obvio que tenemos que cambiar algunas cosas.

—Mira, estoy cansado y ahorita no tengo ganas de quedarme a hablar contigo.

Tess arqueó las cejas mientras lo soltaba solo para poner las manos en jarras.

—Aceptaste ayudarme con esto, Tom. No puedes simplemente no tener ganas de discutirlo. Tienes que venirte a vivir aquí —soltó ella.

Al vaquero la mandíbula casi se le despega de su lugar.

—¿Qué clase de droga tenía ese pastel? Con razón el chino estaba tan contento...

Tess hizo una mueca impaciente.

—Es en serio. Es obvio que el trabajo de ese hombre no es solo aparecerse por aquí de vez en cuando. Aunque no lo haya dicho, estoy segura de que también debe hacer preguntas sobre nosotros a los vecinos y a los trabajadores. Obviamente no hace falta indagar mucho para saber que ni siquiera vivimos juntos. Es la primera vez que uno de mis vaqueros puede afirmar haber visto tu camioneta en este rancho después de que nos casamos. Llevamos dos semanas de casados y durante esos días ni siquiera nos habíamos visto.

Tom bufó resignado.

—Genial, si eso es lo que quieres entonces serás tú quien se vaya a vivir a Cinco Diamantes.

—¡No puedo dejar el rancho! Lo dice el testamento —recordó.

Él maldijo.

—Empiezo a sentirme estafado, Tess Cartwright.

—A mí no me hace mucha gracia que digamos tener que verte la cara cada día. Pero negocios son negocios.

—De acuerdo. Mañana vendré.

Ella volvió a tomarlo de la mano.

—Ese hombre podría estar por allí esperando para ver si te quedas.

Él la miró incrédulo.

—Por Dios, Tess, ese hombre debe ir a toda velocidad hacia su casa para llegar cuanto antes a zamparse el pastel de Sarah...

Tess hizo caso omiso a sus palabras.

—Será mejor que avises que no vas a llegar a tu casa.

—Por si no te has dado cuenta ni siquiera me he bañado y me estoy muriendo de hambre.

Tess puso los ojos en blanco.

—Me encargaré de eso.

La mujer lo obligó a entrar a la casa. Llamó a Sarah y le pidió que le indicara a Tom dónde podía tomarse una ducha mientras ella ponía a calentar lo que había quedado de la cena y cocinaba un bistec de res.

Tess estaba acostumbrada a vivir sola desde que se había ido del rancho, por lo que podía asegurar sin mentir que sabía lo que era ser un ama de casa. En los momentos más apretados de dinero había tenido que encargarse de todas las tareas de una casa, a pesar de que la única que no consideraba una tortura era cocinar.

Cuando se había ido del rancho no sabía ni hacerse un huevo duro, pero pronto había aprendido cuando empezó a trabajar en un humilde restaurante de comida mexicana en Nueva York. La dueña del lugar, Inés, la había contratado solo por una única cosa: ocupaba una estadounidense con urgencia en su restaurante y no tenía más opción.

Decía que eso siempre le daba confianza a la gente. Nunca había llegado a ser parte de las cocineras justo por esa razón, el restaurante la necesitaba interactuando con los clientes no escondida tras fogones, pero Inés se había encargado de enseñarle cómo cocinar. La mexicana siempre decía que ningún ser humano podía permitirse el no saber hacerlo. Porque la comida era arte y, mucho mejor aún, arte que se comía.

Tess sonrió al recordar a la mujer regañándola cada vez que la comida se le pasaba de sal o cocimiento. La llamaría el día siguiente para saludarla. Con tantos problemas llevaba un buen tiempo sin hacerlo.

Cuando el trozo de carne estuvo listo, roció la sal y colocó un poco de mantequilla sobre la parte superior del bistec, luego tapó la sartén para que la mantequilla se derritiera y se mezclara con los jugos naturales de la carne sin que estos se evaporaran.

Subió las escaleras a toda prisa y fue directo a la habitación de su abuelo. Al igual que la primera vez que entró al lugar, sintió un escalofrío. No se lo pensó mucho, fue directa al closet y buscó algo que pudiera servirle a Tom.

De pronto las puertas que daban al balcón se abrieron con una fuerte ráfaga de viento. Tess soltó un grito histérico y dio un salto. Se volteó hacia el balcón con el corazón a mil por hora y volvió a sentir el escalofrío.

De seguro había cerrado mal las puertas el día en que había leído las cartas. Dejó la ropa que había tomado del closet en la cama y fue hasta las puertas para cerrarlas.

Cuando asomó la cabeza por el balcón creyó sentir un fuerte aroma a pino y cuero. Se le erizó el bello de la nuca mientras sentía el viento acariciar su rostro y murmurar:

—Lo estás haciendo bien, fierecilla.

Ese era el apodo con el que a veces la había llamado su abuelo. Se llevó la mano al corazón y permaneció ahí en silencio hasta que el viento dejó de soplar y el aroma que había olido antes desapareció.

Dios, se estaba volviendo loca. Recordó que debía llevar la ropa a Tom y entonces cerró las puertas, esta vez se aseguró de hacerlo bien. Recogió la ropa y salió a toda prisa.

Sarah le había avisado que Tom se había empeñado en ducharse en el baño de la habitación que estaba ocupando ella, así que se dirigió hacia ahí. Maldito vaquero, lo hacía solo para molestarla.

Cuando entró a la habitación se quedó de piedra mirando cómo el vaquero dormía como un tronco con el trasero al aire en su cama. ¡Su cama!

—¿Qué demonios te crees que haces? —chilló.

Él ni siquiera se movió. Así que tuvo que zarandearlo un poco. Por un momento estuvo tentada en darle una nalgada. La piel en ese sitio era al menos tres tonos más clara que la de su rostro y sus brazos, por no decir que el idiota tenía un trasero tentador. Sin embargo, sacudió la cabeza con horror cuando fue consciente del rumbo de sus pensamientos.

—¡Levántate de mi cama!

Tom abrió un ojo adormilado, luego lo volvió a cerrar. Cuando sintió el manotazo en la espalda se volvió dejando que Tess tuviera una vista diferente en esta ocasión.

—¿Podrías si quiera cubrirte? Maldición, no tengo por qué andar viéndote las desgracias —bufó ella.

Tom alzó la cabeza y abrió los ojos solo para mirarse la entrepierna.

—¿En serio te parecen desgracias? Eres la primera que opina eso.

Tess chasqueó la lengua y le tiró la ropa justo donde él tenía clavados los ojos.

—Ponte eso y baja a cenar antes de que se enfríe.

Después desapareció dejándolo a él desnudo en su cama con una sonrisa de satisfacción.

Cuando Tom llegó a la cocina no encontró a nadie allí, pero sí un plato enorme en la encimera y una cerveza fría. Oh, sí, justo lo que necesitaba antes de dormir como se lo merecía.

La comida le supo tan rica que cuando terminó dejó el plato tan limpio como si no hubiese sido usado. Después lo lavó y lo dejó en el escurridor. Sarah le había dicho que le iba a preparar la habitación de invitados que estaba frente a la de Tess, así que fue directo hacia allí, se dejó caer sobre la cama y se olvidó del mundo.

Tom llegó al Rancho Cartwright cuando el sol empezaba a esconderse tras el horizonte. Se bajó de la camioneta cargado de papeles y carpetas en un brazo y su bolsa de viaje en el otro.

A pesar de que ya tenía algunos días durmiendo ahí prefería llevar y traer sus cosas. Tess le había dicho que no fuera ridículo, que ella no le iba a robar el cepillo de dientes, pero de igual forma había seguido empacando sus cosas cada mañana.

Dejar sus pertenencias era familiarizarse con ese rancho y eso implicaba cosas que Tom prefería no implicar. De todos modos, a nadie le afectaba. En su habitación Tess había colgado una foto de la boda, había metido ropa de hombre en el closet y en el lavabo del baño tenía todos los artículos necesarios para que pareciera que él tenía un lugar allí junto a ella.

Debía admitir que Tess pensaba en todo. Por el amor de Dios, incluso tenía una camisa de hombre lanzada en una esquina sobre una silla para dar la impresión de que él la había dejado allí en un descuido.

Tuvo que dejar la bolsa de viaje en el suelo para encontrar las llaves de la casa. Llaves que Tess había insistido que él debía cargar consigo.

—Se supone que esta ahora es también tu casa —había explicado ella con el mismo tono en que se explicaba algo a un tonto—. Y todo el mundo tiene las llaves de su casa. ¿Entiendes?

Abrió la puerta con dificultad. Mientras lo hacía se le cayeron algunos de los papeles que cargaba.

—Iba de camino a la puerta para abrirte —dijo Sarah que se encontraba a pocos pasos de él—. Cielos, vienes cargado. Déjame ayudarte.

La mujer se inclinó para tomar los papeles que se habían esparcido por el suelo.

—Gracias. ¿Está Tess? Quisiera hablar con ella. Tengo algo de trabajo de oficina, como puedes ver, y me gustaría saber si puedo utilizar el despacho.

—Está afuera con Brad. Le está enseñando a montar.

Tom se quedó inmóvil como una estatua.

—¿Enseñando a montar?

Sarah asintió.

—Tess nunca ha sido muy buena con los caballos. Pero está empeñada en que quiere hacer el rodeo [\[1\]](#) con los vaqueros. Casi se le sale el alma del cuerpo cuando le dijeron que era imposible hacerlo en Jeep. —Sonrió—. Así que ahora está aprendiendo a montar.

—Creo que lo que quieres decir es que está atrasando el rodeo. —Sarah puso los papeles que había recogido sobre los que él llevaba en el brazo—. De hecho, ya están atrasados.

—No, lo que quiero decir es que Tess está dispuesta a vencer su miedo a los caballos con tal de involucrarse en los asuntos del rancho —replicó con tono defensivo—. A mí me parece que se está esforzando y lo está haciendo bien. Sí, el Rancho Cartwright va atrasado en sus tareas, pero es normal teniendo en cuenta las circunstancias. Mi chica lo está haciendo tan bien como habría querido su abuelo.

Tom asintió como un niño pequeño al que habían regañado.

—Voy a dejar esto aquí un momento —dijo cuando colocó todo lo que cargaba en la mesilla

del salón—. Iré a buscar a Tess para preguntarle si puedo usar el despacho. ¿En dónde se encuentra?

Sarah se encogió de hombros.

—Supongo que en alguno de los corrales.

Tom asintió y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo a medio camino.

—Perdona mi comentario, Sarah. Tienes razón, Tess lo está intentando. Esto no es fácil y aún no ha salido corriendo. Tu chica tiene mérito.

Sarah asintió con una sonrisa.

Tom no tuvo que ir muy lejos para encontrar a Tess. Estaba junto a Brad y Joe, otro de los trabajadores, en un pequeño corral.

Se preguntó cómo Tess iba a aprender a montar a caballo si estaba a treinta metros de él. Era un animal pequeño, pero fuerte y su pelaje dorado hacía juego con los colores del atardecer. Un digno ejemplar del Rancho Cartwright, a juicio de Tom.

—¿Qué tal, chicos? —saludó a los vaqueros.

Tess le hizo una mueca que fue incapaz de adivinar. La repitió una y otra vez mientras él la observaba sin comprender qué demonios pasaba. Al final la chica se dio por vencida.

—¿Acaso no vas a saludarme, cariño? —soltó Tess.

Tom puso los ojos en blanco mentalmente. Saltó la cerca y se acercó hasta ella para darle un beso rápido en los labios. Siempre que la tocaba esa maldita electricidad estaba ahí. ¿La sentiría ella de la misma forma en que la sentía él?

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Tom.

—Aprendo a montar.

—¿En serio? Yo creía que eso se hacía sobre los lomos del caballo.

Tess suspiró con impaciencia.

—Prefiero empezar poco a poco.

—Podrías siquiera estar aprendiendo a poner la montura —atacó él.

Brad y Joe se miraron incómodos a pesar de que ellos opinaban igual que Tom.

—Sé cómo funciona.

—Me parece que eres la única. —Se volvió hacia los vaqueros—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—No sé. Dos horas quizá.

Tom se quedó boquiabierto.

—De acuerdo —respondió—. Sé que ustedes respetan a Tess por ser su jefa y por eso no se atreven a tener mano dura, pero así no va aprender ni a montar un toro mecánico. Déjenme esto a mí.

—Oh, no —exclamó Tess—. Confío en Brad y Joe y, además, ¡ellos no me temen! Ya te dije que yo sé cómo funciona...

—Descansen, chicos —cortó Tom el discurso de ella—. Mañana mismo la tendrán lista para el rodeo.

Los vaqueros se quedaron mirando a Tom, luego a Tess y otra vez a Tom. No sabían qué hacer.

—Me parece que tienes mucho trabajo con tu rancho, cariño —dijo Tess entre dientes.

—Mi esposa está primero —contestó él con una sonrisa inocente en la cara—. ¿Acaso no confías en mí?

Tess lo fulminó con la mirada.

—Tom Swanson, eres un encanto —respondió con un tono de voz que no reflejaba la dulzura

de sus palabras—. Bendito el día en que te acepté como esposo. —Se giró hacia sus trabajadores—. Gracias, chicos, pueden retirarse.

Una vez los vaqueros salieron del corral y desaparecieron, Tess salió camino a la casa hecha una furia. Tom la detuvo antes de que saliera del corral.

—¡Suéltame!

—Dije que te iba a enseñar a montar y eso es justamente lo que voy a hacer.

—No recuerdo haber pedido tu ayuda.

—Anda, Tess. No seas obstinada. ¿Quieres aprender o no?

—No vas a ser tú quien me enseñe. Ah, otra cosa, nunca más vuelvas a pasar por encima de mi autoridad en *mi* rancho. Si quieres dar órdenes ve a Cinco Diamantes, porque aquí quien lo hace soy yo.

Se zafó de él dándole un empujón con fuerza. Tom no se inmutó, volvió a sujetarla, esta vez de forma que no se le escapara.

—Solo quiero ayudarte. No vas a aprender nunca si no tocas el jodido caballo. ¿Acaso nunca has montado?

—¡Nunca me gustó!

—No me digas...

Ella lo miró con atención.

—¿Qué?

—A ti lo que te pasa es que le tienes miedo a los caballos.

Tess desvió la mirada.

—Son grandes y fuertes. —Intentó zafarse—. Y esos ojos saltones... no me dan confianza...

—Son animales maravillosos.

—No dije que no lo fueran. Es solo que... De acuerdo, me dan miedo.

—¿Nunca has montado? —repitió la pregunta.

—Solo con el abuelo. —Dejó de hacer resistencia—. Cuando era niña. Me había regalado un poni, así que eso lo hacía más fácil y él... Bueno, él me daba la confianza que me faltaba. Luego crecí y lo de montar un poni ya no pegaba, así que preferí dejar el asunto.

—O sea, que nunca has montado.

—¿Acaso escuchaste lo que te dije?

—Por un demonio, Tess, eso no es montar.

La soltó despacio, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Si tanto te asusta, no deberías empeñarte en hacer el rodeo. No es un trabajo fácil.

—Quiero hacerlo.

—Entonces déjame ayudarte.

Sin esperar una respuesta la tomó de la mano y caminó hacia donde se encontraba el caballo. Tess comenzó a chillar como una demente, luego optó por los improperios y al final estuvo tan cerca del animal que el pánico la enmudeció. Sin embargo, Tom no se detuvo. La iba a llevar hasta el jodido caballo aunque fuera a rastras.

La cara de terror de Tess no tenía comparación. Tom no sabía si estaba a punto de desmayarse o de echarse a llorar. Esperaba que ninguna de las dos.

—Los caballos son animales muy sensibles a las emociones —comenzó él—. Ni siquiera hace falta que los toques para que perciban lo que estás sintiendo. —El caballo se echó un poco para atrás—. Las emociones negativas los estresan.

Tom se colocó detrás de ella y tomó su mano para que acariciara al animal.

—Noo —murmuró—. Por favor, no. No estoy preparada.

—Son grandes amigos —continuó él sin dejar que su esposa apartara la mano—. No te va a hacer nada, Tess. No permitiría que nada malo te sucediera.

Ella se echó para atrás hasta que su espalda chocó con el cuerpo de él y no pudo retroceder más. Tom avanzó dos pasos obligándola a hacer lo mismo.

El pelo del animal hizo cosquillas en los dedos de ella cuando entraron en contacto. Tom mantuvo su mano unos segundos, cuando la soltó Tess apartó la suya de inmediato.

—Creo que está enojado —susurró cuando vio que los orificios de la nariz del caballo se dilataban.

—Está tenso porque tú lo estás. —Tom volvió a tomar la mano de ella—. Cierra los ojos.

—¿Estás de broma?

Tom se inclinó hacia ella y murmuró en su oído:

—Tess, eres una mujer valiente. Aceptaste la responsabilidad que te dejó tu abuelo, enfrentaste a toda la organización de la feria para reclamar tu lugar y quieres participar en un jodido rodeo. Eres capaz de cosas más intimidantes que acariciar un caballo.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar por las palabras suaves de Tom. Su respiración le hacía cosquillas en el cuello, pero también la calmaba. La sensación de su cuerpo alrededor del suyo la reconfortaba.

—Imagínate cabalgando en las tierras altas —continuó Tom—. La vista es alucinante. El valle se ve en todo su esplendor. Las praderas están llenas de colores y el aire te acaricia el rostro. —Tess dejó de poner resistencia, él colocó su mano sobre la testuz del animal—. Necesitas confiar en el caballo para atravesar bosques, ríos y rocas. Él será tu mejor amigo, tu compañero. —Soltó la mano de la chica, ella no la apartó—. Pero para conseguir eso debes ser su amiga también.

Tess comenzó a mover su mano de arriba abajo. Al principio fue algo forzado, luego el movimiento se convirtió en una caricia.

—Les gusta que los mimen —dijo Tom—. Justo así, Tess.

Ella no fue consciente de que comenzó a acercarse más, Tom la dejó que lo hiciera. Entonces abrió los ojos. El miedo chispeó en ellos, sin embargo, no se apartó.

Tenía el corazón agitado y las manos le temblaban. El pelo del animal era suave. El equino la miraba con atención, apenas y se movía, por lo que ella agarró más confianza y continuó acariciando su cuello.

Tom los observaba en silencio. La última luz del atardecer dibujaba a Tess y al caballo como sombras en mitad de la nada. Iba a abrir la boca para decirle que lo estaba haciendo muy bien cuando el caballo se giró hacia ella olfateándola y la chica dio un grito que casi le destruye los oídos a todo el rancho. Tess se apartó con los ojos abiertos de par en par.

—¡Me atacó! —chilló.

—Por todos los cielos, por supuesto que no. Solo te estaba oliendo.

—¡Lo vi enseñar los dientes!

El caballo intentó volver acercarse a ella a pesar de sus gruñidos. Tom frunció el ceño. Tess se echó más para atrás, pero como vio que el caballo no se detenía hizo lo primero que se le vino a la cabeza: correr.

—Maldición —exclamó Tom.

Tess escuchó pasos tras ella por lo que aceleró su huida, luego sintió un empujón, otro y otro más. Gritó despavorida y después cayó al suelo. Sintió un peso enorme sobre su cuerpo.

A como pudo se giró pataleando y tirando manotazos hasta que vio que a quien tenía encima era a Tom y no al caballo. Levantó la cabeza del suelo y vio que el animal estaba a varios metros mirándolos con curiosidad.

—¡Quítate de encima!

—¿Podrías por favor dejar de comportarte como una niña de tres años?

—Ese maldito caballo iba a atacarme...

—Te dije que solo te estaba olisqueando. Debe ser que le gusta tu aroma... —A él también le gustaba y en más de una ocasión había deseado clavar la nariz en su cuello—. O quizá lles algo encima que llame su atención.

Tess lo miró sin comprender mientras Tom se ponía de pie y le daba la mano para que ella hiciera lo mismo.

—No ando nada encima. Yo... —Se detuvo.

—¿Qué?

La chica no contestó, pero sacó de uno de sus bolsillos un pequeño chocolate que ahora estaba aplastado. Tom puso los ojos en blanco.

—Apuesto a que eso era lo que el caballo quería.

Le quitó el chocolate, lo desenvolvió y se lo ofreció al caballo con cuidado. El animal se lo zampó y luego emitió un relincho que Tess casi juró que era de puro placer.

—Ahora que ya comprobaste que no te quería atacar —continuó Tom—. Puedes continuar. Aprovechemos la última luz que queda.

Tess se acercó con precaución. Dio un respingo cuando el animal volvió a husmear.

—Tranquila, debe de estar buscando a ver si hay más. Háblale para que se familiarice con tu voz.

Tess miró a Tom incrédula, él puso cara de impaciencia.

—Lo siento —dijo al fin la chica al animal—. No hay más chocolates.

La morena se aventuró a acariciarlo una vez más. Entonces Tom fue por la montura que estaba colgando en la cerca del corral y la llevó hasta donde estaba ella con el caballo. Le dio a Tess las instrucciones de cómo debía ponerla y le explicó para qué servía cada una de las partes que la conformaban, luego lo repitió dos veces más.

—Ahora te toca a ti —dijo Tom a Tess, dejando todo en el suelo.

—¿Y si se pone nervioso el caballo?

—Si se pone nervioso es porque tú estás nerviosa. Ni siquiera se movió cuando lo hice yo...

Tess respiró profundamente antes de tomar las almohadillas y colocarlas. Después cogió la montura con sorpresa pues era más pesada de lo que había imaginado. Le costó un poco acomodarla, por lo que Tom le echó una mano.

—Recuerda que tiene que quedar justo en la mitad de la almohadilla —comentó Tom.

Tess asintió. Buscó la cincha y la ajustó sin quitarle un ojo de encima al caballo ni parar de temblar pues Tom le había dicho que a algunos caballos no les gustaba e intentaban morder. Cuando por fin lo consiguió, metió dos dedos entre la cincha y la piel del caballo para asegurarse que estaba bien ajustada. Ella miró a Tom con una sonrisa teñida de orgullo, él asintió sonriendo también.

—Ahora hay que ajustar los estribos. Eso depende de quien vaya a montar y qué le resulte más cómodo, así que solo lo sabrás cuando estés sobre el caballo. Pero hay un truco, una buena medida es calcular tu distancia de la axila a la punta de los dedos.

Tom le enseñó cómo y también añadió los pasos para poner las riendas y el bozal. Cuando por

fin el caballo estuvo listo para ser montado, él le ofreció una mano.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tess señalándole la mano.

—Te estoy ofreciendo ayuda para que te subas al caballo.

Tess desvió la mirada. Del sol apenas y quedaba un punto tenue en el horizonte.

—Creo que es un poco tarde y...

—Solo vas a subirte. El caballo debe familiarizarse con tu peso y con el movimiento de tu cuerpo. Anda, esto es lo más fácil.

Tess asintió aunque no con mucha convicción. Él le tendió la mano y le dijo lo que debía de hacer, sin embargo, cuando Tess lo intentó parecía un robot. Entonces Tom decidió hacerlo él para que ella entendiera mejor, lo repitió una vez más.

A pesar del esfuerzo del vaquero, cuando la chica volvió a intentarlo no pudo.

—Pones demasiado peso en el pie —indicó él al ver que el caballo perdía equilibrio.

—Creo que el caballo no me aguanta.

La miró serio.

—Peso bastante más que tú, Tess. Deja de poner excusas.

Impaciente al ver que ella no podía subirse, la tomó de la cintura y la alzó en el aire.

—Maldita sea, ¿qué haces?

—Ayudarte o terminarás montando al caballo al revés.

Tess le dio un manotazo en la espalda.

—¡No soy idiota!

—No estoy tan seguro.

Esta vez el manotazo fue más fuerte y Tom estuvo a punto de soltar una carcajada. Justo cuando ella consiguió pasar la pierna por encima del lomo se puso tensa como una cuerda.

—Dios mío, relájate —regañó.

—¡Esto es demasiado alto!

—Estás colgando de un costado del caballo, Tess. Ni siquiera te has subido.

—¿En serio?

Tom la miró con cara de pocos amigos y tuvo que tragarse una palabrota cuando vio que ella tenía los ojos cerrados con fuerza.

—Si abres los ojos y dejas de pegarte a mí como una lapa, me costará menos —murmuró entre dientes.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¡No estoy pegada a ti como una lapa!

—No me digas.

Tess lo soltó como si la quemara con una expresión de absoluto orgullo. En un acto impulsivo se sujetó de la montura y tomó el impulso para subirse, con tan mala suerte que no midió la fuerza que estaba usando y pasó recto.

No se cayó del caballo, pero quedó colgando.

Tom no pudo contener la carcajada al ver que lo único que sobresalía por encima del caballo eran las piernas de ella.

—¡Sujétame, sujétame! —ordenó Tess.

Él fue hasta el otro lado con toda la paciencia sin parar de reír.

—¿Necesitas ayuda?

—No, idiota, así me subo al jodido caballo —aulló Tess.

—Bueno, al menos ya no estás sobre el suelo.

—¡Pero lo voy a estar muy pronto si no me ayudas!

Él la abrazó por el trasero con toda la inocencia del mundo. Su intención no era más que bajarla. Sin embargo, como seguía riéndose, Tess pensó que se estaba pasando de listo, por lo que zafó una de las manos con la que todavía se estaba sujetando al caballo y le dio un puñetazo en la entrepierna.

Tom se llevó las manos a la zona lastimada y Tess cayó al suelo con la misma elegancia que lo habría hecho un costal de papas.

Se levantó furiosa, apuntándolo con el dedo índice dijo:

—Te juro que si vuelves a manosearme te voy a cortar las pelotas, imbécil.

Tom la miró con un gesto que estaba entre el dolor y el desconcierto.

—¡Estás loca como una cabra!

—Mejor loca que degenerada.

Tess no agregó nada más. Se fue caminando airada y por poco deja los dientes en el suelo cuando debido a la prisa se cayó de la cerca. Tom no soltó una carcajada solo porque el dolor aún estaba latente.

Tess había acertado en el blanco y, encima de todo, ahora tendría que ser él quien guardara al caballo. Por todos los cielos, si hubiera querido manosearla no habría sido tan discreto.

Tess y Tom tenían cinco minutos estacionados frente al hotel. Habían ido a la reunión de la organización en la camioneta de él, como cualquier pareja de esposos, pero el vaquero se había empeñado en que ella debía darle un beso antes de que salieran, a lo que Tess no había accedido.

—Tú pasas besuqueándome todo el tiempo —reclamó él.

—Claro que no. Las veces que lo he hecho es porque era necesario. No lo digas como si me encantara hacerlo.

—Eso nos dará credibilidad con los vecinos —replicó él sonriendo—. Un besito inocente para callarles la boca.

Ella lo miró dejando claro que no era ninguna tonta.

—Eso desatará los chismes.

—Bueno, es justo lo que ocupamos. Mira que si el inspector se pasa por el pueblo y pregunta sobre nosotros...

—¿Me estás manipulando? —dijo ella con los ojos desorbitados.

—Solo quiero que salgamos de una maldita vez de la camioneta.

—No tienes más que desactivar el seguro de la puerta.

Tom se acercó.

—La gente va a pensar que estamos discutiendo.

—Es que eso es lo que estamos haciendo.

El vaquero se movió un poco más.

—Eso no nos conviene.

—Las parejas pelean, ¿sabes?

No esperó más. Puso su mano en la nuca de ella y la atrajo hacia él. Había sido un mentiroso, le importaba una mierda lo que pensarán los vecinos.

Él quería besar a Tess por la simple y sencilla razón de que se había estado conteniendo en hacerlo desde que la vio llegar al comedor esa mañana con un vestido azul cielo y su exuberante melena suelta.

Luego había tenido que manejar media hora con el aroma del perfume de ella flotando por toda la camioneta. Era demasiado para él.

Tess no tuvo tiempo de apartarse, pero cuando pudo hacerlo no lo hizo. En su lugar, recibió los labios de él. Se le puso la piel de gallina cuando algo en su vientre estalló. Colocó las manos sobre las mejillas de Tom y le infundió más intensidad al beso.

Tom la saboreó sin que su cerebro fuera capaz de procesar nada más a su alrededor. La tomó por la cintura y la acercó todo lo que pudo. Deseó que el beso jamás terminara. Aunque la había besado antes, nunca había sentido lo que estaba sintiendo en ese momento.

La pareja dio un respingo cuando escucharon que alguien golpeaba la ventanilla del conductor con los nudillos de los dedos.

Se separaron sin dirigirse la mirada. Tom bajó la ventanilla y descubrió a Wayne Miller mirándolos atónito.

—Oh, lo... Perdón, no sabía que estaba interrumpiendo algo.

—No pasa nada —contestó Tom sintiendo que el cuerpo se le enfriaba como si le hubiesen lanzado un balde de agua fría.

—¿Qué tal, Tess? —saludó Wayne.

—Bien —contestó la chica a duras penas, con la cabeza todavía dándole vueltas.

—No los había visto juntos desde el matrimonio.

—Debe de ser porque eres un tipo ocupado —dijo Tom al *sheriff*—. Venimos a la reunión de la organización.

Wayne asintió.

—Bueno, suerte. No interrumpo más.

El hombre le dio una palmada a Tom e hizo una reverencia con el sombrero para Tess.

La pareja salió de la camioneta en silencio. Tess se sorprendió cuando Tom entrelazó su mano con la de ella para entrar al hotel. Por el rabillo del ojo podía ver cómo todos volvían la cabeza para mirarlos.

La reunión solo era de rutina. Cada uno debía exponer cómo iba avanzando su trabajo e informar sobre lo que hiciera falta. Tess y Sherryl habían estado trabajando sin ningún problema. No hablaban más que de la feria, a pesar de que Tess a veces deseaba preguntarle qué había sido de su vida. Pero tal como ella se lo había dicho, ya no eran amigas.

Más de uno de los organizadores bostezó cuando Jane Davis pasó al frente. La mujer nunca podía ser concisa, siempre empezaba a irse por las ramas o a quejarse de que no podía hacer las cosas sola porque era demasiado trabajo y ella tenía un negocio importante que atender.

Ese era justo el momento en que todos aprovechaban para ir por un vaso de agua o vaciar la vejiga. Apenas llevaba diez minutos hablando cuando Tess comenzó a quedarse dormida.

Tom sintió el peso de la cabeza de ella sobre su hombro. La miró con una sonrisa en la cara y recordó el beso en la camioneta. Demonios, no podría sacarse eso de la mente ni en un año. Tess había respondido a su beso, no por fuerza ni para guardar las apariencias. Estaba seguro de que no podía ser el único trastocado tras ese contacto.

Cuando notó que Jane Davis se había quedado callada, volvió a prestarle atención. La mujer se encontraba de pie con los brazos cruzados y los ojos clavados en Tess. Tom le dio un suave codazo a Tess para que despertara. Ella sacudió la cabeza y se irguió en su asiento.

Jane continuó hablando, no sin antes no soltar un sermón a la representante del Rancho Cartwright.

—Siempre fue una bruja chismosa —murmuró Tess.

—No te lo tomes personal, es así con todo el mundo.

—Si tú lo dices. —Se puso de pie—. Voy a refrescarme la cara. Aunque quizá deba tomarme una bebida energética, tal vez así Jane Davis no me aburra hasta caer dormida.

Tom sonrió mientras Tess se marchaba. La chica abrió la puerta del baño despacio aún un poco adormilada y fue directa al lavabo. Puso una mano sobre la llave justo cuando escuchó que una mujer decía:

—¿Y viste a la Cartwright? Entró tomada de la mano de Tom como si él se tratara de un trofeo.

Tess se miró en el espejo, inmóvil, tenía el ceño fruncido.

—Ja, ja, ja. Eso es lo que la pobre tonta se cree —respondió otra voz.

Las voces provenían de dos aseos distintos, uno al lado del otro. Tess reconoció una de las voces, la de Sonia Still, pero no la otra.

—Pues es que tiene a ese hombre cogido de las pelotas. El pobre siempre ha estado enamorado de Tess Cartwright. No sé qué hacen las mujeres como ella con los hombres, pero

parece que los idiotizan.

—Ay, no te creas. Tom ya no es tan tonto como antes. No digo que no se haya equivocado con casarse con esa mujer, pero al menos ahora no se deja.

—¿Por qué lo dices?

—Se pasa casi todas las noches en el bar tonteando con Mary Anne.

—¿Mary Anne? —Soltó una carcajada—. Su esposa se moriría de un infarto si se da cuenta que su maridito le pone los cuernos con esa fulana.

—Y que lo digas, con lo engreída que es.

Tess se sujetó al lavabo con fuerza, tratando de procesar lo que estaba escuchando. Si bien era cierto que Tom llegaba al rancho bien entrada la noche casi siempre y ni siquiera cenaba allí, la morena había supuesto que se debía a que trabajaba tarde y cenaba en Cinco Diamantes.

Ni por un segundo se le había ocurrido que el cabrón se la pasaba metido en el bar con otra. Se le revolvió el estómago debido al enojo. Tom iba a escucharla, por un demonio que sí.

—Eso es lo que pasa cuando atrapas a un hombre a la fuerza —continuó una de las mujeres.

—Pues sí. Apenas tenía un mes de haber regresado y ya le tenía las garras encima.

—¿De qué te extrañas? Es de esas personas que siempre ha tenido lo que ha querido con solo chasquear los dedos. ¿Recuerdas cómo era en la secundaria? Uy, coincidí con ella un año y fue el peor.

Tess hizo una mueca. Ni siquiera sabía quién era la mujer, pero por lo que estaba escuchando no le extrañaba que la hubiera puesto en su lugar. De hecho, en esos momentos sentía bastante tentación de abrirle la puerta y mandarla al demonio.

—Afortunadamente nunca me tocó clase con ella. Aunque sí que la veía por allí. Caminaba por los pasillos como si fueran de ella. La muy ilusa se creía que había sido tocada por los mismísimos ángeles.

—No sé cómo Sherryl se la soportaba.

—Siempre fue su lamebotas de primera.

Tess se giró para mirar las puertas de los aseos en los que se encontraban. ¿Cuál debía abrir primero?

—Pues ahora apenas y es que se saludan. ¿Lo has notado?

—Claro. Es que de seguro que Sherryl ha recapacitado. Nadie en su sano juicio querría estar a la par de esa víbora. Tess Cartwright siempre ha sido una mujer infumable que solo le cae bien a los hombres. Y eso porque tiene un par de tetas que si no...

Una de las mujeres jaló la cadena. Tess se dirigió hacia allí y esperó con paciencia a que la mujer saliera. La puerta se abrió despacio y por ella apareció Sonia. La cara se le quedó tan blanca como el papel de baño.

—Hola, Sonia. ¿Cómo estás? —preguntó Tess.

El único sonido que se escuchó fue el del tanque del inodoro al recargarse.

—Bien, gracias —contestó la mujer con apenas un hilillo de voz.

Tess le sonrió de oreja a oreja.

—Qué bien. Me alegra mucho.

Dejó a Sonia clavada en el suelo como un árbol y entró en otro de los aseos y esperó en él hasta que las dos mujeres salieron del baño para luego hacerlo ella.

Cuando regresó a su asiento no volvió a dirigirle la palabra a Tom ni tampoco a mirarlo. Al finalizar la reunión se zafó de la mano de él y fue a hablar con Sherryl con el pretexto de agendar el próximo encuentro, entreteniéndose lo suficiente para que él se viera obligado a esperarla en la

camioneta.

De regreso al rancho continuó en silencio.

—¿Te pasa algo? —preguntó Tom.

«Sí, que mi marido me está dejando como la idiota del pueblo con la estúpida zorra de Mary Anne», pensó.

—No, no me pasa nada.

Tom le echó un vistazo.

—Estás muy callada.

—Tengo dolor de cabeza.

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Tess lo miró con odio, cuando él la volteó a ver apartó la mirada.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó a su marido con toda la intención.

—Lo mismo de siempre. Trabajar.

—Ah, ya.

—¿Estás segura que estás bien?

—¡Qué sí!

—Bueno, es que pareces un poco... No sé. ¿Enfadada?

Ella sonrió hasta que le dolieron las mejillas.

—¿Por qué habría de estarlo?

—No lo sé, solo decía.

La chica deseaba con todo su ser reclamarle lo que estaba pasando, pero el maldito beso la frenaba. Dios, no podía creer que hubiera besado a ese idiota. Si tan solo no le hubiera tomado la cara entre las manos, podría haber fingido que no había sentido nada con el beso... Pero lo había hecho. Claro que sí. Si hasta le había robado el aliento, por el amor de Dios.

Si le reclamaba algo él se creería que era porque ella se lo estaba tomando todo en serio y estaba celosa. ¡Claro que no era eso! ¡Por supuesto que no! Su molestia solo se debía a los chismes que esa situación estaba generando y el hecho de que odiaba que le vieran la cara.

Aun cuando le explicara eso a Tom, él era hombre y los hombres pensaban que todo giraba alrededor de ellos. Claramente no le creería y la acusaría de ser una psicótica posesiva y celosa debido a que una de las condiciones que le había puesto para casarse con ella era que no se metiera en sus asuntos. Ahora entendía muy bien por qué. Cabrón. Apretó los puños con fuerza ante ese pensamiento.

Cuando llegaron al Rancho Cartwright, Tess se bajó de la camioneta sin siquiera decir adiós y dando un portazo. Tom se preguntó qué carajos le pasaba y por qué se habría puesto tan rara. ¿Sería por el beso?

—No —murmuró para sí mismo.

El beso había sido de los buenos, eso le constaba y los buenos besos no ponían a nadie de mal humor. Se encogió de hombros, qué más daba, Tess era incomprendible.

Esa noche cuando llegó al rancho casi a media noche, se encontró con una nota pegada sobre la cerradura de la puerta.

«Este no es un hotel, Tom Swanson. Después de las 8:00 puedes irte al demonio porque en esta casa no vas a dormir».

Miró la nota sin comprender ni una sola palabra de lo que decía. Debía de ser una broma. Apretó los dientes al meter la llave y notar que la puerta no abría. Alumbró la cerradura con la

linterna del teléfono y le lanzó una patada a la puerta cuando vio que la cerradura estaba nueva.

Por todos los cielos, esa mujer estaba loca. Dio media vuelta y regresó a la camioneta sin notar que la cortina del despacho estaba corrida y una silueta lo estaba observando. Luego de que se desahogara con unas cuantas maldiciones, arrancó el motor y se fue a Cinco Diamantes. No pensaba rogarle a Tess que le abriera la puerta y mucho menos iba a dormir en la camioneta como un idiota.

Tess caminó en silencio en medio de la oscuridad. Tenía dos horas antes de que el sol comenzara a aparecer entre las montañas.

Abrió la puerta de la caballeriza con sigilo y encendió la pequeña lámpara que llevaba en las manos cuando volvió a cerrarla. Fue directa al compartimiento en el que se encontraba el caballo dorado que había intentado montar dos días antes con la ayuda de Tom.

Sacó un chocolate de su pantalón antes de saludar al equino:

—Hola, Emperador. Mira lo que te traje.

El animal soltó un soplido amistoso y cogió el chocolate que ella le pasaba por encima de la puerta del compartimiento. Tess le acarició la cabeza. Había decidido que iba a aprender a montar por sí misma, a pesar de que ya se había resignado a que no podría hacer el rodeo para llevar el ganado a las tierras altas.

Justo ese día sus empleados harían la tarea. Se llevarían de dos a tres días en ello. Dejarían al ganado dos semanas y luego lo moverían a nuevos pastos hasta que llegara el otoño y volvieran a las praderas cercanas al rancho.

—El próximo verano iremos tú y yo al rodeo —dijo al caballo.

Se sorprendió al darse cuenta que asumía que iba a estar allí dentro de un año. El caballo bufó.

—¿Así que puedes sentir mis emociones? —Suspiró—. Puede que este no sea mi trabajo preferido —admitió—, pero no se me está dando tan mal. ¿Eh? Mi abuelo habría estado orgulloso... creo.

El caballo colocó su cabeza sobre el hombro de ella como si intentara abrazarla. Tess cerró los ojos y se apoyó en él.

—Él era vaquero hasta los huesos y yo solo... una niñita consentida. Pero mi abuelo jamás me obligó a seguir sus pasos... Bueno, puede que ahora sí que lo haya hecho... —Acarició al animal—. Sin embargo, no lo hizo antes. Incluso cuando empecé a insistir en que quería ser modelo, él no me impuso ser parte del rancho.

El caballo se apartó y la miró con atención, moviendo la cabeza un poco de arriba abajo.

—Pero tampoco me dejó ser lo que yo quería. Cuando le conté sobre mis sueños se volvió como loco y me dejó muy claro que no iba a permitir que me fuera a Nueva York. —Tess fue por la montura y las riendas—. Creo que fue ahí cuando se rompieron las cosas entre nosotros —continuó cuando regresó—. Estaba acostumbrada a que él me consintiera los caprichos y ese, que más que un capricho era mi sueño, no lo admitió.

El caballo dio una suave patada en el suelo.

—Sí, era un terco —estuvo de acuerdo con Emperador—. Ahora que miro atrás, comprendo que ninguno de los dos supo asimilarlo. Él tuvo que haber sido más flexible, yo no era mi mamá. —Entró al compartimiento y comenzó a preparar al caballo—. Y yo tuve que haberme largado.

El caballo dio dos patadas, disconforme con lo que ella decía.

—Claro que sí. Oye, amaba a mi abuelo, pero yo también tenía derecho a hacer lo que me apasionaba. —El caballo dio una patada más y negó con la cabeza—. Bueno, bueno. Quizá si no me hubiera comportado como una mocosa malcriada, mi abuelo hubiera visto que lo del modelaje

no era un capricho y que en verdad lo deseaba, entonces habría terminado apoyándome.

El caballo asintió. Tess lo miró con el entrecejo fruncido.

—No puedo creer que esté hablando con un caballo, por Dios.

Emperador bufó y se apartó de ella. Tess puso los ojos en blanco.

—¿Quieres escuchar el resto de la historia?

El caballo la miró de reojo, aún un poco resentido.

—Bueno, pues en lugar de eso lo que hice fue comenzar a hacer berrinches. Novios por aquí y por allá, escapadas por las noches, un poco de vandalismo. —Se encogió de hombros cuando el caballo volvió a mirarla con los ojos más grandes de lo habitual—. Pintar paredes y eso —aclaró—. La cosa es que el abuelo no cedía ante nada, nos la pasábamos peleando y yo cada vez me ponía peor. Pasaron dos años así.

Emperador negó con la cabeza.

—Pues sí, era una estúpida, no voy a negarlo. Desperdiicé ese tiempo haciendo berrinches. Luego puse el listón más alto en mi lista de cosas sin sentido. Empecé a coquetear con Tom. Lo elegí a él porque sabía que siempre le había gustado y porque no era como los demás. Podía ser su novia sin tener que acostarme con él, a diferencia de con el resto. Lo malo fue que Tom quiso ir más allá y me pidió matrimonio.

El equino se puso inquieto dentro del compartimiento, por lo que Tess lo sacó de él.

—No debí decirle que sí. Lo sé. Lo sé —reafirmó—. Pero cuando lo hizo lo único que pude pensar fue que mi abuelo pondría el grito en el cielo y entonces a cambio de que yo no me casara, él me dejaría estudiar modelaje. —Suspiró—. No fue el caso. El abuelo no cedió y yo tampoco me casé, dejé a Tom frente a la iglesia el día de la boda justo antes de irme del pueblo.

El caballo emitió un relincho suave.

—Cuando me marché tenía veinte, tuve que rodar de un lado a otro mientras cumplía la mayoría de edad y juntaba el dinero suficiente para irme a Nueva York. Estaba acostumbrada a tenerlo todo y, de pronto, vivía en la calle y estaba tan sola... Tuve que aprender a trabajar. Viví en los peores lugares y con la peor gente. Pero lo conseguí. —Sonrió—. No fue fácil.

»Por meses estuve asechando al dueño de la agencia de modelos en la que quería entrar. Trabajaba de noche solo para pasar casi todo el día de pie junto a la puerta de la agencia esperando a que él me viera. Luego descubrí cuál era su café favorito y comencé a llevárselo cada día. Él lo tomaba sin siquiera dar las gracias ni voltear a verme. Así que un día decidí echarle sal al café. Cuando se lo di, él me ignoró, pero cinco minutos después lo tenía al frente gritándome un montón de cosas.

Emperador levantó las orejas con atención.

—En la mano yo tenía otro café, su favorito. Le dije que no se lo daría hasta que me escuchara. Por supuesto, me mandó al demonio. Entonces perdí la paciencia. Había llevado sol, agua y frío esperando a que me diera una oportunidad y nada. Me enojé mucho y entré a la agencia a la fuerza solo para gritarle que era un hombre sin talento que no era capaz de ver que frente a sus ojos había tenido a una futura modelo exitosa. Fue entonces cuando se giró hacia mí y, por primera vez, me miró. De verdad.

Cuando Tess se agarró a la montura para intentar subir, el caballo se apartó.

—Ey, ¿qué te pasa?

Volvió a intentarlo y el caballo se apartó una vez más.

—De acuerdo, de acuerdo. Terminaré la historia. Bueno, pues algo debió ver en mí, me quitó el café de la mano y me lo lanzó a la cara. Después dijo que buscara al fotógrafo para que me

tomara cinco cuadros solamente y si era capaz de sorprenderlo con ese aspecto, entonces podría hablar con él en su oficina. Una hora más tarde estaba firmando mi contrato con la agencia. ¿Sabes?, el cabrón tuvo que tragarse sus palabras porque los cinco cuadros eran jodidamente buenos. —Sonrió orgullosa—. Tenía años practicando para ese momento, no era un juego, yo en verdad lo deseaba. Ahora sí, tengo que montarte, Emperador. Mucha plática y nada de acción.

El caballo resopló, no obstante esta vez no se apartó. Al igual que con el modelaje, Tess pudo conseguir montar al caballo. No de la forma más elegante ni tampoco de la forma usual, claro.

—Ay, Dios, por fin —resopló cuando estuvo sobre el lomo de Emperador.

El caballo dio una suave cabezada y Tess soltó un grito debido al susto. Tenía la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—¿Y ahora qué? —dijo más para sí misma que para el caballo, sin embargo, este comenzó a caminar. Tess se abrazó al cuello de él con los ojos como platos—. Quieto, quieto.

Emperador comenzó a dar vueltas, ignorando las protestas de ella. Tess estaba a punto de lanzarse al suelo cuando volvió a sentir que el aire olía a pino y cuero.

—Toma las riendas —susurró una voz tan suave que ella no sabía si era su imaginación.

Se irguió sobre el caballo mirando de un lado a otro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz temblorosa.

—Toma las riendas, fierecilla. Todo se vuelve mejor cuando tomas las riendas.

Tess tenía la piel de gallina y el corazón revuelto. Cerro los ojos e inspiró esa extraña mezcla de olores antes de tomar las riendas. No necesitó nada más. Supo lo que tenía que hacer con ellas y con su cuerpo. De inmediato recordó cuando su abuelo le había enseñado a montar. Era un recuerdo que había olvidado.

Fue justo para su cumpleaños número ocho cuando él le regaló un hermoso poni blanco. Ella había saltado de alegría y luego su abuelo la había alzado en sus brazos y la había colocado sobre el pequeño animal.

—Toma las riendas, fierecilla —le había dicho ese día—. Todo se vuelve mejor cuando tomas las riendas.

Tess se bajó de Emperador con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Lo escuchaste? ¿Escuchaste al abuelo? —preguntó al caballo.

El animal no lo afirmó, según lo que Tess consideraba que era una afirmación en lenguaje equino, pero sí recostó su cabeza en el hombro de ella hasta que dejó de llorar.

—Ojalá hubiera regresado antes, Emperador —murmuró Tess con un hilillo de voz—. ¿Me preguntó cómo habrían sido las cosas si el abuelo me hubiera involucrado en los asuntos del rancho. —Suspiró mientras se limpiaba la cara—. Ya amaneció —agregó al ver que había luz—. Debo irme, después te cuento la segunda parte de la historia... esa no tiene final feliz. Ah, por cierto ... gracias.

Tess y Sherryl iban de camino a la ciudad en el auto de la administradora del hotel. Estaban ajustando los últimos detalles de la feria. Ya habían conseguido a los artistas que se presentarían, tenían listas las entradas, la aprobación de los planes de emergencia y solo estaban esperando a que les dieran el visto bueno para mandar a ordenar que se construyeran las tarimas que necesitarían. El trabajo estaba prácticamente hecho.

Ahora bien, Tess había despertado esa mañana con una idea dándole vueltas en la cabeza. ¡Necesitaban un concurso de talentos! Si bien estaban apenas a dos semanas de la feria, si se ponían a ello podían conseguir organizarlo.

Tess había corrido a llamar a Sherryl, sin apenas tomar un respiro le planteó la idea. Se había quedado de piedra cuando la otra mujer le dijo que era genial y que nunca antes se había hecho, así que supondría una novedad.

Entonces habían quedado en ir a buscar todo lo necesario para el concurso ese mismo día. Sería más trabajo, pero ambas estaban entusiasmadas.

—¿Qué haces? —preguntó Sherryl a Tess al ver que iba pegada al teléfono.

—Estoy haciendo los formularios de subscripción para el concurso. —Despegó los ojos de la pantalla—. Será mejor que los pongamos a disposición del público desde ya para que los participantes vayan preparando su talento. En cuanto acabe con esto, haré el cartel que lo anuncie. ¿De verdad crees que a la gente le llamará la atención?

—Por supuesto que sí. De hecho, no sé cómo no se me había ocurrido antes. Llevo como siete años encargándome. —Bajó la velocidad del auto—. Gracias, Tess.

La morena la miró con atención.

—¿Por qué?

—La verdad pensaba que no te ibas a implicar ni ayudar en nada —admitió—. No te ofendas, es solo que... Bueno, antes no te interesabas mucho por las cosas del pueblo.

—Lo hago por mi abuelo.

Sherryl la miró con atención por un momento.

—Debió ser duro para ti. Después de que te fuiste, ¿lo viste en algún momento? —Tess negó con la cabeza—. Lo siento.

—Está bien.

Sherryl soltó una de las manos del volante y estrechó la de ella.

—No, no lo está. Tú lo adorabas. Y se nota que aún es así. Estás llevando su rancho y sus asuntos. No sé qué tal va el rancho, pero con la feria nos estamos luciendo. —Sonrió—. Este año los vamos a dejar a todos con la boca abierta.

Tess sonrió.

—No soy capaz de hablar de mi abuelo con nadie —confesó—. Es... difícil. Ni siquiera me he animado a hablarlo con Sarah...

Ignoró la idea de que sí que había hablado con un caballo porque incluso para ella era una locura pensar tal cosa.

—Superar un duelo toma su tiempo. La muerte de James es reciente y...

—No puedo perdonarme haber sido tan orgullosa.

Sherryl detuvo la camioneta a un lado de la carretera.

—Él también lo era. No sé bien lo que sucedió entre ustedes, pero creo que al final tu abuelo también aceptó su parte de la culpa. Por eso te heredó el rancho, ¿no? Mírame, si alguna vez escuchas en el pueblo que alguien dice que James Cartwright desconoció a su nieta no les creas ni por un momento, Tess, porque no es verdad.

Tess se quitó el cinturón y se le echó encima a su antigua amiga. La abrazó tan fuerte que por un instante creyó que la había aplastado. Cuando se separó de ella, sin siquiera pensárselo le contó todo. Las cartas de su abuelo, la herencia, su matrimonio.

—Ya decía yo que ese amor tuyo por Tom no podía ser normal —dijo Sherryl.

—Ni el mío ni el suyo tampoco —replicó Tess.

Sherryl la miró con cara de incredulidad.

—Caray, Tess, solo hay que ver los ojos que pone Tom cuando te ve. Es obvio que todavía le haces aletear el corazón.

—Claro que no, esto solo es un contrato. Ni siquiera nos toleramos. Tom ya no es el mismo chico que se enamoró de mí.

—Puede que no, pero donde hubo fuego...

—Tonterías.

—Dime una cosa, ¿no te atrae ni un poquito? Anda, Tess, Tom es un hombre que, si quiere, sabe cómo llamar la atención de una mujer. ¿No ha intentado nada contigo?

Tess recordó el beso que habían tenido justo frente al hotel de Sherryl.

—No. Te puedo asegurar que aún me guarda rencor porque lo abandoné en la iglesia.

—Si no lo ha superado es porque aún queda algo.

—Odio.

Sherryl se impacientó ante la necedad.

—No, yo siempre he sabido calar a la gente muy bien, reconozco a un enamorado cuando lo veo. —Se puso seria—. Eso sí, si yo fuera tú me despabilaría más.

Tess la miró dudosa.

—¿A qué te refieres?

—En el pueblo se anda rumoreando que Mary Anne quiere bajarte al marido y que él no parece huirle a la idea. —Se encogió de hombros—. La Tess que yo conozco no permitiría eso, incluso aunque su matrimonio fuera una total mentira.

Tess apretó los dientes.

—¿Quién te lo dijo?

—Guapa, todo el mundo lo dice, yo solo te pongo sobre aviso. Además, Mary Anne siempre le ha tenido el ojo puesto y pues puede que sea una fulana, pero fea no está.

—Se supone que no debo meterme en los asuntos de Tom.

—Este no solo es asunto de Tom. Es de ti de quien se está burlando todo el mundo, aunque el cabrón sea él.

Tess le contó a Sherryl lo que había escuchado en los baños y las medidas que había decidido tomar al respecto. Desde entonces Tom no había vuelto a llegar tarde.

—Bien hecho —la apoyó al tiempo que volvía a encender el auto—. Eso sí, no le pierdas la pista. Tom es hombre, ya sabes... Además, me imagino que ustedes no se prometieron fidelidad, ¿cierto?

—Está interesado en las tierras, no creo que sea tan tonto para arriesgar eso por Mary Anne...

—Nunca está de más dejar bien claro quién es la que manda.

Tess soltó una carcajada al escuchar esa frase que tanto había usado en la juventud.

—Eras una cabrona —recordó Sherryl.

—Suena más bonito decir que era rebelde.

—Yo era rebelde, tú una cabrona.

—Nunca estaba de más dejar bien claro quién era la que mandaba.

Ambas chicas sonrieron, cada una perdida en sus propios recuerdos. La sonrisa de Tess desapareció cuando recordó la promesa que se habían hecho una vez frente a un enorme álamo del Rancho Cartwright.

Para entonces tenían diecisiete años, eran dos chicas adineradas, guapas y soñadoras. Se pasaban horas leyendo revistas de moda, viendo *America's Next Top Model* y tomándose instantáneas junto al río en traje de baño. Habían decidido por mutuo acuerdo que serían modelos. Se irían juntas a Nueva York y las dos tendrían un futuro brillante. Algún día incluso compartirían portada en una revista importante.

Cuando terminaron la secundaria, Sherryl consiguió el apoyo de sus padres para ser una modelo, pero Tess no el de su abuelo. Así que aunque Sherryl tuvo la oportunidad de irse a Nueva York no lo hizo sin su amiga. Al final había decidido ir a la universidad para estudiar administración, asegurándole a Tess que cuando James diera su brazo a torcer ambas cumplirían la promesa. Y aunque James nunca dio el brazo a torcer, Tess se largó sin siquiera despedirse de Sherryl, rompiendo la promesa.

—Lamento haberme marchado sola —comentó Tess.

—El modelaje no era lo mío.

—Claro que sí. Lo querías tanto como yo.

—Si de verdad lo hubiera querido, me habría ido a Nueva York cuando tuve la oportunidad. Tenía la aprobación de mis padres y los medios que necesitaba. Tú incluso me insististe en que me fuera asegurando que llegarías luego. Aun así, no lo hice. Tampoco lo hice cuando te fuiste a pesar de que ya no me ataba ninguna promesa. ¿Sabes por qué? Porque no lo deseaba con todas mis fuerzas. Tú sí y por eso lo lograste.

—Eso no quita el hecho de que rompiera mi promesa.

—No y eres una idiota por ello.

—Lo sé.

—Me enojé mucho cuando vi tu primera portada. Compré la revista solo para quemarla.

—¿En serio?

—Sí y luego fui y compré otra porque... Demonios, te veías increíble.

—Yo habría llamado a los medios para contarles todos tus secretos oscuros —dijo Tess.

Sherryl soltó una carcajada.

—No soy una mujer vengativa. —La miró a los ojos—. Ni tampoco rencorosa. Bueno, solo un poquito. —Volvió a estrecharle la mano—. Sabía que te habías ido sin el apoyo de tu abuelo, así que en el fondo nunca pude odiarte de verdad. No podía ser fácil para nadie alejarse de la única persona que tenía en el mundo. Eres valiente, Tess, idiota, pero valiente.

Tess había aprovechado que Tom no estaba en el rancho para por fin salir a montar fuera de la caballeriza. Cuando Brad y Joe la vieron, sonrieron de oreja a oreja con orgullo. Ella se había sonrojado un poco.

Desde luego no era la jinete más experimentada, sin embargo, ya no era un desastre. Se había vuelto muy amiga de Emperador, cosa que la asustaba un poco. A veces creía que tanto trabajo la estaba volviendo loca. No solo porque hablaba con un caballo y, peor aún, creía que él le contestaba, sino porque a veces le parecía escuchar a su abuelo.

Cuando fue a guardar el caballo, Brad la siguió.

—Estamos teniendo algunos problemas —informó el capataz.

Ella se volteó hacia él con el rostro teñido de confusión después de dejar a Emperador correr libre en uno de los corrales. Brad se dio prisa en tomar la montura cuando vio que ella se agachaba para hacerlo.

—Yo puedo hacerlo, Brad —regañó Tess.

—Lo sé, pero quiero hacerlo en su lugar.

Tess puso los ojos en blanco.

—¿Qué sucede?

Caminaron juntos hacia la caballeriza.

—Está pasando en todo el valle, no solo nos afecta a nosotros. Este año los lobos están siendo un verdadero dolor de cabeza y las autoridades no se han movido para solucionarlo. Ayer la señora Wilson vio a una manada pasearse por su jardín como si nada. Y la semana pasada el perro de los Méndez fue gravemente atacado.

—¿Se están comiendo el ganado?

—No hemos encontrado restos. Pero tanto la casa de los Wilson como la de los Méndez están lo suficientemente cerca como para pensar que nosotros también podamos recibir una visita. Los lobos pueden abarcar grandes territorios.

—¿Qué es con exactitud lo que te preocupa, Brad? —inquirió ella con suspicacia.

El capataz se puso un poco nervioso y estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Tess lo había visto trabajar y aun no podía creer como alguien que trabajaba de forma tan eficiente podía ser tan torpe el resto del tiempo.

—Bueno, solo quería decirle que no debe preocuparse por el ganado, tendré a los hombres atentos y si llega a pasar algo se lo haré saber y tomaré las medidas necesarias.

—Perfecto, confío en ustedes. ¿Nada más que agregar?

El chico desvió la mirada.

—Pues... los lobos son... animales peligrosos, ¿sabe?

—Viví aquí veinte años, Brad.

—Oh, sí... Claro... Pero... no solo para el ganado, también para las personas.

Tess se detuvo y puso las manos en jarras.

—Temes por mí y por Sarah, ¿cierto? —Sonrió con ternura, Brad era un verdadero encanto.

—Por Sarah no.

Tess perdió la sonrisa.

—¿Cómo que por Sarah no?

—Bueno, Sarah ya fue advertida y ella sabe cómo defenderse.

—¿Acaso estás insinuando que yo no?

—Yo... —El chico empezó a sudar—. No sé. ¿Sabe hacerlo?

Tess lo miró ofendida.

—Por supuesto que sí.

—De acuerdo —dijo él con alivio—. Entonces será mejor que no salga de la casa sin un revólver.

La chica abrió los ojos como platos.

—¿Un revólver?

—Sí, eso será suficiente con los lobos. En primavera, si uno se aleja mucho, es mejor cargar una escopeta por aquello de los osos, pero esos no suelen acercarse a los ranchos. El revólver será suficiente para espantar los lobos.

Tess se llevó una mano al corazón.

—¿Eso querías decir con saber cómo defenderme?

—Sí.

Ella asintió.

—Bueno, entonces quizá no esté demasiado lista. Pero con un poco de práctica lo estaré —aclaró al ver la cara de terror que ponía él.

Esta vez Tess tenía más ventaja que con la equitación, puesto que sí había tirado antes y había sido buena con las armas. Según su abuelo era un don Cartwright ya que toda la familia siempre había tenido ese talento. Sin embargo, la morena tenía más de diez años de no tocar ni un arma de juguete.

Esa tarde fue hasta el mueble en el que se guardaban las armas y tomó un revólver y una escopeta. Se aseguró de que estuvieran en buenas condiciones y con las armas y las municiones en manos se dirigió al campo de tiro improvisado que Brad le había preparado detrás del granero.

Había grupos de pacas de heno distribuidos en diferentes ángulos y con alturas diferentes, sobre ellos el capataz había colocado latas de cerveza.

Tess dejó las armas y la munición en una mesa que Brad había colocado a unos quince metros del blanco. Sacudió los hombros diciéndose que debía ser igual que andar en bicicleta. Un poco de práctica y su lado Cartwright se encargaría del resto.

Estaba cargando el revólver cuando vio que Eva Swanson caminaba hacia ella. No pudo más que sorprenderse al ver a la madre de Tom en su rancho.

—Vaya, un bonito día para jugar —dijo Eva con tono alegre.

—Ojalá fuera un juego. Brad, el nuevo capataz, me ha avisado sobre la posibilidad de que nos visiten los lobos y me ha ordenado que cargue un revólver conmigo. —Se llevó la mano a la cabeza—. Hace años que no toco uno.

Eva la miró sorprendida.

—¿Tom no te había avisado de los lobos?

Tess tomó el arma con las dos manos y calculó la mejor posición.

—No. Pero es que no hablamos mucho, la verdad. Ni siquiera nos vemos, ya sabe...

—No importa, debía hacerlo.

Tess la miró.

—No se preocupe. Ya estoy sobre aviso y tomando cartas en el asunto.

—Háblame de tú, por todos los cielos, soy tu suegra. —Se colocó detrás de Tess para verificar la posición—. Si no te importa, puedo ayudarte.

Tess se puso nerviosa ante la palabra suegra. Iba a decir que no era necesario, pero ¿qué demonios?

—No me caería mal que lo hiciera. No acepté que Brad me ayudara porque hay mucho trabajo ahora mismo, pero si a ti no te importa, yo encantada.

—Solo si prometes no meterle una bala en la frente a mi hijo. —Tess se quedó seria, entonces Eva soltó una carcajada—. Relájate, estaba bromeando. ¿Qué tal si primero te enseño cómo hacerlo?

Tess notó que Eva usaba el mismo tono que Tom había usado con ella cuando la estaba enseñando a montar. Le dio el arma a la mujer y esta disparó tres veces. Cuando Tess miró hacia las pacas de heno vio que faltaban tres latas.

—Vaya.

Eva sonrió.

—Se me dan bien las armas.

Tess y Eva estuvieron allí durante dos horas más. Al principio Tess sintió pena de sí misma, pero poco a poco fue recuperando la habilidad.

—Tom me ha contado que estás llevando muy bien el rancho —dijo Eva al final—. Tu abuelo estaría orgulloso. Era un ranchero admirable.

Tess la miró atónita mientras dejaba la escopeta en la mesa.

—¿En serio le dijo eso?

—Sí.

—Pensaba que Tom creía que iba a dejar el rancho en quiebra —soltó con amargura.

—Mira, no estoy de acuerdo con esta especie de negocio que ustedes hicieron. Pero, en fin, ya está hecho. Lo mejor que pueden hacer ahora es llevar la fiesta en paz. Faltan cinco meses más y podrían tratar de al menos ser cordiales o se les harán eternos.

—Se supone que eso es lo que estamos intentando. Bien, después de esta clase de tiro, ¿qué tal si vamos a tomar algo?

—Nunca digo que no a una invitación ni tampoco a una chica que sabe cómo disparar.

Tess soltó una carcajada.

—La tarde es preciosa. Podemos tomar una limonada en el porche. —Asintió para sí misma—. Sí, la vista del atardecer desde allí es muy bonita. Le diré a Sarah que nos acompañe.

Eva siguió a Tess hasta la casa preguntándose cuánto tiempo más resistiría su hijo antes de que volviera a caer en las redes de Tess Cartwright. La chica no solo era una belleza, sino que ahora se le notaba cambiada. Relajada. A pesar de que Tom le había contado que ella se levantaba antes que él y se acostaba más tarde.

En ese momento ni siquiera llevaba una gota de maquillaje y aun así se veía radiante. Puede que ni siquiera ella fuera consciente de lo que sucedía, pero el campo le estaba sentando bien. Ya no parecía la mujer distante que había visto llegar al entierro de James Cartwright.

Tess estaba de los nervios sentada a solas en el comedor. Miró el reloj de pared. Faltaban cinco minutos para que fueran las ocho de la noche y no había rastros de Tom.

Se levantó inquieta y empezó a dar vueltas de un lado a otro. No podía creer que estuviera actuando como una esposa celosa.

—Esto no es por Tom, es por mí —murmuró para sí misma.

Volvió a mirar el reloj. Lanzó un gruñido de desesperación cuando vio que ya era hora. ¿Y sí él estaba ocupado? Quizá había tenido algún inconveniente en el trabajo. Eso ella no podría saberlo puesto que no se hablaban para otra cosa que no fuera discutir.

Fue hasta el despacho y se asomó por la ventana con la esperanza de ver las luces de la camioneta de él por el camino de entrada. Lo único que vio fue oscuridad.

El escritorio estaba repleto de papeles. Lo que necesitaba era ponerse a trabajar y dejar de estar perdiendo el tiempo pensando en ese idiota. Qué más daba, no iba a ser ella quien se quedaría fuera de casa. Pero ¿y sí había sucedido algo?

Se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Para distraerse tomó la agenda que tenía cerca y buscó su lista de pendientes. Casi se echa a llorar de pura frustración al ver que ese día había hecho muy poco de lo que se había propuesto. Al menos ya podía defenderse de los jodidos lobos. Y también enterrarle una bala a su esposo en la frente. Cerró de golpe la agenda, definitivamente le estaba resultando imposible concentrarse.

Tomó el teléfono con impaciencia al tiempo que se repetía que no se estaba preocupando por él, solo quería asegurarse de que no le estuviera viendo la cara. Llamó a Cinco Diamantes. Después de tres timbrazos que se le hicieron casi interminables, Eva contestó.

—Hola, soy... Yo —saludó Tess.

—¿Tess?

—Sí.

—Oh, ¿qué pasa, estás bien?

Hasta su suegra se preocupaba más que su esposo. Apretó el teléfono con fuerza ante ese pensamiento.

—No es nada. Gracias por preocuparte, solo quería... —Se detuvo, no pretendía ser muy evidente—. Necesito preguntarle algo a Tom, pensé que con suerte estaba por allí y podrías pasármelo.

Se hizo el silencio en la línea.

—Tom se marchó hace más de dos horas, pensé que estaba contigo.

—Ah, bien. Entonces ya se lo diré después.

—Quizá deberías llamarlo al móvil.

—Claro. Gracias, buenas noches.

Se quedó como tonta mirando el teléfono que ahora se encontraba en silencio. Fue un impulso, una tontería, pero no la ignoró. Sin siquiera pensárselo marcó el número de Sherryl.

—¿Pasa algo? —fue lo primero que dijo su amiga al contestar la llamada.

—Mmm... Tom no ha llegado y son las 8:30. ¡Y no está en Cinco Diamantes!

—Te lo dije. ¿Qué vas a hacer?

Tess se mordió una uña.

—¿Qué te parecería salir a un bar con una antigua amiga?

—¿Tess?

—Ay, Dios. Discúlpame, Sherryl. —Comenzó a dar vueltas alrededor del escritorio—. Lo siento, olvida esto, ¿sí? No quise ser tan confianzuda y...

—¿Tess?

—¿Qué?

—¿Cómo en los viejos tiempos?

Tess frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué si vamos a salir a demostrar quién manda, en modo cabrona activado?

Tess se dejó caer a la silla con alivio.

—Como en los viejos tiempos, Sherryl —afirmó con la sangre hirviéndole de pura anticipación.

—Entonces quiero ver eso —contestó con entusiasmo.

—¿De verdad no te molesta?

—¿Estás de broma? Desde que te fuiste en este pueblo no pasa nada divertido.

—Eres la mejor.

—No tengo duda. Ponte lo más impresionante que tengas en el closet, guapa. Qué tiemblen cuando te vean entrar.

—Voy a hacer que ese cabrón se caiga de la silla. Paso por ti en cuarenta minutos, solo espero que Tom no se venga antes de que yo pueda llegar.

—Da igual. El plan B sería que mañana le cuenten que su querida esposa hizo un desmadre.

—Tienes razón, aunque prefiero que él lo vea con sus propios ojos.

Cuando subió a su habitación lo hizo a toda prisa, antes de abrir la puerta ya sabía qué se iba a poner. Por suerte Sarah le había prestado el dinero para pedir que le enviaran las pertenencias que había dejado en su antiguo apartamento.

Tenía el vestido adecuado para la situación, se arregló en tiempo récord y usó su perfume «para ocasiones especiales». Sí Tom quería jugar, iba a ser ella quien le enseñara cómo hacerlo.

No le pondría una bala en la cabeza, aunque ganas no le faltaban, pero sí que le enseñaría a cumplir un contrato como un jodido hombre de palabra.

Tom tenía el taco de billar entre los dedos, se inclinó al tiempo que cerraba uno de sus ojos y calculaba la posición perfecta para conseguir su tiro. Estaba a punto de ejecutar la jugada cuando escuchó que alguien mencionaba el nombre de Tess Cartwright.

Se le fue el taco cuando levantó los ojos de la bola color rojo a la que había estado apuntando y los clavó en la entrada del bar. Tess acababa de entrar... ¿desnuda?

Se irguió todo lo recto que pudo con cara de incredulidad absoluta. Cuando la chica se encontró más cerca comprobó que no iba desnuda, aunque eso daba igual porque el color del vestido era prácticamente el mismo que el tono de su piel y estaba tan ajustado que dudaba que pudiera respirar bien.

No hubo una sola persona en el bar que no posara los ojos sobre ella. Tess ocupó la mesa del centro, donde quedaba más expuesta, y se sentó a charlar con Sherryl como la cosa más casual del mundo mientras Tom no sabía si darse con el taco por la cabeza para comprobar si estaba soñando.

—Vaya, vaya, pero si no se dejó nada en casa —dijo Mary Anne con amargura.

La camarera había terminado su turno hacía más de una hora, sin embargo, se había quedado junto a la mesa de billar como quien no quiere la cosa.

—Espero que no lo tomes a mal, amigo —comentó Wayne a Tom—, pero tu esposa es toda una belleza.

Tom sintió un sabor amargo en la garganta al ver que los hombres de la barra no despegaban los ojos de las piernas morenas y kilométricas de su mujer.

¿Qué estaba haciendo Tess ahí? Por un momento pensó en ir él mismo a preguntárselo, no obstante, decidió que prefería no hacerlo. Algo le decía que ella estaba jugando a algo que aún no comprendía y para jugar se necesitaban dos, por desgracia para Tess él no tenía ganas de tonterías.

Volvió a concentrarse en el billar. Su último tiro había sido un asco y había terminado dándole a una bola incorrecta. Así que gracias a Tess había perdido el turno.

Comenzó a perder la paciencia cuando vio que todas sus jugadas eran de pena. No entendía qué estaba sucediendo. Antes de que ella llegara, había estado tan bien como siempre.

Le echó un vistazo a la mesa de Tess y se le cayó el alma al suelo cuando vio que esta estaba vacía. Le tomó tan solo unos segundos encontrarla moviendo su cuerpo de forma sinuosa en la parte del bar que servía como pista de baile. Estaba bailando con Sherryl. Debía ser un baile inocente, pero no lo era en absoluto.

Se le secó la garganta cuando la vio echar la cabeza hacia atrás sonriendo y pegar sus manos a su cintura bajándolas con una cadencia casi demente hasta sus caderas y piernas. Su cuerpo recordaba las carreteras llenas de curvas en las que siempre rezaba una señal de advertencia. Tess definitivamente también ocupaba una de esas jodidas señales.

Desde luego que en un bar lleno de tipos, él no iba a ser el único al que se le acelerara el pulso viéndola bailar y reír. Ni siquiera fue capaz de reaccionar cuando ella le devolvió la mirada con una sonrisa traviesa y seductora. Tuvo que apretar los puños con fuerza al ver que lo hacía con todos los demás también, incluso con Mary Anne.

—Demonios, ¿acaso no ve que está haciendo el ridículo? —preguntó la pelirroja con su voz teñida de desaprobación.

—Uff, pues que nadie la detenga —susurró uno de los hombres que jugaba al billar.

Tom se volteó hacia él, lo apuntó con el taco y dijo:

—Estás hablando de mi mujer, Will.

El hombre se puso rojo como un tomate y a duras penas consiguió una disculpa.

—¿Cómo quieres que los hombres no comenten de tu mujer? Solo mira cómo actúa —comentó Mary Anne.

—¿Vamos a seguir jugando o qué? —cuestionó Tom de mal humor.

Los hombres asintieron, aunque para ese punto Tom no era el único que estaba desconcentrado. El vaquero se tomó la cerveza que había encargado de un solo trago. Aun así, no le parecía que hubiera sido suficiente.

Cuando la vio acercarse hasta la barra, pedir algo y responder a lo que fuera que uno de los tipos a su lado le había preguntado, Tom no pudo más.

Dejó el taco a un lado y caminó directo hacia ella. Se sintió todavía más irritado cuando comprobó que el tipo con el que hablaba no era del pueblo.

—Por supuesto que sí —contestó ella con tono amistoso.

Tom la vio tomar el móvil del desconocido. ¿Acaso le estaba dando su número?

Cuando Tess se volteó estuvo a poco de chocar con Tom. Su sonrisa no tambaleó ni un segundo. Sin siquiera dirigirle la palabra le puso el aparato en la mano, se abrazó al hombre y entonces dijo:

—Tómanos una foto, Tom.

Él la miró con cara de pocos amigos al ver que el sujeto le enroscaba la mano a la cintura como si tal cosa.

—¿Desde cuándo te tomas fotos con desconocidos?

Todo el mundo estaba pendiente de lo que estaba sucediendo junto a la barra. Sherryl estaba conteniéndose para no soltar una carcajada y romper el momento.

—¿Estás de broma, amigo? —dijo el hombre a Tom—. ¿Acaso no sabes quién es ella?

—No soy tu amigo.

—De acuerdo.

—Y claro que sé quién es ella. Es mi esposa.

Tess bufó. La mano que el desconocido tenía en la cintura de Tess fue apartada al instante.

—Oh, vaya. Lo siento. Solo... —Miró a Tess en busca de ayuda—. Solo quería una foto con una modelo famosa. No pasa nada, relájate.

Eso era justo lo que estaba Tom repitiéndose a cada segundo para no agarrar a Tess, echársela en la espalda y llevársela.

—Ahora, si nos permites.

Tom le dio el móvil al hombre y tomó a Tess de la mano para apartarla. Ella se zafó con brusquedad sabiendo que todos los estaban viendo.

—Este chico quiere una foto conmigo y yo se la voy a dar, Tom. ¿Por qué no te metes en tu madriguera y me dejas en paz?

—Tengo que hablar contigo.

Tess le quitó el móvil al hombre que estaba empezando a ponerse nervioso y con un movimiento ágil y experto tomó una *selfie*.

La cara de Tom era todo un poema, tomó a Tess del brazo, se acercó a su oído y dijo:

—Tenemos que hablar.

Ella se giró hacia él con el ceño fruncido.

—En la casa hablamos, cariño. Ahora estoy divirtiéndome.

Él sonrió incrédulo.

—Es en serio.

—¿Recuerdas la regla de no meterse en los asuntos del otro? —susurró ella en su oído.

—No me hagas hablar aquí, Tess.

—¿Quieres hablar? De acuerdo, vamos a hablar —avisó.

Lo tomó de la mano y salió del bar, Tom la siguió fingiendo que iba por su propia cuenta y que las cosas no se habían volcado y ahora era ella quien le estaba dando órdenes.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en el bar? —preguntó él una vez encontraron un lugar solitario en el parqueo.

Tess soltó una carcajada.

—Lo mismo que tú.

Tom la miró desconcertado.

—A mí me parece que estamos haciendo cosas bien distintas.

—Bueno, ¡eso es porque todavía yo no he encontrado con quien ponerte en ridículo!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Qué no voy a seguir permitiendo que sigas tonteando con Mary Anne. Soy tu maldita esposa y me debes respeto.

Él se quedó boquiabierto.

—Yo no tonto con...

Tess le dirigió una mirada cargada de veneno.

—Eso tendrás que decírselo al pueblo.

—¿Acaso estás celosa?

—Me importa una mierda lo que hagas con eso —contestó señalándole la entrepierna—, siempre y cuando no sea en público y yo no quede como la estúpida a la que le ves la cara. Tenemos un trato, Tom, y no lo estás cumpliendo. ¿De qué sirve que yo monte todo un espectáculo con el inspector si al final tú me eres infiel frente a todo el mundo?

—Yo no...

—O estás adentro o no estás. Si quieres las tierras vas a ganártelas. No soy la Madre Teresa, ¿de acuerdo?

—Estoy viviendo en tu jodido rancho, finjo ser tu esposo e incluso he intentado ayudarte. No puedes decir que no estoy cumpliendo mi parte...

—Vuelvo a enterarme que estás aquí con esa —amenazó señalando con la barbilla hacia el bar—, o con cualquier otra, y lo próximo que vuelves a saber de esas tierras es que mando a construir un muro.

Se puso de puntillas, tomó la cara de él entre sus manos y sonrió angelical.

—¿Entendiste, cariñito?

—No vas a manipularme.

Ella no dejó de sonreír.

—Entonces mañana mismo le digo a Joseph que se encargue del asunto del divorcio. —Hizo un puchero—. Tú y yo definitivamente no estamos destinados a ser marido y mujer, Tom Swanson.

Le dio un suave beso en los labios, luego regresó al bar. Aunque sus pasos eran tranquilos y su rostro seguía pareciendo sereno, por dentro estaba hirviendo. De solo pensar en tener que

divorciarse y volver a buscar un nuevo esposo, le daban ganas de gritar.

—¿Qué pasó? —cuestionó Sherryl cuando su amiga se sentó a su lado.

—No tengo ni idea.

Ambas mujeres se giraron hacia la puerta cuando Tom regresó al bar. Tess tomó el vaso que tenía en la mesa y le dio un largo trago.

El vaquero caminó hacia las dos chicas, cuando llegó a la mesa, saludó a Sherryl y tomó asiento sin ser invitado.

—¿Así que quieres imponer tus reglas, Tess?

Ella dejó el vaso mientras sus definidas cejas se arqueaban.

—Esto siempre ha sido bajo mis reglas, ¿no te parece?

Él tomó el vaso que ella había dejado.

—¿Estás tomando Coca-Cola?

—Sí —contestó antes de arrebatarse el vaso.

—De acuerdo, vamos a solucionar esto de una vez por todas. Y no va a ser con un vaso de Coca-Cola de por medio.

Tom se puso de pie, fue hasta la barra y pidió dos vasos y una botella de *whisky*. Después regresó y dejó todo frente a Tess.

—Te dije que no seríamos esposos de verdad —reclamó él mientras servía los primeros tragos.

Sherryl miró a ambos en silencio.

—No lo somos.

—Pues me estás dando órdenes y te estás comportando como una jodida esposa.

—Solo cuido el negocio.

—No voy a hacer lo que tú digas.

—¿Acaso te estoy obligando?

Tom la miró a los ojos con gesto firme.

—Nadie mencionó que nuestro negocio implicaba ser fiel.

Tess se removió en el asiento.

—Se sobreentiende.

—En los contratos nunca se sobreentiende nada. Las cosas deben estar cuidadosamente estipuladas. ¿Recuerdas que hay una parte de nuestro contrato que dice que si eres tú la que se echa para atrás debes indemnizar todo mi tiempo, inversión y esfuerzo?

El vaquero abrió la botella de licor y sirvió la bebida en los dos vasos que había traído. Tess se mordió el labio.

—¿Qué pretendes, Tom?

—No hay ni una sola cláusula del contrato que diga que te debo fidelidad o que soy responsable de los chismes del pueblo. Si decides divorciarte, está bien, pero entonces serías tú quien rompería el trato sin ningún motivo razonable. No pretendo nada, solo te estoy advirtiendo, cariñito.

Esta vez fue él quien sonrió angelical. Colocó un vaso frente a ella y tomó el otro. Tess miró la bebida sin comprender.

—No tomo.

La sonrisa de Tom se amplió.

—Qué lástima. Justo iba a proponerte algo.

—No estás en posición de proponer nada.

—Si quieres podemos llamar a Joseph y que nos asesore. Estoy seguro de que me daría la razón.

Sherryl se levantó de la mesa.

—Creo que voy a darme una vuelta —informó a la pareja.

Antes de irse le hizo señas a Tess con las manos, pidiéndole que se relajara y se lo tomara con calma.

—Sabes que tengo la razón, Tom.

—Demuéstralo.

Apuntó el vaso de licor con la barbilla.

—¿Estás bromeando?

—Así es como se arreglan las cosas aquí. El que quede en pie, pone las reglas.

—No tomo, es obvio que tienes ventaja.

—Yo tampoco tomo.

—Quiero decir que soy abstemia.

Él se encogió de hombros.

—Yo solo tomo cerveza para acompañar las comidas.

—Lo que significa que no estamos en igualdad de condiciones.

—Tienes razón. —Se puso de pie—. Dile a Joseph que no se demore demasiado con los papeles del divorcio.

Tess se levantó de su silla también, lo fulminó con la mirada y luego, muy a su pesar, se tomó el vaso de *whisky* de un solo trago.

Le resultó imposible no arrugar la cara y le costó contenerse para no escupir el líquido que quemaba su garganta.

Tom sonrió mientras asentía, luego tomó su vaso y se lo bebió sin siquiera inmutarse.

—Eres un cabrón.

—Ya va siendo hora de que alguien te dé una lección, Tess.

La chica respondió a su sonrisa aunque por dentro lo estaba maldiciendo. Se suponía que ella había ido a darle una lección a él y ahora estaba a punto de emborracharse. Tom podía ser un cabrón, pero tenía razón. Lo que menos necesitaba en esos momentos era tener que conseguir dinero para él. Encima de que la había dejado como una estúpida, la iba a dejar más pobre. No, señor.

Sherryl abrió los ojos como platos cuando vio que la pareja se volvía a sentar y que él volvía a llenar los vasos.

—Ay, no —murmuró para sí misma.

Salió corriendo hacia la barra y tomó un puñado de almendras, luego se dirigió hasta su amiga.

—Perdonen que los interrumpa —dijo—. Tess, necesito hablar contigo.

Sin esperar respuesta, se agachó, le dejó el puñado de semillas en las piernas sin que nadie más viera y le dijo a su amiga al oído que se comiera todas las almendras si no quería terminar intoxicada por el alcohol. Después regresó a la barra sin despegarles los ojos de encima. Pidió un vaso de agua justo cuando la pareja se tomaba el segundo vaso de *whisky*, cada uno lanzando fuego por los ojos.

Al igual que Sherryl, el resto de los presentes en el bar hacía lo mismo. Estaba claro que la pareja se encontraba en medio de una competencia.

—Que no se diga nada de ti, Tom —gritó Wayne desde el área del billar.

Tom alzó su tercer vaso en alto, lo dirigió hacia su amigo y se lo bebió de golpe.

—Lo siento, Tom —gritó Will—, pero yo apuesto por tu esposa.

Tess se giró hacia el hombre para guiñarle el ojo antes de tomarse su *whisky*. Fue entonces cuando todos decidieron rodear a la pareja y observar el espectáculo desde la primera fila.

—El pobre de mi marido cree que es quien manda en casa —explicó Tess.

El vaquero sonrió al tiempo que hacía un gesto para restar importancia a las palabras de ella.

—Ya saben que mi esposa es... ¿cómo decirlo? —Lo pensó por un momento—. ¡Salvaje! Pero —continuó acercándose mucho a ella— todos sabemos que a mí lo que mejor se me da es domar.

Tess tomó la botella con decisión y volvió a servir las bebidas, la suya la dejó más vacía con toda la intención. Entonces vio que una mano pálida como la leche le quitaba la botella y le servía incluso más que a Tom.

Apretó los puños cuando descubrió que la mano pertenecía a Mary Anne.

—Quita tus sucias manos de mi vaso —sentenció Tess sin poder dominarse.

La pelirroja soltó una carcajada.

—¿Es que no puedes jugar limpio, Tess Cartwright?

La morena se puso de pie frente a ella.

—Mira cómo juego.

Tess se tomó el *whisky*, aunque al final dejó un poco de líquido y se lo lanzó a ella a la cara.

Mary Anne se quedó boquiabierta, cuando por fin pudo reaccionar se abalanzó hacia la morena, sin embargo, Tom se metió en medio y no permitió que le tocara ni un pelo a Tess.

—No te metas conmigo, Mary Anne —amenazó Tess mientras la apuntaba con el dedo—. Solo te lo voy a advertir una vez, no te metas ni en mis asuntos ni tampoco te metas con lo que es *mío*.

Todos captaron muy bien el mensaje que Tess estaba dándole a la otra chica. Sherryl tuvo que taparse la boca para no reírse cuando algunos de los presentes comenzaron a decir cosas solo para provocar a la pelirroja.

—Ya, esto es cosa de la parejita —intervino Wayne.

A pesar de que el *sheriff* estaba tan divertido como los demás, no quería que se armara un pleito y tener que trabajar un sábado por la noche. Así que lo mejor era mantener las aguas mansas.

—Entonces recuérdale a esta bruja en el bar de quién esta —chilló Mary Anne.

—Ay, querida, hasta donde sé tú no eres más que una mesera. ¿O tu padre ya te lo cedió?

Mary Anne se zafó de Wayne.

—A mí nadie me regala nada, como a ti.

—Por eso es que nunca vas a poder ser como yo.

Varias personas soltaron una que otra carcajada, lo que hizo que Mary Anne se pusiera más furiosa.

—Basta ya, Tess —regañó Tom—. Esto es entre tú y yo.

Tess asintió.

—Justo eso es lo que estoy diciendo. Nadie le pidió ayuda a *esta*, ¿cierto? Si tan solo sacara sus garras de *mi* marido. Por Dios, ¿es que eres su llavero o qué?

Wayne tuvo que volver a detener el ataque de la pelirroja.

—Esta tiene nombre —gritó de mala gana—. Ya me la pagarás, Tess Cartwright. La que ríe último, ríe mejor.

Mary Anne se fue hecha una furia, indignada y molesta, porque sabía que lo que Tess le había dicho era cierto.

Cuando la morena volvió a tomar asiento se sintió mareada. Ya se había acabado las semillas que Sherryl le había dado y apenas llevaban tres vasos. Esperaba que Tom al menos se sintiera la mitad de mareado que ella o no iba a hacer más que el ridículo. Si iba a perder, por lo menos que fuera con dignidad.

—Yo no soy una de tus yeguas, cariñito —comentó Tess antes de que ambos tomaran su cuarto *whisky*, retomando la conversación en donde había quedado.

Ella disimuló lo mejor que pudo su incipiente borrachera. Por su parte, Tom ya no parecía tan inmune como al principio. Aunque se tomara una cerveza casi todos los días, eso no lo hacía un bebedor en absoluto.

—Eres parte del rebaño, preciosa —soltó Tom con la garganta ardiendo.

Tess arrugó la frente ante el comentario.

—Te equivocas en eso. Yo no tengo dueño. —Se tomó el trago—. Y nunca lo voy a tener.

—No fue eso lo que dijiste frente al altar.

Tom también se tomó el *whisky*. Tess se sonrojó al recordar los votos que había memorizado mientras que él solo había soltado una broma absurda y humillante.

—Sé cómo complacer a un hombre. Dije lo que querías escuchar.

—Ah, ¿sí?

Tom extendió su mano para coger la de ella, aunque necesitó de bastante concentración pues empezaba a ver doble. Al primer intento falló, pero al segundo sí pudo atrapar la mano de la chica, la atrajo hacia él. Tess se puso de pie y fue a sentarse en los regazos del vaquero.

—¿Estás intentando seducirme? —bromeó ella.

—¿Lo estás intentando tú?

Se quedaron mirándose fijamente. Tess sirvió dos tragos más. Le dio uno a él y cogió uno ella, luego entrelazó los brazos de ambos.

—Yo ya te seduje —dijo ella con la voz arrastrada.

—Entonces voy a ser yo quien lo haga ahora.

Tess se tomó su sexto *whisky* cuando vio que Tom se acababa el suyo. Justo cuando apartó el vaso de sus labios, el vaquero le plantó un beso que podía ser cualquier cosa menos tímido.

A pesar de la nube que el alcohol había puesto alrededor de su cabeza, Tess pudo sentir la pasión que había en ese contacto. Enroscó las manos al cuello de él ignorando las risas y las palabras de los que se encontraban en el bar. Sintió un escalofrío cuando Tom bajó la mano por su espalda y la apretó por la cintura.

Por un momento ambos olvidaron lo que estaban haciendo y en dónde se encontraban. Se separaron cuando un hombre gritó:

—Es hora de abrir las apuestas.

—Yo invito a la siguiente botella —agregó otro hombre al ver que la primera ya se había acabado.

Tom y Tess se miraron en silencio. A ese punto se encontraban borrachos y no estaban seguros de si era a causa del alcohol o del beso.

La chica se levantó de los regazos de él y estuvo a punto de caer al suelo.

—Mientras hacen sus apuestas, señores —avisó con la voz inconfundible de alguien que se ha pasado de copas—, yo voy a retocarme el maquillaje al baño.

A pesar de que dijo que iba a retocarse, caminó hacia el baño sin su bolso, por lo que Sherryl lo tomó y corrió tras ella. Una vez dentro se aseguró de que no había nadie más allí, cerró la puerta con seguro y observó a Tess recostada en una pared con cara de sufrimiento.

—¿De qué se trata esto? —preguntó a su amiga.

La morena le explicó la amenaza de Tom y cómo se suponía que él iba a dejar que ella cambiara las reglas si conseguía quedar en pie esa noche.

—Pero si tú no tomas.

—Tampoco dejes que me vean la cara y encima pago por ello.

Sherryl se llevó las manos a la cabeza.

—De acuerdo, ven. Vomita —ordenó.

La cara que la morena puso habría sido para partirse de la risa de no ser porque en esos momentos Sherryl estaba seria como una monja.

—Si de verdad quieres ganarle a Tom, vas a tener que deshacerte del alcohol que has tomado.

Tess se apartó de la pared con los ojos brillantes de emoción.

—¿Si vomito se me quita lo borracha?

—No, pero eliminarás algo... Bueno, eso dicen.

Sherryl arrastró a Tess hasta una de las cabinas y la obligó a provocarse el vómito. Lo que no había tomado en cuenta fue que una vez la chica empezó a vomitar ya no se detuvo, como si su cuerpo le estuviera agradeciendo la amable idea de eliminar ese veneno que cargaba en el estómago.

Tardaron más de veinte minutos en el baño, pero al menos Tess sí que había retocado su maquillaje para poder camuflar un poco la palidez y los ojos sin vida.

—Pensé que te habías muerto —dijo Tom.

Tess observó la botella de agua que él sostenía en la mano, apuntó el objeto con el dedo.

—Eso es trampa.

Le quitó el agua de las manos y se la bebió de un trago.

—Por supuesto que estoy bien —contestó ella por fin—. Solo te estaba dando un poco de tiempo para que te recuperaras. No es por nada, pero te veo mal.

Aunque ella se sentía mejor, no era como para festejar. Dios bendito, después de ese día no

volvería a probar el alcohol jamás. Ser abstemia definitivamente tenía que ser la mejor decisión de su vida.

—¿No estarás celebrando una victoria antes de tiempo, Tess?

—Por supuesto que no —alegó sonriendo—. Yo respeto a mis oponentes.

Cuando la chica observó la nueva botella de *whisky* volvió a sentir náuseas. A pesar de ello, sirvió dos vasos más.

—Será mejor que terminemos cuanto antes —advirtió.

Tom cogió el trago con poco entusiasmo, lo miró como si en él estuviera la sabiduría y luego se lo echó a la boca. Soltó un juramento mientras el líquido le quemaba.

Dejó caer la cabeza hacia atrás. El mundo entero le estaba dando vueltas.

—Este ya cayó —aseguró una de las pocas mujeres que se encontraba alrededor.

Los que habían apostado por él empezaron a preocuparse.

—La chica aún no se ha tomado su séptimo trago —aseguró uno de ellos—. Así que Tom no ha perdido.

El vaquero ya ni siquiera entendía nada de lo que decían los demás.

Tess cogió el trago con un suspiro al tiempo que rogaba para sus adentros no vomitarse sobre todos los curiosos. No se lo tomó de golpe, más bien lo hizo despacio debido a que de lo contrario no habría podido.

Cuando dejó el vaso vacío sobre la mesa, estuvo a punto de echarse a llorar sin siquiera ser consciente del porqué, aunque no le extrañaba que fuera porque iba a morir joven, borracha y casada con el imbécil del pueblo.

Tom abrió uno de sus ojos y gimió al ver que ella se había tomado el trago. No tenía idea de cómo lucía Tess porque para ese punto él ya no podía enfocar la vista, pero sabía que ya no soportaba un trago más.

—Hasta aquí llego —anunció.

Tess abrió los ojos como platos y los clavó en Sherryl.

—O sea, que gané yo —chilló recuperando un poco la elocuencia debido a la satisfacción.

—Oh, no —intervino Wayne—. Primero debes tomarte el trago de la victoria. Si Tom no responde a eso, entonces ganas tú.

Ella dejó caer la cabeza sobre la mesa. Maldición, no iba a aguantar hacerlo sin vomitar. De hecho, aunque no tomara podía sentir la bilis en su garganta.

—De acuerdo —dijo ella cuando la sensación pasó y se sintió más fuerte—. Ponme el trago.

Wayne obedeció y después le pasó el vaso. Tom abrió los ojos e intentó ver lo que ella hacía. Se le revolvió el estómago cuando la vio coger el *whisky*.

Tess sintió la primera arcada con tan solo percibir el olor. Tuvo que fingir una sonrisa con los labios sellados para resistir. Entonces supo que ella tampoco lo iba a lograr, no si jugaba limpio.

Todo el bar estaba a la expectativa. Sherryl estaba comiéndose las uñas. Tess esperó a que las arcadas desaparecieran, cuando así fue entonces miró a Tom a los ojos y se echó la bebida en la boca.

Se escucharon vítores, gente aplaudiendo y otros decepcionados por el desempeño de Tom. Cuando Tess consideró que había aguantado un tiempo prudente, fingió que se recostaba al borde de la mesa y mientras todos le insistían a Tom con que se tomara su trago, ella vació el líquido que había retenido en la boca dentro de su bolso Louis Vuitton. Tan solo esperaba que únicamente se tratara del alcohol y no hubiera vómito en esa preciosa pieza de diseñador, de lo contrario iba a matar a Tom sin piedad cuando se recuperara y siquiera pudiera pensar cómo hacerlo.

Se le detuvo el corazón cuando oyó que Tom aceptaba el trago. Alzó la cabeza, justo a tiempo para mirar el vaso tambalear en la mano de él.

El vaquero sacudió la cabeza, miró el vaso con atención y lo acercó a sus labios. Tess tenía el alma en un hilo. Tom se tomó el licor de golpe. Todos aullaron cuando vieron cómo su manzana de Adán se movió debido al esfuerzo.

Entonces, cuando Wayne se disponía a volver a servir, Tom se levantó de la mesa como si hubiese sido impulsado por un cohete. El vaquero apenas tuvo tiempo de alejarse lo necesario para no vomitar a nadie.

Sherryl dio un grito de alegría.

—¡Ganaste! —indicó a Tess.

Su amiga más que sonreír hizo una mueca.

—¿Estás bien? —se preocupó Sherryl.

Tess asintió, luego se puso de pie con dificultad, sujetándose de la mesa en todo momento. Señaló a Tom y dijo:

—Qué te quede bien claro quién es la que manda en este matrimonio, Tom Swanson. Por cierto —continuó con un hipido—, hoy duermes en el sofá. Ah, y tú pagas mi cuenta.

Eva salió de su casa con una sonrisa tan radiante como el sol que le acarició el rostro. Miró hacia el cielo azul impoluto e inhaló ese inconfundible aroma veraniego de su jardín que tanto adoraba.

Se dirigió canturreando hacia sus preciosas peonías, pero se detuvo de golpe cuando vio la camioneta de Tom atravesada más que parqueada, a muy pocos centímetros de sus maceteros.

Se acercó hasta ahí a paso rápido. Se le quedaron los ojos como platos cuando vio que él estaba dentro del vehículo dormido como un tronco. Golpeó la ventanilla, tuvo que repetir la acción varias veces hasta que consiguió que su hijo reaccionara.

Cuando él se despertó y bajó la ventanilla, el hedor a alcohol le dio en toda la cara a Eva.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Tom? —preguntó ella con una mueca de asco—. Parece que estuvo buena la fiesta. ¿Acaso eres un adolescente? —Se puso en jarras—. No me hagas recordarte lo que opino al respecto.

La cara del vaquero era un poema. Apenas y conseguía mantener los ojos abiertos.

—No grites —murmuró con voz gangosa—. Un momento, ¿qué estás haciendo tu aquí, mamá?

Eva lo fulminó con la mirada.

—¿En qué otro lugar se supone que debo de estar?

—En casa.

Volvió a fulminarlo.

—Vaya, pues creía que esta era mi casa.

Tom estudió su alrededor con atención y vio que en efecto se encontraba en Cinco Diamantes. Ni siquiera recordaba haber conducido hasta ahí.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—Pasadas de las nueve de la mañana.

El hombre abrió los ojos tanto que al instante se arrepintió por el fuerte dolor de cabeza que sintió.

—Maldición, es tarde.

—¿Te parece? —cuestionó con ironía su madre.

Intentó abrir la puerta, pero Eva no lo dejó bajar del auto.

—Quiero que me expliques qué te está pasando. —Entrecerró los ojos con astucia—. ¿Acaso esto tiene que ver con la llamada de Tess anoche?

Tom la miró sin comprender nada.

—Ni me la menciones.

—Pensé que ayer te habías ido directo al Rancho Cartwright después de que saliste de aquí.

—Me fui al pueblo. Quería distraerme.

—¿Emborrachándote? Vaya manera de encontrar distracción.

—No. —Se llevó una mano a la cabeza—. Solo quería tomar algo, cenar y jugar un poco con los chicos. Si esa maldita loca no se hubiera aparecido nada de esto habría pasado.

—Yo no te enseñé a hablar de esa forma de una mujer, Tom Swanson. Además, no entiendo nada.

—Bueno, si esa loca no se hubiera aparecido, no me habría visto obligado a emborracharme. Eva estaba tentada a darle un azote. ¿Acaso estaba jugando con ella?

Tom puso los ojos en blanco ante la expresión impaciente de su madre. A como pudo le contó lo sucedido con Tess. Puede que se le hubiera escapado cómo había llegado a Cinco Diamantes, pero no la discusión que habían tenido y más o menos lo que había sucedido luego.

Cuando terminó su relato, Eva negó con la cabeza al tiempo que suspiraba.

—Solo voy a decirte una cosa, Tom, lo que pasó entre tú y Tess hace años, es pasado. No puedes seguir tratándola como a la chica que fue hace más de diez años. Tú cambiaste y, por lo que he visto, ella también. Sea como sea, tú hiciste un trato con ella. Te casaste. Un matrimonio no es un juego, requiere responsabilidades. Da igual que sea una mentira, porque ante los demás se supone que es cierto. Compórtate como un hombre honorable, por el amor de Dios, o la próxima vez seré yo quien vaya a sacarte de ese jodido lugar.

—¿Acaso estás defendiéndola? Cielos, mamá, Tess está loca y, encima, intenta controlarme. Yo no estaba haciendo nada malo.

—Estabas dándole material a todos para que hablaran. Sabes muy bien que Tess no es la persona más querida del pueblo. ¿Acaso piensas que no iban a hacerse chismes?

Tom desvió la mirada. Sabía perfectamente los chismes que andaban en el pueblo respecto a él y Mary Anne. Jane Davis le había soltado el cuento fingiendo que lo había escuchado por ahí. Tom se habría apostado las cuatro extremidades a que ella misma había comenzado todo.

Cuando la mujer se lo dijo solo se limitó a sonreír y guardar silencio. Era un chisme más y como tal no tenía nada de cierto, así qué no ganaba nada con echarle más leña al fuego.

—Pensaba que a Tess no le importaba lo que yo hacía.

Eva alzó las manos al cielo con impaciencia.

—Probablemente, no le importa. Entiende, esto no es sobre ti, es sobre cómo la estás dejando ante el pueblo. ¿Dónde está tu respeto?

—¿Dónde estaba el de ella cuando se largó?

Abrió la puerta de la camioneta y se dirigió a la casa.

—No podrás ser feliz nunca con una mujer si no olvidas ese capítulo de tu vida. Deja de echarle toda la culpa a ella de lo que pasó.

Tom se volteó.

—¿Qué quieres decir?

—Tú también tuviste tu culpa en el asunto. No me creo que fueras tan tonto como para no notar que Tess no estaba enamorada, Tom. Esas cosas se saben y todos sabíamos que ella no lo estaba. De un día para otro dejó de ignorarte para ser tu novia y al mes tu esposa, ¿en serio? —Negó con la cabeza—. Ay, Tom, a una madre no se le puede engañar. Te dio miedo que Tess se aburriera del capricho demasiado pronto y por eso le propusiste matrimonio tan rápido, querías atraparla. Quizá creyeras que lo único que ocupabas para conseguir su amor era tiempo, pero eso no quita el hecho de que tú también actuaste mal.

—No tengo ni idea de lo que dices.

—Deja de mentirme y asume tus propias responsabilidades. Eran dos chicos jóvenes y tontos. Ya está. Cada uno reconstruyó su vida y listo. El mundo no se acabó, ¿cierto?

—Voy a trabajar.

—Será mejor que te duches y te tomes algo. Luego ponte los pantalones y gánate las tierras que Tess te va a ceder, porque hasta el momento estás dejando mucho que desear. Cuando tengas listo eso, entonces sí, vete a trabajar de una buena vez.

Ese día Tom llegó al Rancho Cartwright antes de la hora límite. No se cruzó con Tess en ningún momento, cosa que agradeció porque aún no sabía cómo sentirse respecto a todo lo que había sucedido entre ellos.

Se fue a dormir temprano, estaba demasiado agotado por el trabajo y por los efectos que el licor había dejado en su organismo. Lo malo de estar tan cansado era que cuando se encontraba así, por contradictorio que resultara, era cuando más se le dificultaba dormir. Era como si su cuerpo quisiera autosabotearse.

Hundió la cabeza entre la almohada con desesperación cuando vio que eran las tres de la mañana y apenas había dormido algo. Su oído captó el sonido de la puerta de la habitación de Tess abriéndose. Volvió a mirar el reloj para asegurarse que había visto la hora bien.

Frunció el ceño. Sabía que Tess madrugaba, pero no tanto. ¿Quién se levantaba a esa hora? Faltaban dos horas para que saliera el sol. Se levantó de la cama en silencio y puso la camiseta que había dejado a un lado de la cama, luego se calzó y se asomó por el pasillo sirviéndose de la linterna de su móvil.

Bajó a la cocina y como no vio nada echó un vistazo al despacho, pero tampoco la encontró ahí. Se quedó de pie en medio de la oscuridad pensando que el desvelo lo estaba haciendo alucinar.

Iba a subir el primer escalón cuando escuchó ruido fuera. Aguzó el oído y captó un relincho. Decidió salir en silencio por la puerta de la cocina. La puerta de la caballeriza estaba semiabierta así que no hizo ningún ruido cuando se coló dentro, pero antes de hacerlo apagó la linterna pues vio que adentro había luz.

No consiguió ver a Tess, pero la escuchaba hablando.

—Me temo que eres un adicto al chocolate —dijo la chica—. Igual que yo... Después de la semana de la moda de Nueva York lo único que deseaba era llegar a casa y comerme una tableta de chocolate, en serio. —Suspiró—. Mientras te preparaban para el evento no podías comer casi nada. Así que echaba de menos el chocolate. Era toda una locura.

Tom se ocultó tras unas pacas de heno, el sitio perfecto en el que ella no podía verlo, pero él a ella sí. Arqueó las cejas cuando la vio salir con Emperador del compartimiento del caballo.

—No podía dormir —dijo ella al caballo mientras lo llevaba hacia el sitio donde había dejado previamente la montura.

Tom se sorprendió. No por ver a una persona hablando con un caballo, ¿qué tenía eso de anormal para un amante de los caballos como él?, sino porque Tess estuviera actuando de forma tan natural con el animal. No había un solo rastro de miedo o duda en sus movimientos y tampoco en su voz. La Tess que estaba observando no tenía nada que ver con la que él había visto el otro día quedar colgando del caballo.

Tess cogió el cepillo y comenzó a peinar al caballo que parecía muy complacido. Hacía el trabajo despacio y concienzudamente.

—¿Sabes?, extraño un poco las pasarelas, las sesiones y todo eso —dijo ella a Emperador.

El caballo agitó la cabeza.

—Quizá aún podría seguir haciéndolo —admitió ella—, aunque ya no soy tan joven; sin embargo, podría encontrar alguna campaña decente. Incluso podría vivir solo con lo que me dejen las redes sociales. —Sacudió la cabeza—. Solo que no ahora.

El caballo dio una patada.

—¿Crees que no quiero trabajar? Claro que sí. Antes de llegar al rancho, tenía cinco años de

no hacerlo, pero no porque no quisiera. Es porque estoy atada de manos, Emperador. Escucha bien lo que te voy a decir: jamás te enamores.

El caballo negó y se apartó de ella.

—En serio, te lo digo con conocimiento de causa. Es una mierda.

El animal bufó con impaciencia. Tess volvió a acercarse para continuar peinándolo.

Mientras tanto, Tom estaba tan inquieto y curioso como el equino.

—En mi amplia experiencia con las malas decisiones, enamorarme fue una de las peores.

—Antes de que el caballo demostrara su descontento, Tess arqueó la ceja y le dirigió una mirada severa—. Eso fue lo que acabó con mi carrera. Algunos medios dijeron que me retiré del modelaje porque después de tantos escándalos ya nadie quería trabajar conmigo; otros aseguraron que era porque no me había sentado bien el divorcio; y otros incluso dijeron que era porque iba a lanzar mi propia marca y estaba concentrada en ella.

Esta vez el caballo en lugar de alejarse se acercó más a ella.

—No estaba preparada para dejar mi carrera ni tampoco quería hacerlo. Me vi obligada a ello. ¿Recuerdas cuánto costó que me aceptaran en la agencia? —Emperador movió la cabeza de arriba abajo—. Pues eso no fue lo más difícil. La belleza es un mundillo para el que nadie está preparado. Todos creen que solo se trata de ser una cara bonita y vender una buena vida, pero no es así.

»Se aguantan humillaciones, hambre y sueño. Hay muchas envidias, gente que está dispuesta a todo con tal de hundirte y pasar por encima. Todos son falsos y pronto tú también llegas a serlo si es que quieres sobrevivir. Aprendes a ser más duro que el resto, como en la jungla.

El caballo no se movió, parecía como si estuviera analizando cada palabra de la chica. Tom se encontraba igual, preguntándose por qué demonios ella no había querido abandonar semejante trabajo.

—Pero cuando las luces se encienden —retomó Tess— y los ojos se ponen sobre ti, todo parece perfecto. Cuando caminaba por una pasarela nadie podía juzgarme, yo lo hacía tan bien como nunca he hecho otra cosa en mi vida. Y cuando me ponía frente a una cámara, podía convertirme en cualquier cosa que quisiera. No era Tess Cartwright, era pura magia. Lo que me pedían lo hacía.

El caballo le dio una suave caricia con la cabeza.

—Es como una droga. Lo bueno solo dura un instante. Fuera de las revistas y fuera de las pasarelas todo era caos. Yo no era la única que me sentía llena de magia, había otras modelos, maquillistas, fotógrafos, diseñadores... Todo el mundo se creía especial porque eso es lo que hace la moda y es imposible pensar que ese montón de egos agrandados no van a chocar. No voy a decir que no tengo amigos o buenas relaciones con gente con la que trabajé, pero la verdad es que no son muchos.

»Y quizá no es que todos seamos malas personas, es solo que a veces para sobrevivir y que siga brillando la magia tienes que concentrarte en ti y solo en ti. El que se duerme pierde. Si tú no puedes hacer algo, entonces buscarán a alguien más que sí pueda y jamás regresarán a ti.

Tom estaba tan concentrado que incluso había olvidado que estaba ahí sin que ella lo supiera.

—Luché tanto por ser alguien en el modelaje... Dejarlo, fue horrible. El primer año no supe cómo manejarlo. Estaba enojada conmigo y con todos. No salía de un escándalo para entrar en otro y entre más furiosa me ponía, peor quedaba ante los demás.

Tess terminó de peinar al animal. Dejó el cepillo en el lugar correspondiente y cuando regresó a donde se encontraba Emperador comenzó a juguetear con su crin.

—¿Te preguntarás por qué dejé de ser modelo? Un trabajo que no solo me había costado esfuerzo, sino que también dejar mi hogar y a las personas que amaba.

El caballo asintió de la misma forma en que lo hizo Tom.

—Porque me enamoré, lo suficiente como para creer ciegamente en alguien y no darme cuenta de que esa persona no sentía en absoluto lo mismo que yo. Me enamoré de Nial Wagner, mi exesposo.

Tess saltó sobre una paca de heno y entonces contó su historia. Nial era un conocido fotógrafo que había trabajado con las celebridades más famosas y los modelos más cotizados. Además, tenía una agencia de modelos en Inglaterra, su país natal.

Ella lo había conocido en una sesión de fotos y desde el primer momento le había llamado la atención. Era frío, metódico y guapísimo. Cuando Tess vio las fotos que él le había tomado se quedó pasmada. Nial había capturado su imagen de una forma en que nadie jamás lo había hecho. Pero lo que más la había impresionado era que él mismo le había mandado las fotos a su casa, junto con una elegante invitación a cenar y su número de teléfono.

No necesitó más que esa cena para caer en los brazos del inglés. Era un hombre que entendía su trabajo y estaba acostumbrado a ese mundo. Podía hablar con él de todo sin tener que preocuparse por ser demasiado frívola o tonta.

Él tenía cuarenta años en ese momento y ella veintiséis, una razón más para quedar prendada del fotógrafo. Nial la consentía, la trataba como una reina y la exhibía ante todos como si fuera la pieza de joyería más exquisita. Cuando Tess estaba con él, también se sentía como magia.

Aunque ella ya era una modelo de renombre, el hecho de que fuera la novia de Nial hizo que fuera más cotizada. Las marcas llegaron a pagar verdaderas locuras por el trabajo que ellos hacían juntos. Cuando Tess modelaba y Nial se ponía tras la cámara, todo resultaba demasiado apasionado, demasiado íntimo, demasiado perfecto.

Tess sentía que Nial podía ver dentro de ella cuando estaba detrás del objetivo, por eso cuando modelaba para él desnudaba su alma y su corazón.

Fueron novios durante un año y decidieron prometerse cuando Nial por fin la convenció de que fuera parte de su agencia de modelos. Tess se había negado al principio porque la agencia que tenía en ese entonces era de las más prestigiosas y la de Nial, aunque prestigiosa, estaba varios escalones más abajo. Pero él le había dicho que juntos eran un fenómeno y que nadie iba a representarla tan bien como él. Tess creyó a ciegas en esa promesa.

Nial se hizo cargo de la suma millonaria que cobró la agencia de modelos a la que ella renunció y también de acallar la prensa. Para Tess fue una verdadera sorpresa cuando volaron a Las Vegas y se encontró con que su prometido había preparado una boda sorpresa en uno de los hoteles icónicos de la ciudad.

Se suponía que sería una boda íntima. Tess había intentado darle la noticia a su familia, incluso a su abuelo, pero al final siempre lo dejaba para más tarde porque de por sí la boda sería hasta el año siguiente. Sin embargo, de buenas a primeras Nial había decidido que no y ahí estaba ella en una boda sorpresa donde a pesar de ser la novia no tenía el protagonismo.

Se había puesto furiosa, sin embargo, él le había dicho que la boda acabaría de una vez por todas con el escándalo que había resultado de su rompimiento de contrato con la antigua agencia. Le había asegurado que necesitaba limpiar su imagen porque a las marcas no les gustaba trabajar con gente que se veía envuelta en ese tipo de asuntos, pero que todos perdonarían el fallo si veían que había sido porque ahora iba a trabajar mano a mano junto a su esposo.

Incluso furiosa, Tess había comprendido lo que él quería y había terminado aceptando a

regañadientes. Justo en su luna de miel Tess firmó el contrato que convertía a Nial en su representante sin siquiera leerlo, ya habían hablado de todo ese asunto antes y ella estaba satisfecha. Habían brindado bajo la luz de la luna por un éxito tan grande como su felicidad.

Tess no necesitó más que cuatro meses para descubrir lo que Nial le había hecho. Había pasado de ganar sumas astronómicas a ganar lo mismo que cuando su carrera empezó a arrancar, a pesar de que trabajaba tres veces más y ya en su tiempo se había matado trabajando.

Una noche simplemente había bajado al despacho de él, había forzado uno de los cajones y había revisado el contrato que había firmado aquella noche bajo la luna. Por Dios, cuán estúpida había sido que ni siquiera tenía idea de dónde podía tener su propio contrato.

Se le había caído el alma a los pies cuando había descubierto que por cada trabajo suyo, independientemente de que Nial fuera quien lo contratara o no, le dejaba a él el 50% de las ganancias y a su agencia el 15%. Lo que significaba que ella apenas se ganaba un 35% incluso aunque consiguiera un contrato sin la intervención de él o la agencia.

Se puso histérica, al principio lo único que podía era sentir enojo. Luego se dio cuenta de que el hombre al que amaba la había traicionado, le había mentado a cambio de dinero y la había utilizado. Tess podía con el enojo, pero no con la traición. El engaño de él la había dejado vulnerable.

Cuando tuvo el valor de enfrentarlo, Nial no hizo más que asegurar que él había sido quien la había vuelto más famosa y que era obvio que tenía que cobrar por ella, a pesar de que la repartición de ganancias que rezaba en ese contrato no tenía nada que ver con la que ellos habían discutido antes de casarse.

Tess había sido una estúpida, de eso no tenía duda, pero no pensaba seguir siéndolo. El contrato tenía una vigencia de diez años, por lo que Tess se veía obligada a seguir renunciando al 65% de sus ganancias por todo ese tiempo.

Así que se había divorciado tan rápido como se había dado cuenta que no iba a poder seguir trabajando. Su orgullo no iba a permitir que dejara que él se saliera con la suya. Tuvo que renunciar a todo con tal de que él no le siguiera robando más de lo que ya lo había hecho.

Al principio se había mantenido positiva pensando que cuando todo eso acabara retomaría su carrera y volvería a ser la misma de antes. Tenía el dinero suficiente para vivir esos diez años con comodidades.

Sin embargo, no se había dado cuenta de la vida tan lujosa que llevaba hasta que dejó de recibir ingresos y en sus cuentas solo empezaron a verse números cada vez más bajos.

Pero es que si se cambiaba de ciudad, si dejaba de asistir a las fiestas, si dejaba de vestir como lo hacía o si dejaba de rodearse de la gente del mundillo, entonces todos la olvidarían y para cuando regresara su nombre ya no tendría relevancia.

Tardó dos años en darse cuenta que nada de eso tenía sentido. Para cuando fuera libre de Nial, tendría treinta y siete años y nadie se acordaría de ella. Nuevas caras se habían sumado al modelaje y Tess Cartwright no había sido más que la chica que destruyó su carrera por inestable.

Jamás pudo destapar quién era realmente Nial, ya que en el contrato él también se había encargado de asegurar máxima confidencialidad.

La fortuna que a Tess un día le había parecido inacabable tan solo le duró cuatro años. Poco a poco fue perdiendo todo. Ahora lo único que tenía era su auto y una humilde suma en la cuenta bancaria.

Antes de aceptar la resolución de James respecto a la herencia, se había asegurado con Joseph y su antiguo abogado de que si heredaba el rancho Nial jamás podría reclamar nada de ese dinero,

ni siquiera si ella continuaba trabajando en el rancho y cobraba un salario proveniente de este. Así que su abuelo, en cierta forma, la había salvado de tener que volver a regalarle la mitad de su dinero a su exesposo.

Tess caminó a tientas con los ojos cubiertos por un pañuelo mientras Tom apoyaba las manos sobre los hombros de ella y la guiaba.

—¿De qué se trata todo esto? —cuestionó ella antes de dar el siguiente paso.

—Confía en mí.

—¡No eres la persona más confiable que conozca!

Tom puso los ojos en blanco a pesar de que ella no podía verlo. Después de lo que le había dicho su madre y de haber escuchado a Tess hablando con Emperador, había decidido llevar la fiesta en paz.

Si bien él ya había notado algo diferente en Tess, escuchar su historia lo había hecho entenderla mejor. Seguía sin comprender por qué después de todo lo que había pasado, ella no había buscado la ayuda de su abuelo.

O por qué James no la había buscado a ella. Según lo que Tess le había contado, su abuelo se había mantenido al tanto de la vida de ella. Era de suponer qué conocía la situación por la que pasaba.

A un hombre como Tom se le hacía difícil comprender cómo alguien se alejaba de los suyos. Según su opinión, la familia era ese lugar seguro en el mundo donde siempre se podía regresar.

—No pienso secuestrarte, si es eso lo que te preocupa —contestó él.

Ella no contestó, así que Tom siguió dirigiéndola hasta las caballerizas. Una vez ahí se sintió un poco nervioso, por un momento no supo bien qué demonios estaba haciendo.

—¿Ya? —preguntó Tess con impaciencia.

—Mmm, sí. Espera un momento. —Se alejó—. ¡No te quites el pañuelo!

Tess sabía dónde se encontraban. Desde el primer paso que dio en las caballerizas, pudo ubicarse. Reconocía el olor de ese lugar tan bien como el de su perfume favorito. Se preguntaba por qué Tom la había dirigido hacia allí.

Escuchó las botas del vaquero resonar sobre el piso y acercarse hasta ella. Dio un respingo cuando los dedos de él rozaron su cuello.

—Cierra los ojos —ordenó él mientras deshacía el nudo del pañuelo—. ¿Los tienes cerrados? —quiso saber cuando terminó.

—Sí.

Tom apartó el trozo de tela muy despacio al tiempo que el aroma dulce y floral de la chica lo ponía un poco tonto.

—Puedes abrir los ojos —dijo a Tess al tiempo que se ponía frente a ella—. Solo quiero disculparme.

Tess lo miró atónita.

—¿Y para eso necesitas vendarme los ojos?

Tom la miró confundido, no era así como lo había imaginado.

—No soy un cabrón. Sé que eso es justo lo que piensas, pero no es así. Al menos no lo soy generalmente. Admito que me he portado un poco mal desde que nos reencontramos.

—No hay necesidad de...

—Quiero que sepas —la interrumpió— que admiro el esfuerzo que estás haciendo por acoplarte al rancho. Tu abuelo estaría muy orgulloso.

Tess desvió la mirada.

—Tengo algo para ti —continuó Tom y esperó hasta que ella volviera a mirarlo para proseguir—. Tómallo como una ofrenda por ser un poco idiota.

Ella sonrió.

—¿Qué es? Fuiste muy idiota. Tiene que ser algo bastante bueno para que te perdone.

Tom curvó sus labios también.

—Ey, que tú no has sido un terrón de azúcar tampoco.

Ella se encogió de hombros.

—¿No?

—Claro que no. En fin, sé que ya puedes montar a Emperador.

Tess dejó la pose relajada que había mantenido hasta entonces y se tensó un poco.

—Te dije que necesitaba mi tiempo, Tom.

—De acuerdo, tal vez tuvieras razón. Tal vez —repitió—. Entonces, estaba pensando que podríamos salir a cabalgar. Sé que no pudiste acompañar a los vaqueros al rodeo y que tenías ganas... Yo, bueno, podría llevarte a conocer algún lugar bonito.

Tess se quedó boquiabierta.

—¿Quieres salir a montar conmigo?

—Sí. Quiero que hagamos las paces, en serio, y que llevemos los meses que faltan de la mejor manera posible. Ganaste en el bar y asumo mi pérdida.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Lo juras?

Tom se quitó el sombrero.

—Palabra de vaquero —aseguró.

—De acuerdo. —Tess extendió su mano para estrechar la de él—. Hasta que el contrato nos separe.

Tom respondió al gesto.

—Hasta que el contrato nos separe —repitió.

Estuvieron así por más segundos de los que debían, parecía como si ninguno quisiera apartarse.

—Eres un poco raro —dijo ella cuando separó su mano—. ¿Tanto aspaviento solo para invitarme a cabalgar?

—No, te dije que tenía una ofrenda de paz.

Tom se apartó del lugar en el que había estado y dejó que ella viera lo que estaba detrás. Tess se llevó una mano a la boca cuando vio una montura nueva de un hermoso color caramelo y detalles en dorado.

Caminó hasta el objeto dubitativa. Pasó una mano sobre el cuero como si se tratara de una caricia. Recorrió con sus dedos la parte en que habían sido grabados el logo del Rancho Cartwright y el nombre de ella.

—Es... es mía —murmuró.

Tom se acercó hasta ella.

—Pensé que quizá necesitabas una. Una que fuera solo para ti —aclaró.

—Oh, Tom. —Lo miró con los ojos brillantes—. Es preciosa. Gracias.

Él sintió un vuelco en el corazón. Una sensación que recordaba vagamente. Una sensación que

solo había sentido una vez en la vida y justo con la misma mujer que volvía a provocarla.

—Entonces ¿salimos a cabalgar?

Tess soltó una carcajada.

—Maldita sea, por supuesto que sí. ¡Tengo una montura nueva para mí solita y pienso estrenarla!

Tom no necesitó ayudarle a Tess ni con el caballo ni con la montura. Ella hizo todo el trabajo de forma rápida y eficiente como si fuera algo que llevaba haciendo toda la vida. Mientras lo hacía, soltaba algunas frases aquí y allá para Emperador y eso era algo que hacía sonreír a Tom.

Salieron antes de que empezara a ponerse el sol. Tom calculó que tuvieran el tiempo suficiente para ver el atardecer desde lo alto del valle. Eso era lo que le gustaba de esas tierras, tenía la montaña a tus pies.

—No tenías que hacerlo —dijo Tess mientras cabalgaban en mitad de la nada.

—Tómalo como mi regalo de boda.

—Pues no tengo regalo de boda para ti —bromeó ella.

Tom se quedó pensativo un momento.

—Bueno, quizá debas buscar algo.

Tess arqueó una ceja y lo miró con atención.

—Los regalos no se piden.

—Pero yo te di una montura... Hecha a mano. Con tu nombre y el del rancho grabados... Del mejor cuero de la zona.

—Basta ya, Tom, no pienso regalarte nada.

El río. Su risa ronca y masculina hizo que Tess no pudiera despegarle los ojos de encima.

—No pido mucho, cariñito —bromeó él aproximándose hasta quedar muy cerca de ella.

—¿Qué quieres? —preguntó con curiosidad.

Tom estuvo a punto de abrir la boca para decirle que lo único que deseaba en ese momento era besarla hasta que el sol se pusiera y tenerla tan cerca que su jodido perfume lo embriagara; sin embargo, prefirió guardarse el pensamiento para sí mismo.

—Me conformo con que me concedas una carrera a caballo. De aquí hasta allá —agregó señalando el punto más alto de la pradera—. En esto no tendrás tanta suerte como con el *whisky*.

Tess se echó a reír. Echó hacia atrás el sombrero vaquero que se había puesto y miró hacia donde él señalaba.

—De acuerdo, solo porque me regalaste una montura preciosa que es suave como un algodón. Voy a darte el gusto de que me ganes en algo.

Tom arqueó las cejas. Luego sonrió y colocó a su caballo en la misma posición que el de ella para que fuera exactamente la misma distancia. En una carrera de caballos incluso una cabeza de ventaja podía ser controversial.

Tess calculó la distancia, parecía lejos. Ella nunca había galopado a toda velocidad en una competencia, así que se puso un poco nerviosa. Sabía que Tom le ganaría, pero eso no impedía que su espíritu competitivo quisiera lucirse un poco.

—Uno —empezó Tom—. Dos. ¡Tres!

Los cascos resonaron sobre el suelo. Los dos caballos salieron corriendo dejando tras ellos una nube de polvo.

Tess lanzó un grito de júbilo al sentir el viento golpeando su rostro y la adrenalina. Emperador atravesó la pradera feliz e indomable, tanto como se sentía su jinete.

Por su parte Tom no apartó los ojos de Tess. Lo desconcentró ver la silueta de ella sobre el

caballo. Su larga melena revoloteaba con el viento y ella resplandecía con la misma vivacidad que las flores silvestres que allí hacían del suelo un manto de colores.

Cuando vio que se acercaban y que la chica le llevaba una leve ventaja, el vaquero se enfocó en quitarle los ojos de encima a ella y llegar primero a la meta.

A pesar de que sabía que a Tess no se le daba bien perder, la vio llegar hasta él con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro y la hacía parecer todavía más hermosa.

—Dios mío, es increíble —chilló ella.

Se quedó muda cuando vio el paisaje detrás de Tom. De camino le había parecido que el valle era digno de una postal, pero en ese punto la vista era tan impresionante que ni el mejor fotógrafo podría capturar toda la belleza.

Desde allí se apreciaban los frondosos árboles, el sinuoso río y los brillantes colores de las flores que iban a juego con el tono morado que tomaba el cielo. El sol empezaba a ocultarse tras el horizonte, pero aún brillaba como si se negara a desaparecer.

Justo en lo más bajo se veía el Rancho Cartwright. Tess suspiró ante esa vista. Era tan grande que no podía creer que ella fuera la encargada de todas esas tierras y que, tal vez, algún día fueran suyas.

Se preguntaba cómo es que nunca había subido hasta allí. Quizá si lo hubiera hecho antes... Se bajó del caballo y fue hasta la orilla de la pendiente en que se encontraban. Una suave brisa acarició su mejilla, cerró los ojos cuando percibió ese aroma a cuero y pino que cada vez sentía con más frecuencia.

—¿Lo hueles? —preguntó a Tom.

Él frunció el ceño mientras se bajaba de su caballo.

—¿Qué? —dijo cuando estuvo al lado de ella.

—El olor a cuero y pino.

Tom la miró con atención, aún tenía los ojos cerrados y parecía embelesada.

—No.

Tess abrió los ojos de golpe y los clavó en los de él.

—¿Cómo que no? Es un olor fuerte.

Tom olfateó el aire.

—Debe ser por la montura y, bueno, por la montaña. Hay montones de pinos por todas partes, Tess. ¿Qué tiene de especial?

Ella se acarició la mejilla al tiempo que contestaba:

—Sí, ha de ser eso.

Tom fue hasta el caballo y sacó una manta, un pequeño pastel, una cerveza y una Coca-Cola de la alforja que llevaba sobre el caballo.

—No es el mejor picnic que te pueda ofrecer —dijo a ella—. Pero el pastel de Sarah lo compensará.

Tess sonrió mientras lo observaba tender la manta en el suelo y acomodar las cosas.

—¿Esto es una cita? —preguntó la chica en broma.

Tom levantó los ojos hacia ella y se quedó mirándola en silencio. Tess se maldijo por haber dicho esa tontería y desvió la mirada.

—Solo bromeaba —aclaró.

Tom asintió.

—Claro, no hace falta que lo digas. Ven, devoremos este pastel antes de que el sol se esconda.

Volvieron a subirse al caballo cuando apenas sobresalía un punto diminuto de sol por encima

del horizonte. Antes de marcharse Tom le dio a Tess una linterna que se amarraba al sombrero.

De camino al rancho el vaquero le contó a Tess algunas curiosidades sobre esas montañas y las de los alrededores. También le contó anécdotas de cuando era apenas un niño y sus padres y él iban a acampar allí en verano.

Llegaron al rancho cerca de las nueve de la noche. Dejaron los caballos en uno de los corrales cercanos a la caballeriza.

—Estuvo increíble —dijo Tess cuando los caballos corrieron lejos de ellos—. Gracias.

—Fue un gusto enseñarte el Rancho Cartwright como Dios manda.

Tess rio.

—Ahora tendré que trabajar más duro. He visto con mis propios ojos todo lo que mi abuelo logró.

—Ya trabajas duro. Sé que pasas metida en ese despacho desde muy temprano y hasta muy tarde. Y si no estás ahí estás corriendo de un lado a otro por el rancho, charlando con los trabajadores aunque solo se trate de un simple saludo o poniéndote al tanto de cualquier mínimo detalle. Deberías tomarte un día o dos —sugirió.

—Cuando el trabajo deje de acumularse.

Tom negó con la cabeza. Llevaron las monturas a su lugar y se dirigieron a la casa sin apenas cruzar palabra. Por primera vez ambos se sentaron juntos a la mesa y cenaron como si en verdad fueran una pareja.

El tiempo pasó de prisa mientras Tess le hablaba a Tom sobre su trabajo en el rancho y él le daba algunas sugerencias o le prometía echarle una mano en algo. Cuando vieron la hora que era se quedaron sorprendidos.

—Maldición, es tardísimo —exclamó Tess.

Se levantó de su silla con rapidez y se dispuso a recoger la mesa. Entonces Tom colocó sus fuertes manos bronceadas sobre las de ella y la inmovilizó.

—Deja, yo me encargo —le dijo.

—Oh, no es nada.

Tom no la soltó.

—Ve a descansar, Tess. De verdad, yo me encargo.

La chica abrió la boca para protestar, pero él colocó su dedo índice sobre los labios de ella y eso fue suficiente para acallarla. Tess tembló bajo el calor que ese contacto había dejado, se apartó despacio.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches. Descansa.

Se miraron un momento antes de que la morena asintiera y se retirara. Tess subió las escaleras de dos en dos con el corazón a mil. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Cuando llegó a su habitación, se sentó a la orilla de la cama y se llevó la mano a sus labios. Aún sentía ese trozo de piel cálido. En lugar de acostarse, como se suponía que debía hacer, se quedó allí inmóvil mirando hacia la nada, esperando que sus palpitaciones volvieran a un ritmo normal.

Tom detuvo la camioneta de repente y clavó los ojos en Tess.

—Disculpa, ¿qué dijiste? —preguntó.

—Qué voy a volver a sembrar pastos nativos de la zona en varios de los terrenos del rancho.

—Tu abuelo eliminó esos pastos antes incluso de que tú dejaras Denton. De hecho, eso tuvo que suponer una gran inversión. También lo será revertir esa decisión. ¿Eres consciente de ello?

—Sí, lo soy —contestó la chica mientras Tom volvía a poner la camioneta en marcha.

—¿A qué se debe esta idea?

Tess se volvió hacia él, con el rostro ansioso y entusiasmado comenzó a decirle a Tom todo lo que había estado investigando, los planes y motivos de su decisión.

Había llegado a la conclusión de que la dificultad de los partos en las vacas se debía a que los animales se estaban sobrealimentando. Los pastos no nativos que su abuelo había implementado en el rancho, tal como Tom había dicho, habían sido justo con ese fin: conseguir ganado más grande. Lo que significaba más ganancias para el rancho.

Pero Tess tenía un punto de vista distinto al de su abuelo. No podía concebir tantas muertes ni tanta complejidad durante la temporada de partos así que prefería sacrificar el tamaño del futuro ganado. Además, había encontrado estudios que aseguraban que los pastos presentes en el Rancho Cartwright con el tiempo ocasionaban grandes problemas al suelo. Cosa que había comprobado al revisar el dinero que se invertía cada año en mantener esas pasturas a salvo.

Como no eran nativas de la zona, requerían de más agua y químicos, sin mencionar que tampoco resistían demasiado bien las temperaturas extremas del verano y el invierno de Denton. Tess Le había estado dando vueltas al asunto desde hacía varios días y siempre llegaba a la misma conclusión: era hora de un cambio.

Sabía que era un riesgo, pero lo quería asumir. Se necesitarían por lo menos dos años para replantar el pasto que ya por naturaleza crecía en esa zona y al menos tres más para descubrir si el cambio resultaría en un acierto o en un completo fallo, sin embargo, ella se veía dentro de cinco años ahí asumiendo las consecuencias de sus actos.

—¿Crees que debería hacerlo? —preguntó a Tom después de contarle todo.

—Creo que es tu rancho y puedes hacer lo que quieras.

Tess bufó.

—Quiero una respuesta de verdad, Tom. Yo no sé nada de un maldito rancho ni de ganado.

—Pues no parecía así cuando estabas explicándome tu idea.

—Mi teoría no consiste en la experiencia, sino en cosas que he leído y corazonadas. Necesito el punto de vista de alguien que sí tenga esa experiencia.

—Esos estudios han de estar basados en la experiencia de personas que probablemente sepan más del tema que yo, Tess.

La chica puso su mano sobre el brazo de él para llamar su atención.

—Tom, quiero tu maldita opinión.

Él negó con la cabeza.

—De acuerdo. Creo que es un riesgo y una decisión que no debes tomar a la ligera. Ese

cambio implicará mucho dinero invertido y no es seguro que al final de todo consigas lo que buscas.

—¿Eso significa que no debería hacerlo?

—No, eso significa que solo alguien que no tenga problemas con tomar riesgos y que tenga el dinero suficiente para soportar una posible pérdida, podría hacerlo. Y, me parece, que tú cumples con eso. Tu teoría tiene sentido y entiendo lo que quieres conseguir. Si es lo que deseas y estás dispuesta a afrontar las consecuencias, entonces hazlo. Pero primero te recomiendo que hables con Brad, con tus veterinarios y con gente que conozca en carne propia sobre el tema.

Tess sonrió satisfecha.

—Hoy me contacté con dos rancheros de Montana que ya han implementado estos cambios. Uno de ellos tenía exactamente el mismo pasto que el abuelo trajo al rancho.

Tom volvió a detener la camioneta de golpe.

—Vaya, Tess Cartwright, esa cabecita tuya no para.

Ella se encogió de hombros. Su rostro estaba radiante. Tom podía ver en sus ojos una chispa de satisfacción, ansiedad y emoción. Se preguntaba cómo es que no había notado eso antes.

Continuaron de camino al pueblo hablando del tema. Tess había aprovechado que Tom debía hacer algunas compras para ir con él y entregarle unos papeles a Sherryl. De paso, Sarah le había pedido que comprara algunas cosas que faltaban en la casa y así el ama de llaves se ahorra el viaje después.

Cuando llegaron a la tienda de abarrotes, se encontraron con el rostro estupefacto de Jane al ver a Tess en su local. La chica la ignoró y fue a buscar lo que Sarah le había pedido; Tom, por su parte, fue en busca de lo que él necesitaba y Jane se dedicó a no despegarle el ojo a Tess como si esta le fuera a robar algo.

Lo que Tess debía comprar solo consistía en unas cuantas cosas, Tom en cambio sí parecía dispuesto a arrasar con toda la mercadería de la tienda. Cuando la chica terminó de elegir sus cosas, fue hasta Tom y lo acompañó a través de todos los pasillos. Una vez el vaquero tuvo todo lo que necesitaba, se dirigieron a la caja en la que Jane estaba con su mejor pose altanera.

Tess colocó sus cosas sobre el mostrador, pero la dependienta no movió ni un músculo para pasarlas por el código de barras.

—¿Qué? —dijo Tess cuando no pudo seguir conteniendo su lengua—. ¿Me piensas regalar esto o qué?

—Este local se reserva el derecho de admisión —contestó Jane muy digna.

Tess la fulminó con la mirada.

—Mira, no tengo tiempo para tonterías.

La chica sacó un billete de cincuenta dólares de su cartera, lo dejó sobre el mostrador y se dispuso a coger las cosas; sin embargo, Jane no la dejó tomar nada.

—Fuera de mi local —dijo tajante.

—Anda, Jane, no seas ridícula —intervino Tom—. Tess ya te pagó, te está dando mucho más de lo que cuesta lo que compró.

—No me importa ni esta mujer ni su dinero. No necesito limosna de nadie, mucho menos de una como ella.

Tess soltó las cosas de mala gana mientras la sangre le hervía. Estuvo tentada a arrojarle algo a la cara, pero se contuvo.

—¿Sabes qué, Jane? Vete a la mierda. Qué bueno que tu negocio no necesite de mi dinero, porque no pienso volver a comprar nada en este lugar. Ni un solo centavo del Rancho Cartwright

volverá a gastarse aquí. Lindo día, bruja.

Jane puso expresión de horror cuando vio a Tess dirigirse hacia la salida. Una cosa era despreciar a Tess, que de por sí nunca iba a su tienda, pero otra bien distinta era decirle adiós a todas las compras del Rancho Cartwright. Iba a abrir la boca, entonces recordó que su tienda de abarrotes era la única del pueblo y que Tess solo estaba siendo desagradable con ella para molestarla.

—Insolente —murmuró la mujer entre dientes.

—Querida, Jane —comentó Tom con su tono más condescendiente—. Lamento lo que voy a decirte, pero a partir de hoy yo tampoco pienso comprarte nada.

—¿Qué? —chilló Jane mientras clavaba los ojos en el enorme carrito de compras que él tenía en las manos.

Tess se giró hacia ellos, igual de sorprendida que la dependienta.

—Tal como lo oyes.

Tom no agregó nada más, dejó el carrito a un lado y fue hasta Tess.

—¿Qué haces? —dijo Tess—. No tienes por qué hacer esto, Tom.

—Tom, tú siempre has sido bienvenido en mi tienda —aclaró Jane al tiempo que salía de la caja e iba corriendo hasta él—. Por todos los santos, si yo siempre te he tenido como uno de mis mejores clientes.

Tom sonrió al mismo tiempo que abrazaba a Tess.

—Tess es mi esposa y el Rancho Cartwright ahora es mi casa. No pienso permitir que nadie más en el pueblo vuelva a faltarle al respeto a Tess. Ella vino hasta aquí sin darte ni un problema y tú, de la nada, la corriste.

—Pero es que ella...

—Si desprecias a mi mujer —interrumpió Tom—, me estás despreciando a mí también.

Tess abrió la boca para decir algo, pero él no la dejó hablar.

—Y si ella dice que no va a volver a comprar aquí —continuó él—, entonces yo tampoco pienso hacerlo.

Sin decir nada más el vaquero entrelazó su mano con la de su esposa y la llevó hasta la camioneta. Ella estaba muda de la impresión.

—¿Qué demonios fue eso? —quiso saber cuando por fin pudo articular algo.

—Dije que sería un buen marido. Te di mi palabra de vaquero, ¿no? —Encendió la camioneta—. Pues eso es lo que estoy haciendo.

Ella lo miró fijamente.

—No tenías por qué hacerlo —empezó.

—Sí tenía.

Ella negó.

—Bueno sí, sí tenías. Aunque lo que quiero decir es que no te habría reprochado si no lo hubieras hecho.

—Lo sé.

—Pero, demonios, pagaría por volver a verle la cara a esa bruja cuando le dijiste que no volverías a comprarle.

Tess soltó una carcajada con toda la intención de que Jane Davis la viera desde la tienda.

—¿A dónde vamos ahora, Tom?

—A la ciudad. Necesitamos comprar esas cosas —contestó encogiéndose de hombros.

Tess echó la cabeza hacia atrás en el asiento.

—Mierda. Espero que Jane se arrepienta pronto. No creo que Sarah esté muy feliz cuando le diga que de ahora en adelante las compras se harán en la ciudad.

—Lo entenderá cuando le cuentes el motivo.

Tess suspiró.

—Eso no hace que odie menos la ciudad. Ay, Dios, ojalá que no se le ocurra seguir enviándome a mí por las compras. Está claro que no se me dan bien.

Tom soltó una risotada. Sin siquiera darse cuenta, apartó la mano de la palanca de cambios y la puso sobre la de ella.

—Podrías venir conmigo ahora que yo también debo ir a hacer las compras en la ciudad.

Tess se quedó sin aliento. Clavó los ojos en la mano de él y tragó con dificultad, fue entonces cuando Tom se percató de lo que sucedía y se apartó.

—Disculpa, no me di cuenta —dijo él.

Tess asintió, incapaz de poder contestar algo. Últimamente Tom la estaba dejando sin palabras.

El cielo de Denton se había teñido de un profundo azul salpicado de estrellas. Era viernes por la noche, pero no era cualquier viernes, era el primer día de la feria del pueblo que terminaría hasta el fin de semana siguiente.

Todos se habían acercado a ver qué tal estaría la feria ese año. El primer día era importante, era necesario crear una buena impresión.

El evento había arrancado con un pequeño y divertido discurso del alcalde, para luego proseguir con el esperado juego de pólvora. Los niños eran quienes más lo disfrutaban, sus ojos brillaban con la misma intensidad que la pirotecnia al ver la explosión de luces en el cielo.

Tess recordaba vagamente cómo era la feria. Ella no había sido muy amante del evento, así que no sabía mucho al respecto, pero siempre se había presentado a los conciertos que le habían parecido interesantes. Era irónico que bastantes años después fuera una de las encargadas de organizar esos mismos conciertos.

Estaba un poco nerviosa a pesar de que ese día ella y Sherryl solo habían tenido que preocuparse por los juegos de pólvora. Sin embargo, todo había salido perfecto y ahora ella y Sherryl se encontraban recorriendo el campo.

Luces de colores brillaban por todas partes y el aroma a comida se colaba en todos los rincones. Tess se sorprendió de ver que varias personas la saludaban.

—Así somos acá, Tess —le dijo Sherryl al ver la cara de confusión de su amiga.

—De acuerdo. Pero no estoy acostumbrada. Pensaba que me odiaban.

Sherryl se detuvo en mitad de la plaza.

—No te ofendas, pero no eres el centro del universo. Eso no significa que la gente te odia. Puede que no fueras el personaje favorito de Denton, pero tampoco es para tanto.

—Jane me odia.

Sherryl hizo un gesto de desdén con la mano.

—Jane no cuenta, es la chismosa del pueblo. Créeme, ella odia a todo el mundo y los demás no es que la apreciamos demasiado.

Tess asintió.

—Tienes razón.

—Oye, ¿qué tal si nos subimos a la rueda de Chicago?

Tess entrecerró los ojos prestando atención al juego mecánico que tenía al frente; por último, se encogió de hombros y sonrió con entusiasmo.

—¿Por qué no? Ey, que todavía no estamos tan viejas.

Sherryl dio un salto de alegría, siempre le había gustado la adrenalina de los juegos mecánicos y esperaba que tal cosa no cambiara ni siquiera cuando estuviera vieja.

Iban de camino a la caseta donde se compraban los tiquetes cuando Brad apareció corriendo. Llegó hasta Tess sin aliento.

—Hasta que por fin la encuentro —aseguró el vaquero con la respiración entrecortada.

—¿Pasa algo? —se preocupó Tess.

—Tom ha mandado a llamarla. Ya casi es su turno de monta.

Tess se quedó inmóvil, ni un solo músculo de su cara se movió.

—Disculpa, ¿cuál Tom? —dijo al fin.

Sherryl la miró confundida e impaciente a partes iguales.

—Pues tu Tom —contestó la chica de cabello castaño.

Esta vez los músculos de Tess sí que reaccionaron. La cara de horror que puso casi le saca una carcajada a su amiga.

—¿Montar? —repitió Tess—. Me imagino que te refieres a un toro mecánico, Brad.

Sherryl no pudo seguir conteniéndose y soltó una risotada.

—¿Qué? ¡No! Eso es para niños —se burló Brad, que no concebía que un hombre adulto con un poquito de sangre vaquera considerara si quiera subirse en algo tan ridículo como un toro mecánico. Por el amor de Dios, qué ofensivo.

—¿Tom piensa montar un toro de verdad? —exclamó Tess sin abandonar la expresión de horror.

—No, montará un caballo.

La cara de alivio de la morena fue evidente. Sonrió al darse cuenta de su error y sintió un poco de vergüenza por haberse preocupado por el bienestar de Tom. ¿Desde cuándo le importaba Tom?

—Ay, hubieras empezado por ahí —contestó a Brad—. Por un momento pensé que ese idiota me iba a dejar viuda.

Brad y Sherryl se miraron con complicidad, luego ella se llevó el dedo índice a los labios para indicarle al vaquero que no le explicara a Tess lo que ignoraba de la monta de caballos. Ya se daría cuenta luego, con sus propios ojos.

Fueron de prisa hasta la plaza de toros. Tess y Sherryl no tuvieron que preocuparse por la entrada ni por encontrar un buen lugar, Brad se encargó de dirigirlos al lugar que Tom les había apartado.

Un animador estaba en mitad del ruedo con un micrófono en la mano y dos chicas vestidas de vaqueras sexis.

—¡Qué empiece el rodeo! —aulló el hombre con un arrastrado acento sureño—. Con ustedes el primer montador. Tom Swanson.

La gente presente en la plaza de toros comenzó a aplaudir y silbar con fuerza. Tess buscó por todas partes a Tom, pero no encontró ni rastro. Entonces vio que el animador se alejaba del centro y se ponía a cubierto junto a las chicas tras la barrera.

El sonido de una trompeta cortó el bullicio de la gente justo cuando Tess vio que una puerta se abría y un caballo negro salía a toda velocidad con Tom montado sobre él con una mano elevada hacia el cielo y la otra en la montura. Todo fue bien hasta que el caballo se detuvo en mitad del ruedo y comenzó a saltar como si estuviera poseído por el demonio.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —gritaba la gente al unísono contando los segundos que Tom aguantaba sobre el furioso animal.

Tess que estaba de pie, calló sentada sobre su asiento al tiempo que se llevaba las manos a la boca y los ojos querían saltársele de las cuencas.

Se puso de pie de un salto cuando vio que el caballo salvaje lanzaba a Tom por los aires. Tuvo que cubrirse la boca para no soltar un chillido.

Se quedó de piedra cuando vio a Sherryl alzando las manos con júbilo y silbando al igual que lo hacían las demás personas.

—Así se hace, vaquero —gritaba la chica de cabello castaño.

Tess sacudió la cabeza como si eso fuera a ayudarla a comprender. Clavó los ojos en el cuerpo

de Tom y volvió a respirar cuando lo vio ponerse de pie con un ágil movimiento. El vaquero se giró hacia el lugar donde se encontraba ella y se quitó el sombrero, que sorprendentemente no se le había caído, para hacer una reverencia a ella con el rostro sonriente.

Tess lo fulminó con la mirada y se preguntó si seguiría sonriendo igual cuando le diera un puñetazo en la cara.

Le quitó los ojos de encima cuando Sherryl la tomó de la mano y la movió.

—¿Qué haces? —preguntó la morena.

—Pues que debes ir al ruedo.

Tess abrió los ojos como platos.

—¿Estás de broma? No, señor, yo no soy ninguna suicida. —Vio que el caballo aún seguía corriendo dentro del ruedo—. No tengo nada que hacer ahí, gracias.

—Tess, es una tradición. Si el vaquero que abre la noche tiene novia o esposa, esta debe ir a plantarle un beso en mitad del ruedo. Camina, que la gente espera.

Tess no tuvo tiempo de replicar, Sherryl la empujó hasta el lugar que daba acceso a la barrera y ahí Brad se encargó de dejarla en el ruedo.

La pobre chica estaba más cerca de desmayarse que de cualquier otra cosa. Se aferró con fuerza a la barrera. Ni de broma iba a ir hasta donde estaba Tom. Si él quería un maldito beso, tendría que ir por ella. Además, lo que menos se merecía era un beso, por poco la había matado de un infarto.

—Anda, Tess. Ve por tu vaquero —le gritó Sherryl.

Tess la fulminó con sus profundos ojos negros.

—Señora, debe ir hasta su esposo —le indicó Brad.

La chica también fulminó al capataz.

—Te he dicho un millón de veces que no me digas señora —murmuró.

Brad se encogió un poco, pero comprendió que no se trataba de mal humor sino que su jefa estaba asustada.

—Si quieres, puedo acompañarte —le contestó.

Tess miró a Tom, luego a Brad que se encontraba a dos pasos de ella. La distancia parecía kilométrica y la maldita sonrisa de Tom Swanson también.

—Parece que la mujer de este vaquero está un poco asustada —dijo el animador por el micrófono.

Tess se tensó cuando escuchó a todo el mundo responder con risas. Justo cuando levantó los ojos a las graderías del frente se cruzó con los de Mary Anne y su cara burlona.

La pelirroja levantó la mano y sacó el dedo del medio para ella. Tiempo atrás Tess le habría devuelto el gesto, pero ahora era una mujer un poquito más madura y sabía contratacar con algo mucho mejor que eso.

Se irguió todo lo que pudo, dio media vuelta y caminó hacia Tom como si esa se tratara de la pasarela de su vida. Conforme más se acercaba al vaquero, más parecía disminuir el ruido de la plaza de toros. Cuando sus ojos se cruzaron con los de él, olvidó que había un caballo salvaje corriendo libre por ahí.

Tom extendió la mano hacia Tess y cuando ella la tomó, la atrajo hacia sí, la tomó por la cintura y la besó solo porque llevaba días deseando hacerlo. Le importaba una mierda que fuera una tradición, él lo único que quería era probar su sabor hasta quedar embriagado de ella.

Cuando los labios de ambos se tocaron, el mundo de Tess enmudeció por completo. Rodeó el cuello de él con sus brazos y enterró una mano en su cabello oscuro.

—Dios mío, Tess, me vuelves loco —susurró él mirándola a los ojos cuando finalizaron el beso—. Me encantas.

Ella volvió al presente con esas palabras y el ruido de las personas volvió a resonar en sus oídos. Colocó la mano sobre la mejilla del vaquero, donde ya empezaba a crecer un poco su barba y la piel se sentía áspera al tacto.

Se puso de puntillas y le dio un beso rápido en los labios, sobre todo porque no sabía muy bien cómo reaccionar a las palabras de él. Ni siquiera estaba segura de si había sido real o solo imaginación suya.

—¡Qué bonito es el amor! —dijo el animador.

El público estalló en aplausos, esta vez cuando Tess volvió a mirar a Mary Anne, la pelirroja no sonreía en absoluto y tampoco se atrevía a mirarla.

Tess y Tom llegaron tarde a la casa. Ambos se dirigieron directo a sus habitaciones. Subieron las escaleras en silencio, cada uno encerrado en sus propios recuerdos.

En la feria se habían topado con el inspector William Zhao. Ambos habían hecho muy bien su papel de esposos felices, pero cada uno sabía con claridad que no habían actuado en absoluto. Incluso después de que Zhao se fuera ellos habían seguido haciéndose bromas, riendo, tocándose las manos o abrazándose.

Cuando llegaron a la habitación, Tess puso la mano sobre el pomo y abrió la boca para darle las buenas noches a él, no obstante de su boca no salió ni un suspiro. Se giró despacio hacia él que la miraba con atención, le sonrió nerviosa mientras se recostaba con despreocupación sobre la puerta.

—Fue... —Desvió la mirada—. Una noche agradable.

Tom también se recostó a su puerta.

—Sí, creo que será una buena feria este año.

—Supongo que sí —contestó Tess asintiendo.

De pronto se hizo un silencio incómodo. Tom se llevó una mano a la cabeza y se rascó el cuero cabelludo mientras intentaba encontrar una forma de expresar todo lo que quería decir sin comportarse como un tonto.

—Tess, sobre lo que dije en el ruedo...

Ella se apartó de la puerta y se puso rígida.

—Es tarde, será mejor que vayamos a dormir.

Tom se desinfló un poco al ver que ella evadía el tema. Maldita sea, no podía creer que otra vez Tess Cartwright se le hubiera metido en el corazón. Esa noche cuando la había visto caminar hacia él y la atrajo hacia sí, había sentido como si una pieza por fin encajara.

—Buenas noches —dijo el vaquero.

—Buenas noches —contestó ella.

Tess se volteó despacio, mordiéndose el labio para no agregar nada más y no meter la pata. Pero no pudo. Demonios, no era una cobarde. No huía. Nunca.

—No sé qué está pasando entre nosotros —admitió con un hilillo de voz—, solo sé que algo está pasando.

Tom la observó sorprendido, consciente de que esas palabras le estaban elevando la presión a niveles que no podían ser sanos.

La tomó por los hombros y la giró hacia él. Atrapó su cuerpo contra la puerta y su rostro en sus fuertes manos. Mirándola a los ojos contestó:

—Yo tampoco lo sé, pero quiero averiguarlo.

Tomó el labio inferior de ella y lo mordió con suavidad, después la besó de la misma forma en que lo había hecho en el ruedo. Tess se abrazó a él con fuerza. Acarició cada músculo de su espalda mientras él hacía lo propio con la cintura y caderas de ella.

Tom abrió la puerta a como pudo y empujó a Tess dentro de la habitación. La dejó caer sobre la cama y luego se colocó sobre ella.

Su abrazo se volvió cada vez más cálido, las manos de ambos buscaban con impaciencia la piel ardiente del otro. Cada contacto, cada beso, cada roce hacía que perdieran el control más y más.

Tess atrapó la camisa de él y con un movimiento rápido se la sacó por la cabeza. Suspiró cuando sus dedos dibujaron trazos apasionados sobre su espalda. Tom bajó el vestido de tirantes que ella llevaba y cuando empezó a repartir besos por la suave piel de su cuello, Tess lo apartó.

—No podemos hacer esto —resopló ella.

Tom alzó la cabeza y la miró a los ojos. La luz era escasa, pero podía apreciar su rostro.

—Queremos hacerlo, Tess. Dudo que yo sea el único deseoso de seguir adelante.

Tess suspiró.

—Sí, pero hacer lo que uno quiere no es lo mismo que hacer lo que se debe.

Tom se apartó de ella, se recostó a su lado y miró hacia el techo.

—¿Qué te preocupa?

—Esto es... inesperado. No se suponía que íbamos a terminar así. Tenemos que admitir que lo único que nos une es un contrato. Tú quieres unas tierras y yo el rancho, no hay más.

—Claro que sí hay algo más.

Tess se sentó en la cama y lo miró.

—Atracción. Solo atracción.

Tom cerró los ojos con fuerza, luego asintió.

—No hay nada de malo en sentirse atraído, Tess.

—Atracción no es lo mismo que amor —recordó ella—. Tom, no quiero que esto termine como la primera vez. Yo... Yo no estoy enamorada.

—Yo tampoco —dijo él aunque no estaba demasiado seguro de ello.

Por algún motivo que Tess no comprendió, escuchar esas palabras le provocó una punzada en el pecho.

—De acuerdo.

—Esta vez conozco las reglas, Tess. Sé lo que puedo esperar de ti y tú puedes esperar lo mismo de mí. No nos queremos y este matrimonio sigue siendo una farsa. Solo somos un hombre y una mujer que se sienten atraídos.

Ella asintió, no muy convencida.

—Exacto, justo así.

—No hay nada de malo en ello.

—Mmm, no. Claro que no.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Tom buscó la mano de ella en la oscuridad y la acarició con sus dedos. Por un momento le pareció que Tess temblaba ante ese contacto.

—Creo que deberíamos tomarlo con más calma y pensarlo mejor —respondió la chica.

Tom se sentó para quedar a la misma altura.

—Tienes razón. Hay mucho en juego.

Tess asintió en silencio. Luego él volvió a besarla y olvidó eso de que debían tomárselo con

calma y pensarlo. Se dejaron caer sobre la cama y, aunque no pasaron de los besos, durmieron acurrucados toda la noche.

La feria había sido todo un éxito. Era el último sábado y justo esa tarde se llevaría a cabo el concurso de talentos. No sólo Sherryl y Tess estaban ansiosas, mucha gente del pueblo quería ver qué tal iba a ir el evento y los concursantes, más de treinta, ya querían demostrar sus mejores cualidades.

Tess estaba corriendo de un lado a otro mientras preparaba los últimos detalles cuando de pronto unas manos la tomaron por la cintura y la llevaron a una esquina oculta.

—¿Qué estás haciendo? —dijo a Tom entre risas.

—Todavía nada.

Ella arqueó una ceja.

—¿Esa es una amenaza?

—No, solo un aviso.

Y lo fue, porque lo siguiente que la chica supo era que los dos estaban besándose a hurtadillas en una feria de pueblo como si fueran dos adolescentes.

Ella se separó con pesar y lo empujó.

—Tengo mucho que hacer. Será mejor que te vayas.

Miró tras él para asegurarse de que nadie los veía y al comprobar que todo estaba despejado, tomó su rostro y lo besó de nuevo.

Tess y Tom habían estado muy ocupados con la feria y el trabajo esa semana, así que no habían tenido el tiempo suficiente para hablar de lo que sea que había entre ambos. Sin embargo, sí que habían tenido tiempo para besarse cada que tenían oportunidad y dirigirse miradas cómplices aquí y allá.

—Ahora sí, vete —dijo Tess cuando volvió a interrumpir el beso.

—Esta noche llego tarde al rancho —informó Tom—. En la noche es la carrera de barriles y tengo que estar presente.

—Bien. Yo salgo después del concurso, pero debo ir a reponer un poco de trabajo al rancho, así que lo más seguro es que trabaje hasta tarde.

—¿Quieres decir que mi abnegada esposa va a trabajar hasta tarde solo para esperarme despierta?

Ella puso los ojos en blanco y le dio un manotazo.

—Tú no tienes una esposa abnegada, tienes una esposa trabajadora.

—Bueno, ya que insistes entonces pasaré a darte el beso de buenas noches —bromeó.

Tess hizo una mueca y se apartó de él.

—Adiós.

Tom le dio un último beso y se alejó sonriendo con la cara teñida de satisfacción. Mientras tanto Tess no le quitó los ojos de encima hasta que desapareció. Tuvo que repetirse varias veces que él no tenía nada que ver en su decisión de trabajar hasta tarde y que tampoco necesitaba un beso de buenas noches.

Cielos, se estaba portando como una adolescente. Era obvio que tanto tiempo sin contacto masculino la había vuelto un poco sensible a los hombres guapos. Incluso aunque estos no fueran

su tipo en absoluto. Porque Tom y ella no tenían nada en común, era obvio. No había duda al respecto y los dos lo tenían claro.

Sherryl había insistido en que entre ellos dos se cocinaba algo al ver la forma en que se portaban cuando estaban cerca. Por lo cual Tess había tenido que contarle la situación, dejando muy claro que todo era fruto del deseo y nada más. Sherryl la había mirado como si fuera tonta y le había dicho que eso no era solo fruto del deseo y que resultaba más que obvio.

Entonces Tess había tenido que recurrir a una estrategia ancestral e infalible: le había contado a su amiga lo que había sucedido con su ex. El viejo truco de que te habían roto el corazón y ya no querías enamorarte, había funcionado por los siglos de los siglos, aunque no con Sherryl.

Gracias a eso, Tess se descubría continuamente dándole vueltas al asunto. Por todos los cielos, no podía ser tan estúpida como para volver a enamorarse de un hombre que no la amaba.

¡Otra vez por un maldito contrato! Tom se lo había dejado muy claro, solo se sentía atraído. Así que ella seguía repitiéndose lo mismo, lo que ella sentía también era atracción. Solamente. Nada más. ¡Nada!

Salió del lugar en el que Tom la había metido y por poco tropieza con Mary Anne. La cara de asco que le dirigió la chica no fue ni la mitad de ofensiva que la que le dirigió ella.

—Vaya, vaya —dijo la pelirroja sin poder contenerse—. ¿Tu trabajo en la feria consiste en enrollarte con tu marido en los rincones?

Tess respiró profundo, luego le sonrió con hipocresía.

—Ay, si la envidia matara...

Mary Anne soltó una carcajada.

—No seas ridícula, Tess Cartwright. ¿Por qué habría de tenerte envidia yo? No eres más que una zorra fracasada. Mírate, eres patética. Sigues creyéndote una modelo cuando todo el mundo sabe que la fama se te acabó cuando tu maridito te mandó a la mierda. Si no te hubieras acostado con él nunca hubieras sido famosa.

Tess apretó los dientes.

—No sabes nada de mí, Mary Anne. Aleja tu lengua venenosa de mí y deja de cruzarte en mi camino o...

—¿O qué?

—Voy a perder la paciencia. Deberías de concentrarte más en tu vida y dejar de meterte en la mía.

—Tu vida no me importa en lo más mínimo.

—Claro, si tú lo dices. Como sea, mantente alejada de mí. —Tess le dio la espalda y por encima del hombro agregó—: Y de mi esposo.

Mary Anne no pensaba dejarla ir como si nada. Ya le había pasado un desplante en el bar, pero eso no volvería a suceder. Fue hasta la morena y con fuerza la tomó del brazo. Tess se volvió con el rostro ardiendo en cólera.

—Quítame las manos de encima —advirtió.

Mary Anne la soltó y fingió limpiarse la mano en su vestido.

—Encima de zorra, eres una ilusa.

Tess perdió la paciencia.

—La única zorra que veo aquí eres tú. No soy yo quien se anda restregando contra la entrepierna de cualquiera solo para obtener un revolcón.

—Eso no te lo crees ni tú, Tess.

La morena sonrió de oreja a oreja.

—Ay, si hasta me das penita. No todas tenemos que comportarnos como una puta para llamar la atención de un hombre, Mary Anne.

—No lo dudo, pero te aseguro que no eres una de ellas.

Tess hizo un gesto de desdén, no sabía qué hacía perdiendo el tiempo con esa tipa.

—Como quieras. Lo que pienses de mí me da igual.

Mary Anne volvió a cogerla del brazo para impedirle que se marchara.

—¿Acaso piensas que no sé que Tom está contigo solo por tus tierras?

Tess estuvo a punto de delatarse, sin embargo, consiguió mantener un gesto unánime.

—No sé de qué diablos hablas.

Clavó sus uñas en la mano de Mary Anne y se la quitó de encima.

—Lo sé, Tess, ha de ser horrible que él solo quiera estar contigo para ver qué te saca. Puede que por el sexo también, es hombre al fin y al cabo, pero tus tierras deben ser su mejor afrodisíaco. ¿Ya te contó de los planes que tiene para el Rancho Cartwright?

La pelirroja sonrió satisfecha al ver que Tess perdía un poco la compostura.

—Deja de inventar, víbora. El rancho es mío, no de Tom.

—Uy, pues vas a tener que decírselo porque él tiene sus propios planes para el lugar. Si hasta se ha reunido en la ciudad para organizarlo todo. Tu abuelo se revolcaría en el infierno si lo supiera.

Tess la tomó del cuello con gesto amenazante y mirándola a los ojos advirtió:

—Si vuelvo a escucharte hablar de mi abuelo, te vas a arrepentir Mary Anne. Lávate la boca primero.

Justo en ese momento entró Sherryl que se quedó de piedra al ver a las dos mujeres.

—Dios mío, Tess, ¿qué haces? —recriminó mientras apartaba a la morena de la pelirroja—. Y tú, Mary Anne, no tienes por qué estar aquí, el concurso aún no empieza.

—¡Hijas de puta! —maldijo Mary Anne antes de marcharse.

Tess se abalanzó hacia ella, pero Sherryl la detuvo.

—Basta ya. No caigas en el juego de esa arpía —regañó Sherryl a su amiga.

—Es que tal vez esa sea la única forma en la que esa imbécil aprenda.

—Los imbéciles nunca aprenden. ¿Qué te dijo que te puso tan de mal humor?

Tess desvió la mirada y suspiró.

—Nada. Puras tonterías. Será mejor que me dé prisa.

El concurso de talentos fue todo un éxito, a pesar de que lo que menos se mostró fue talento. Pero estuvo divertido y eso era lo más importante. Al final ganó una chica muy joven que cantaba precioso.

Tess y Sherryl habían pasado corriendo de un lado a otro, asegurándose de que todo saliera a la perfección. El público no se había aburrido ni por un momento. Habían aplaudido, reído y abucheado a partes iguales.

Eran casi las ocho cuando las dos amigas terminaron de recoger todo.

—Dios sabe que me encanta la feria —dijo Sherryl—, pero me alegra que termine mañana. Te juro que ya no doy más.

Tess se encontraba desparramada sobre una silla con los ojos cerrados. Abrió uno de ellos para mirar a Sherryl.

—Ni lo digas. Mañana cuando termine, haré mi propia fiesta solo para celebrar. Entre el rancho y esto, no doy para nada.

—Lo bueno es que todo ha salido perfecto. Solo nos queda el concierto de mañana y trabajo hecho. A la gente le encantó el concurso de talentos, tendremos que repetir el próximo año.

Tess asintió. Muy a su pesar, no había podido disfrutar el concurso tanto como hubiese querido debido a Mary Anne. La fastidiaba que esa mujer la hubiera dejado pensativa y llena de dudas.

Se preguntaba si Tom le había contado algo del contrato. Los comentarios de la pelirroja habían dejado entrever que sabía algo.

Tess suspiró mientras se ponía de pie.

—Tengo un montón de trabajo esperando en casa —dijo—. Será mejor que me vaya.

Sherryl asintió.

—Conduce con cuidado. Yo voy a darme una vuelta por ahí y más tarde me iré a casa.

Las dos chicas se despidieron. Tess estaba pasando junto a la plaza de toros cuando escuchó que el animador despedía al público. Al mirar la hora comprobó que había terminado la primera tanda. Así que sin siquiera pensárselo, se dirigió hacia allí y fue en busca de Tom.

Al vaquero se le iluminó la cara cuando la vio acercarse.

—¿Te quedas a acompañarme? —preguntó él.

Tess forzó una sonrisa.

—No, solo quería despedirme... y hablar contigo. ¿Crees que sea posible en este momento?

Tom frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—No, solo quiero preguntarte una cosa.

Él asintió, tomó la mano de ella y se la llevó a uno de los palcos recién desocupados, allí podrían hablar sin ningún problema.

Tess se llevó las manos a la cabeza, lo miró fijamente y soltó la pregunta que había estado dándole vueltas sin parar:

—¿Mary Anne sabe sobre nuestro contrato?

Tom se quedó atónito.

—¿Lo del matrimonio? Claro que no. Solo mis padres lo saben. ¿Por qué lo preguntas?

La morena soltó el aire que había estado reteniendo mientras él respondía.

—Mary Anne estuvo hablando conmigo y me dio la impresión de que sabía algo.

—No tiene por qué saberlo.

—Bien, me alegra que así sea. Me da rabia que su lengua venenosa me haya sembrado la duda, no debí hacerle caso. Es que si la hubieras escuchado. —Suspiró—. Hablaba de que tú ya tenías planes para las tierras y para el rancho, dijo que montabas algo en la ciudad y no sé qué más.

Tom se quedó serio al escuchar lo que Tess le contaba. ¿Cómo carajos Mary Anne sabía eso?

—Incluso se atrevió a mencionar al abuelo —continuó la chica—. Uy, te juro que si Sherryl no hubiese llegado a tiempo, le habría estampado la cara contra el suelo. No me la soporto.

Él guardó silencio.

—¿Estás bien? —quiso saber Tess al no obtener respuesta.

—Creo que yo también tengo algo que decirte.

Hasta el momento Tom no le había dicho a Tess nada sobre sus deseos de construir un hotel. Al principio no le había importado ocultarlo, pero ahora era distinto. Sentía la necesidad de ser sincero, aun cuando eso le pudiera ocasionar algún conflicto.

—¿Acerca de qué?

Tom abrió la boca para empezar justo cuando alguien llamó a la puerta del palco.

—Disculpa, Swanson, no quería interrumpir —dijo el inoportuno vaquero—, pero te necesitan abajo.

Tom asintió al hombre, luego se dirigió a Tess.

—Hablamos cuando llegue al rancho, ¿de acuerdo?

—Claro.

A pesar de esas palabras, Tom tampoco pudo contarle la verdad a Tess cuando llegó al rancho. La encontró dormida sobre una montaña de papeles y cuando la tomó en sus brazos para llevarla hasta la cama, ella estaba más dormida que despierta.

Tom continuó caminando a través de la feria sin hacer caso a las protestas de Tess. La llevaba de la mano de la misma forma en que se lleva a un niño que no quiere obedecer.

—Estamos haciendo el ridículo —se quejó ella.

No cabía nadie más en el lugar puesto que era el último día del evento y nadie quería perderse nada.

—No, tú lo estás haciendo. Si tan solo te limitaras a caminar tomada de mi mano, no llamarías la atención.

—Bueno, pues si tú me dijeras qué pretendes...

—Ya te dije que vamos a jugar.

—No me gustan los juegos.

—Este te va a gustar.

Tess se detuvo en seco y se soltó de él.

—¿De qué se trata?

Tom sonrió. La miró a los ojos y después a los labios, tuvo que apartar la mirada para no besarla.

—Nos inscribí en la competencia de tiro.

La cara de Tess perdió un poco de color.

—Yo no quiero participar en ninguna competencia.

—Representas al Rancho Cartwright —se defendió Tom.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Tú abuelo era el campeón de tiro.

La morena entrecerró los ojos tanto que apenas parecían un par de rendijas.

—Qué bueno por él.

—Nunca nadie le pudo ganar.

—Excelente.

Tom la tomó de los hombros, mirándola directo a los ojos dijo:

—Ahora te toca representarlo.

—No soy mi abuelo, Tom.

—Mamá me dijo que eres buena con las armas.

Tess iba a protestar, pero él no le dio oportunidad. Volvió a cogerla de la mano para llevarla hasta el sitio en el que se hacía la competencia.

Era toda una tradición en el pueblo que se hiciera esa competencia todos los años. Se llevaba a cabo en un campo libre y despejado y aunque los rifles eran de verdad, los cartuchos eran de salva.

Ese año solo se habían inscrito diez personas. Los competidores tenían que superar cuatro rondas para llegar a la final. En la primera ronda avanzaban los ocho mejores, en la segunda seis; en la tercera cuatro y en la cuarta los dos finalistas. La competencia consistía en disparar cinco tiros a una diana de cinco colores, cada color tenía su propio puntaje. Al final se sumaba el puntaje total obtenido con los cinco tiros y así avanzaban los mejores.

Tess entrecerró los ojos para observar bien la diana. El diminuto punto blanco del centro equivalía a cien puntos, el verde que era el color que seguía a cincuenta, el azul a treinta, el rojo a veinte y el negro a diez. Conforme más afuera se encontraba el color menor era su puntaje y más grande su tamaño en la diana. Por otra parte, si se disparaba fuera de esta no se puntuaba y, además, se anulaba el tiro más alto conseguido por el competidor.

El primero en pasar fue un hombre diminuto que debía rondar el metro cincuenta y que parecía tener mil años. Tess lo descartó de inmediato, ese pobre hombre no daría en el blanco ni de casualidad. Justo cuando asumía tal cosa escuchó el ruido del rifle al disparar y el impacto del cartucho contra la diana. Por poco se le salen los ojos cuando vio que había dado en el color verde. Al final, el hombrecillo, Hank Moore, terminó su competencia con un puntaje de ciento ochenta.

La siguiente en pasar fue Tess, quién tuvo que secarse el sudor de las manos en los pantalones. Antes de tomar el rifle le dirigió una mirada contundente a Tom por haberla metido en ese embrollo, pero él solo se limitó a sonreírle divertido.

Sintió el arma más pesada de lo que recordaba. La chica se colocó en posición e hizo lo mismo con el arma para no ser golpeada o desequilibrada con el retroceso. Dejó salir todo el aire y disparó. Se le desencajó la cara cuando vio que su tiro ni siquiera rozaba la diana, había disparado afuera.

—Mierda. Mierda —murmuró entre dientes.

—Vaya, vaya, parece que mamá exageró un poco —se burló Tom.

Ella le hizo cara de que el próximo tiro sería para él en medio de los ojos y con balas de verdad. Tess sacudió los hombros, volvió a tomar posición y se sorprendió cuando vio que le había dado al blanco. Sin embargo, pronto se encargaron de recordarle que ese tiro quedaba anulado debido al primer fallo. Los tres tiros restantes consistieron en dos rojos y uno negro, un total de cincuenta puntos y una que otra abucheadas.

El siguiente en competir fue Tom que consiguió cuatro tiros verdes y uno azul, doscientos treinta puntos. Cuando regresó junto a Tess, esta ni siquiera lo volvió a ver y él estuvo a punto de echarse a reír por ello. Puede que fuera un masoquista, pero le encantaba verla picada.

Los otros competidores no resultaron especialmente ágiles en el juego, la mayoría iban un poco pasados de copas y el resto eran forasteros que jamás en la vida habían tocado un arma. Gracias a ello, Tess pudo pasar a la otra ronda a pesar de su puntaje tan bajo.

Cuando empezó la siguiente ronda, todos comenzaron a hacer sus apuestas por Tom y Hank cómo finalistas. Sin embargo, Tess cada vez que disparaba se metía más en el juego y sus ganas de quitarle la sonrisita de petulante a Tom la volvían más competitiva. Pasó a la tercera ronda sin riesgo de quedar fuera y eso ya era un avance.

En la cuarta ronda supo que necesitaba algo más que suerte. No le preocupaba la otra mujer que aún competía, pero sí Tom y Hank, porque Tess no había estado ni cerca de sus puntajes.

Le dieron ganas de darle a Tom con la escopeta por la cabeza cuando vio que este rozó el punto blanco de la diana; sin embargo, sonrió cuando vio que no se lo valían como un tiro blanco ya que también había impactado parte del color verde. De cualquier manera, Tom obtuvo el puntaje más alto hasta el momento, doscientos cincuenta puntos.

La otra mujer de la competencia consiguió ciento setenta puntos y entonces Tess empezó a preocuparse. Le empezaron a temblar las piernas cuando vio a Hank Moore hacer su primer tiro de cincuenta, luego otro, otro y otro más. Tess se sintió un poco pesimista, ella el puntaje más alto que había conseguido había sido de ciento cincuenta y el hombrecillo con apenas cuatro tiros ya

llevaba doscientos. Todos los presentes soltaron un «oh» cuando vieron que Hank clavaba su último cartucho en el color azul y se quedaba con tan solo doscientos treinta puntos, dejando a Tom como primer finalista indiscutible.

Tess se preguntó si era necesario que hiciera el ridículo o si mejor fingía que el rifle le desmontable el hombro y se largaba.

—Fierecilla, tú has sido la única que le ha dado al blanco —susurró una voz en su oído que iba acompañada por un fuerte aroma a pino y cuero.

Tess dio un respingo y se volteó en busca del dueño de la voz, pero sabía que no lo iba a encontrar. Quizá estuviera loca, no obstante, desde hacía tiempo había descubierto que esa era la voz de su abuelo y su aroma también y que ella era la única que lo sentía o escuchaba.

Se colocó en posición. Era cierto, era la única que le había dado al blanco, aunque desafortunadamente no se lo habían tomado como un tiro válido, pero le había dado maldita sea.

—No tiembles, preciosa —dijo Tom justo cuando ella disparaba.

Cuando Tess vio que por culpa de él le había dado al color negro, se le subió la sangre a la cabeza y fue hasta Tom hecha una fiera.

—¿Podrías cerrar el pico por una vez en tu vida? —espetó—. Te juro que si me vuelves a interrumpir el próximo disparo será hacia ti.

Tom levantó las manos con gesto de inocencia.

—Lo que tú digas, cariño —contestó con ironía.

Tess lo miró como si quisiera desfragmentar cada órgano indispensable de su cuerpo.

—Idiota —murmuró mientras regresaba a retomar su ronda de tiros.

Por supuesto, para entonces estaba aún más presionada. Ese primer tiro había sido un verdadero asco, necesitaría de algo mucho mejor para las oportunidades restantes. Soltó un juramento tan alto y fuerte cuando clavó el cartucho en el color azul que la gente se encogió un poco.

—Concéntrate —regañó la voz de su abuelo.

Tess respiró profundo, inhalando el aroma a pino y cuero y volvió a disparar. Sonrió de oreja a oreja cuando vio que había dado en el verde. Hizo rápidamente un cálculo matemático, se le cayó el alma a los pies cuando comprendió que apenas tenía noventa puntos y dos tiros más. Estaba a ciento cuarenta puntos de Hank.

—No te concentres en los resultados de los demás, enfócate en ti, Tess —dijo la voz de James Cartwright.

Tess asintió. El cuarto disparo dio en el verde.

—Ay, Dios —murmuró la morena.

La gente no pareció impresionada y Hank menos. Tess volvió a lanzarle una mirada furiosa a Tom, si tan solo no la hubiera desconcentrado...

—¡Tess! —regañó su abuelo.

Ella apartó los ojos del vaquero y los puso justo en el punto blanco de la diana. Se le erizó el vello de los brazos cuando sintió una brisa acariciarle el brazo para correr el rifle unos cuantos milímetros a la derecha.

—Justo ahí —le dijo James.

Tess disparó sin siquiera respirar. Estaba tan nerviosa que cerró los ojos, pero se vio obligada a abrirlos de golpe cuando escuchó gritos vaqueros y aplausos.

El cartucho estaba clavado en mitad de la diana. Tess se volvió para mirar a Tom que se encontraba estupefacto sin poder creérselo. Hank, por su parte, estaba más serio que un muerto.

Tess dio un salto de alegría cuando vio su puntaje de doscientos cuarenta. ¡Estaba junto a Tom en la final!

—Suerte de principiante —comentó el vaquero cuando ella se le lanzó a los brazos resplandeciente de satisfacción.

—Cariño, ¿nunca has escuchado que las madres siempre tienen la razón?

La sonrisa de Tom ya no era tan campante como al principio, en cambio la de Tess podría haber iluminado la parte del mundo en la que ya se había escondido el sol.

En la final, los competidores no ejecutaban todos sus disparos de forma continua, sino que se intercalaban un tiro por jugador hasta que cada uno hubiera disparado cinco veces.

Echaron a la suerte quién iría de primero y le tocó a Tom. El vaquero caminó con seguridad hasta el punto de tiro, tomó el rifle y sin mucha demora disparó. El público estalló de emoción cuando el cartucho se hundió en el punto blanco de la diana.

Tess cogió el rifle con las manos sudando. Cuando puso el arma en posición, volvió a sentir cómo su abuelo la acomodaba. Sonrió cuando dio en el blanco también.

Tom la miró con el ceño fruncido, ella se limitó a guiñarle un ojo.

Las personas a su alrededor comenzaron a ponerse tan nerviosas como los mismos jugadores. No se podían creer la suerte de la chica.

En el siguiente disparo, Tom le dio al verde y Tess Al blanco. Cuando ella se giró hacia él, le mandó un beso desde lejos con toda la intención de burlarse.

A Tom se le escapó una maldición cuando su tercer tiro también impactó el verde. Pero la sonrisa le regresó al rostro cuando Tess disparó fuera de la diana y se quedó con cara de desconcierto mirando del rifle a la diana y de la diana al rifle como si no comprendiera qué había sucedido.

Ahora Tom tenía doscientos puntos y Tess tan solo cien gracias a su fallo y a la penalización.

El cuarto intento del vaquero rozó el blanco, pero solo consiguió cincuenta puntos. Tess en cambio sí dio en el blanco, tan centrado que no dejaba duda de ello.

Para el último disparo Tom solo necesitaba dar en el centro y Tess no tendría oportunidad. Esta vez se tomó más tiempo para apretar el gatillo. Lanzó un grito de triunfo cuando vio el cartucho en el color blanco.

Tess se quedó boquiabierta, salió corriendo hasta la diana y vio que el cartucho no estaba completamente en el centro.

—No cantes victoria, Tom Swanson —dijo la morena—. Me parece que otra vez te ha fallado la puntería.

Tom se acercó incrédulo hasta la diana y no pudo ocultar la decepción cuando comprobó que ella tenía razón. Aunque la mayor parte del cartucho estaba clavado en la parte blanca, una milimétrica parte también lo estaba en el verde.

Tess volvió a ponerse en posición. Tras varios segundos así se dio cuenta de que ya no percibía el aroma de su abuelo. Se aclaró la garganta para llamar la atención de él, pero nada.

—Abuelo —susurró.

—Disculpe, señora —intervino el hombre que se encargaba del concurso de tiro—, ¿pasa algo?

Ella le sonrió con dulzura.

—No, nada —contestó—. Solo estaba rezando —mintió.

El hombre asintió.

Tess retomó la posición.

—Abuelo —repitió el llamado.

Suspiró cuando volvió a sentir el olor de James.

—Esta vez no, fierecilla. Ahora te toca a ti sola.

Tess abrió los ojos como platos. Estaba perdida. Necesitaba cien puntos para empatar a Tom y ella sola no iba a poder.

—No me decepciones —susurró James.

Ella no pudo contenerse y respondió:

—Gracias por ponerme más presión.

Observó a través de la mira, colocó el arma en la posición que le pareció correcta y entonces apretó el gatillo. Dio un salto de alegría al ver que le había dado a la diana en el centro. Ella sola lo había hecho.

—Señores y señoras —comenzó el encargado—, hagan sus apuestas porque este es un empate y no admitimos empates en las competencias de tiro. Así que tienen la última oportunidad para decidir a quién apoyarán en la fase de desempate.

El desempate consistía en que ambos, al mismo tiempo, harían sus cinco tiros en su respectiva diana. Pero no tendrían tiempo para encontrar una posición adecuada ya que empezarían de espaldas a la diana, al aviso del encargado se girarían e inmediatamente empezarían a disparar sin dejar ningún espacio muerto de un tiro a otro.

Tess y Tom se colocaron uno al lado de otro, dándole la espalda al blanco. La última mirada que se dedicaron estaba llena de competitividad. Ninguno de los dos pensaba dejar ganar al otro.

—¡Uno, dos y... tres! —anunció el hombre frente a ellos.

La pareja se volteó al unísono.

Bam. Bam. Bam. Bam. Bam.

Tras el último disparo todo quedó en silencio. Ni un suspiro se escuchó hasta que las rápidas pisadas del encargado corrieron hasta las dianas para hacer el conteo final.

Tess había dado dos tiros de diez y había clavado el resto de cartuchos en el de cincuenta, el de treinta y el de treinta; consiguiendo un puntaje de ciento treinta. Por su parte, Tom también tuvo dos tiros de diez, pero el resto fueron de cincuenta, veinte y treinta; su puntaje fue de ciento veinte.

El vaquero se llevó la mano a la cabeza con pesadumbre. No podía creer que ella le hubiera ganado. Con James vivo, Tom jamás tuvo oportunidad. El hombre no daba tregua, todos sus tiros siempre eran perfectos y Tom había tenido que conformarse con ser el segundón por años. Pero ahora que el hombre no estaba, había saboreado ser el campeón de tiro y para su sorpresa la nieta de James le había robado ese placer.

De cualquier modo, era un buen perdedor. Ya ganaría el próximo año. Se giró hacia su esposa, se quedó de piedra cuando la vio abrazándose a sí misma con los ojos empañados en lágrimas.

Tess sintió cómo esa cálida brisa que empezaba a conocer bien la envolvía como si fuera un abrazo.

—Estoy orgulloso de ti, fierecilla —dijo la voz de su abuelo—. Sabía que podías con el rancho y con cualquier cosa. Ahora solo te falta dejar que tu corazón vuele libre. Tom es un buen hombre.

La calidez del abrazo desapareció de la misma forma en que lo hizo el olor a pino y cuero.

—¿Estás bien? —le preguntó Tom a la chica.

Ella se secó las lágrimas que las palabras de su abuelo habían causado.

—Sí, ahora lo estoy —contestó antes de abrazarse a él y besarlo.

Esa noche cuando Tom y Tess llegaron a la casa, ella supo desde antes de entrar al rancho que no iba a dejar que Tom le diera las buenas noches en el pasillo. Su abuelo tenía razón, era hora de dejar que su corazón fuera libre.

Se había probado a sí misma y a los demás. Y había roto ese vacío, esa furia y ese dolor que había dejado su abuelo con su muerte. De alguna manera, que no podía explicar, ellos estaban conectados, más de lo que lo habían estado durante los últimos años.

Ahora ella también se había conectado con el rancho e incluso con el pueblo y la gente que la rodeaba. Había descubierto que la magia no solo se encontraba entre pasarelas y glamour. No, la magia estaba en todas partes, solo había que saber encontrarla y ella la había encontrado.

La magia estaba allí. Siempre. Cada mañana cuando salía al porche a tomarse el primer café del día mientras observaba el sol salir de su escondite. Cuando Sarah colocaba su mano sobre la de ella y soltaba una carcajada genuina que a Tess le llegaba hasta el alma. Cuando los vaqueros le contaban alguna anécdota o le pedían su opinión y consejo femenino. Cuando montaba a Emperador y se sentía libre y feliz. Cuando Tom la miraba como si ella fuera una obra de arte, cuando la besaba y la estrechaba entre sus brazos.

—No quiero pensar más —dijo la morena a Tom.

El vaquero la miró confundido, sin comprender lo que quería decir. No tuvo oportunidad de preguntárselo, porque ella lo tomó de la mano y lo hizo entrar a la habitación.

—Basta de fingir que no hay algo entre nosotros —continuó.

Tess enterró sus dedos entre el cabello de él, cerró los ojos y luego lo besó.

No hubo más palabras; solo caricias, suspiros y besos. Cayeron sobre la cama envueltos el uno en el otro. No hubo prisa, pero sí deseo y pasión.

Tom recorrió el cuerpo de ella despacio, devorando cada pedazo de piel. La misma piel con la que había soñado tantas veces. Hizo todo lo que había deseado hacer desde que era apenas un chiquillo y ella lo había flechado para siempre. Tess también recorrió el cuerpo de él y se perdió en todas las sensaciones que dejaba con el más mínimo toque.

La oleada de placer arrasó con ellos con la misma intensidad con la que el mar arrasaría una hoja de papel.

Tras dos meses de aquel último día de la feria en que Tess y Tom habían terminado compartiendo la cama y más que la cama, lo que había entre ellos se había vuelto mucho más íntimo.

Ninguno de los dos tocaba el tema, pero llevaban cinco meses casados. Estaban a solo un mes de que se acabara el contrato y aún no habían discutido qué pasaría después.

Tess a veces se descubría pensando en ello cuando estaba a solas, sin embargo, al final arrinconaba el pensamiento en un sitio oscuro y seguía fingiendo que la discusión no era necesaria.

Por su parte, Tom también tenía las mismas dudas. Desde hacía mucho que había dejado de llevar su bolsa de viaje de Cinco Diamantes al Rancho Cartwright y viceversa. Ahora no era necesario fingir que en la habitación de Tess dormía un hombre, puesto que muchas de las cosas de Tom estaban ahí y él todas las noches dormía acurrucado con la morena.

Pero Tom no había tocado el tema de que pronto se vencería el contrato por una razón en específico: aún no había encontrado el momento adecuado para hablar con Tess sobre su sueño de tener un hotel-rancho. Cada vez que intentaba hacerlo, algo sucedía o alguien aparecía.

En el fondo sabía que no lo había hecho porque temía por la reacción de ella, era una mujer temperamental y, estaba seguro, no se lo iba a tomar como si tal cosa. A veces se preguntaba si esa confesión afectaría en algo la relación, o lo que sea que tenían, entre ellos. Le daba miedo la respuesta.

Maldición, él no era un hombre que tuviera muchos miedos, sin embargo, perder a Tess lo asustaba. Lo sabía porque cuando la miraba dormir y sentía su cuerpo cálido pegado al de él, era capaz de imaginarse así el resto de la vida. No obstante, no tenía idea de si ella sentía lo mismo.

Al fin y al cabo, desde el principio Tess había dejado claro que no estaba enamorada y que solo era atracción. Por Dios, estaba prácticamente en el mismo lugar en el que Tess lo había tenido doce años atrás.

Aunque en ocasiones se decía que no, que él no podía ser el único que sintiera que se le alborotaba el corazón. Ese sentimiento que le latía en el pecho era tan grande, que en sus momentos más optimistas le parecía imposible que Tess no pudiera sentir lo mismo. Sin embargo, recordaba, ya una vez él la había amado como a nadie y ella no había sentido nada en absoluto.

Esa mañana Tess se levantó de la cama en silencio. Tal como lo hacía siempre, se metió al baño para tomar una ducha. Ese día su abuelo cumplía seis meses de fallecido y quería llevarle flores al cementerio, aunque eso era solo un detalle tonto porque Tess sabía muy bien que su abuelo estaba en el rancho y no en una tumba a cuatro kilómetros de ahí.

Cuando salió del baño tropezó con el cuerpo desnudo de Tom.

—Mmm —susurró él.

—Me has asustado.

—Me temo que se me hizo tarde para darme una ducha contigo —lamentó.

Tess afirmó con la cabeza, luego se puso de puntillas para darle un beso rápido y finalmente se escabulló de él y fue hasta su tocador para maquillarse y peinarse.

—Será para la próxima —dijo ella.

—No entiendo cómo haces para siempre levantarte antes que yo.

El reflejo de Tess en el espejo del tocador le sonrió.

—Es mi super poder.

Tom se encogió de hombros, entró a la ducha solo y se bañó. Para cuando salió ella ya había terminado de alistarse. La vio coger dos ramos de flores que había comprado el día anterior y su bolsa antes de ir a despedirse de él con un beso largo y apasionado que le hizo lamentar aún más esa fallida ducha juntos.

Tess salió pitando de la habitación o de lo contrario los dos terminarían enrollados entre las sábanas. En lugar de dirigirse abajo, fue hacia la habitación de James.

—Sé que estás aquí —dijo Tess a su abuelo.

La habitación permaneció en absoluto silencio y calma. Ella puso los ojos en blanco. Dejó uno de los ramos de flores sobre una mesa junto a su bolsa y llevó el otro al estante en el que estaba la foto de bodas de sus abuelos, la de su madre y la de ella cuando era una niña.

Justo en ese momento las puertas que daban al balcón se abrieron y la habitación se impregnó de un fuerte olor a pino y cuero. Esta vez Tess no se asustó ni se impresionó. Había aprendido a no hacerlo. Sentir la presencia de él ya no la asustaba, más bien la reconfortaba.

—Te quiero, abuelo —dijo Tess mirando hacia las puertas—. Me gustaría que estuvieras aquí. —Sintió que él la rodeaba con sus brazos—. Sé que estás aquí —se corrigió mientras apretaba con fuerza la cadena que su abuelo le había regalado y que Sarah le había dado el día del entierro—, pero sabes lo que quiero decir.

Se le escapó una lágrima que rápidamente fue secada por la brisa que acarició su hermoso rostro.

—A mí también me habría gustado cambiar muchas cosas, fierecilla. Sin embargo, no puedo. La vida es así. No llores.

—Cierto, los Cartwright no lloramos. Aunque la verdad es que debo confesarte que desde hace un tiempo he llorado todo lo que jamás lloré.

—Eso es mentira, Tess. Los Cartwright somos humanos, cometemos errores, amamos y lloramos. Nunca pienses lo contrario. Cuando lo dije... me equivoqué. No quería que lloraras, pero llorar es parte de vivir y me equivoqué en eso. Cometí muchos errores.

—Dudo que cometieras más errores que yo. Al fin y al cabo tú solo querías dar todo tu amor, yo en cambio quería recibirlo todo sin pensar en que debía dar a cambio. Es tan irónico que la vida nos haya separado y la muerte nos haya unido.

—Nunca fuimos una familia normal.

Tess sonrió.

—Mírame a los ojos, Tess.

Ella frunció el ceño.

—No puedo verte.

El olor a James se intensificó.

—Sí, sí puedes.

Tess levantó la mirada y miró el espejo que tenía justo al frente. Allí estaba él, detrás de ella, tan alto, guapo e imponente como lo recordaba. Se le saltaron las lágrimas de nuevo, se volteó dispuesta a abrazarlo, pero entonces no vio nada.

—Mírame en el espejo —ordenó James.

Tess obedeció en silencio.

—Dile a ese muchacho lo que sientes —continuó su abuelo—. Te estás tardando demasiado.

—Yo no sé qué siento.

—Lo sabes de la misma forma en que lo sé yo, fierecilla. No cometas los mismos errores del pasado. No nos dijimos que nos queríamos cuando pudimos hacerlo mirándonos de frente y ahora es demasiado tarde. No permitas que suceda lo mismo con Tom.

—¿Y si él no siente lo mismo?

—Esto es por ti, no por él. El orgullo nunca lleva a destinos buenos, Tess.

—¿Crees que me quiera?

—Pregúntaselo, solo él tiene la respuesta.

El reflejo de James comenzó a desvanecerse.

—Espera, no te vayas —rogó Tess.

—Debo irme.

—No, no debes —replicó con voz entrecortada.

James se agachó y le plantó un beso en la mejilla.

—Te quiero, fierecilla.

El reflejo de James se esfumó y poco después su olor desapareció cuando las puertas volvieron a cerrarse.

Tess se limpió las lágrimas, cogió las flores y la bolsa y salió de la habitación. Cuando pasó frente a su dormitorio escuchó que Tom aún seguía adentro y estaba cantando.

Ese era un buen momento para decirle lo que sentía, pensó, sin embargo, al final no se atrevió y decidió dejarlo para después.

—Lo haré, lo haré —murmuró para sí misma mientras bajaba las escaleras—. Más tarde.

La visita al cementerio fue rápida. Tess sabía que no tenía que hacerlo. Su abuelo era consciente de que ella lo tenía presente. No obstante, no pensaba dejar que la tumba de James Cartwright pareciera un lugar abandonado y que alguien se atreviera a pensar que ese vaquero no tenía quien lo recordara.

De vuelta al rancho, la morena iba pensando en la conversación que había tenido con su abuelo y en el consejo que le había dado.

Sabía que tenía razón. Se aferró al volante con fuerza mientras decidía que en lugar de ir a su rancho, iría a Cinco Diamantes y le diría a Tom de una vez por todas que sentía algo por él y que debían resolver el asunto.

—Sí —afirmó en voz alta—. Soy una mujer adulta.

Si Tom sentía lo mismo, genial, y si no, pues genial también. No era una niña, era una mujer madura que había soportado dolores más fuertes que el rechazo de un hombre.

La morena redujo la velocidad cuando vio una vieja Dodge azul parqueada a la orilla de la calle con las luces de emergencia encendidas. Se detuvo al lado de la camioneta.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

Cuando Tess observó que una melena roja asomaba, estuvo a punto de meter el gas hasta el fondo y largarse de allí.

—¿Ahora eres una buena samaritana? —preguntó Mary Anne.

—Solo intentaba ser amable.

—No ocupo de tu ayuda.

—Perfecto.

—Vi tu auto en el cementerio. Qué buena nieta —se burló con ironía.

Tess puso los ojos en blanco.

—Puedes irte a la mierda, Mary Anne, y si ocupas que te lleve hasta allí, te hago el favor encantada.

—Eres una hipócrita de lo peor. Vas hasta la tumba de tu abuelo solo para que todo el mundo piense que le guardas respeto a la memoria de ese pobre hombre, pero todos sabemos cómo terminó la relación entre ustedes. —Soltó una carcajada—. Siempre has vivido de apariencias. Finges ser una buena nieta y por otro lado piensas convertir el rancho que tanto amaba Cartwright en un hotel.

Tess le dirigió una mirada confundida.

—¿De qué demonios hablas? Estás loca.

Mary Anne dio un aplauso en el aire, luego caminó hasta el auto de la morena y se apoyó en él.

—Ya todo Denton sabe que Tom está en busca de una constructora para su hotel y que este va a estar situado en las tierras de tu abuelo.

Tess no le encontraba ningún sentido a las palabras de la pelirroja.

—No tengo ni idea de lo que hablas y, mucho menos, tengo tiempo para perder con tus estupideces. Adiós.

Mary Anne no se apartó, estaba disfrutando el momento.

—Zorrita, ¿acaso creíste que Tom se casó contigo por tu jodida cara? —Rio histérica—. Ilusa, lo hizo solo para que tú misma le montaras el hotel. De seguro que cuando lo consiga te mandará a la mierda. Acuérdate de mí, Tess Cartwright, y después no digas que no te lo dije.

Tess metió el gas a fondo. Habría disfrutado de ver a Mary Anne caer al suelo de no ser porque la cabeza estaba dándole vueltas.

Esa maldita mujer había vuelto a sembrarle dudas.

En efecto Tess fue hacia Cinco Diamantes en busca de Tom, pero ya no para decirle lo que sentía, sino para preguntarle si lo que Mary Anne había dicho tenía algo de cierto.

Cuando caminó hacia el vaquero, que se encontraba reparando una cerca, supo la verdad. Sin preguntárselo, sin tener que mirarlo a los ojos, sin escucharlo de su boca. Lo supo porque esa pieza encajó en el rompecabezas. Era ese el motivo por el cual su abuelo no le había vendido el terreno.

James siempre había repudiado los centros comerciales, estadios, campos de golf y cualquier proyecto que trajera la gente de afuera para destruir los campos y convertirlos en montañas de concreto.

Él amaba esas tierras y no concebía que alguien quisiera cambiar una pradera en la cual corrían los caballos salvajes e indomables, por un edificio donde la gente se sumergía en puras tonterías sin sentido.

Tom dejó lo que estaba haciendo, se echó el sombrero hacia atrás y le sonrió a Tess, contento.

—Qué sorpresa verte aquí. —Se puso serio cuando vio la cara de ella—. ¿Pasa algo?

Tess tomó aire.

—¿Qué vas a hacer con las tierras que me pediste?

Tom sintió un frío recorrerle la espalda, a pesar de que el otoño aún ni asomaba y los días seguían siendo calientes.

—Tengo un proyecto. Lo he tenido por mucho tiempo y esas tierras me parecen perfectas.

Tess asintió. Una sonrisa amarga se dibujó en su rostro.

—Déjame adivinar. —Fingió que pensaba—. ¿Un hotel?

Tom vio la furia en sus ojos y supo que ese momento al que había temido estaba ahí.

—Sí. ¿Cómo te esteraste?

—¿Qué más da? Lo único que importa es que no fue por ti... —Desvió la mirada mientras apretaba los puños con fuerza a ambos lados de sus caderas—. Te lo pregunté, Tom. Te lo pregunté y me dijiste que era por el agua. —Movi6 la cabeza de un lado a otro mostrando toda su decepci6n—. ¡Me viste la cara como a una jodida idiota!

—No fue así. Bueno, al principio quizá sí, pero...

—Fue por eso que el abuelo no te vendió las tierras... Él no aprobaba tu proyecto, ¿cierto?

—Nunca tuve la oportunidad de presentarle bien mi idea.

Tess se llevó las manos a la cara.

—¡Me engañaste para obtener esas tierras!

—Quise decírtelo.

—Claro, me imagino.

Tom fue hasta donde estaba ella y la tomó por los hombros.

—Tess, te lo juro. Lo intenté, pero siempre pasaba algo y...

—¡Suéltame! Ahora entiendo todo. Por eso aceptaste casarte conmigo. Dios, qué estúpida fui. Te puse todo en bandeja de plata. Debiste reírte a carcajadas cuando vine a proponerte lo de la boda.

—Las cosas no fueron así.

—No te creo nada. Tu maldita palabra de vaquero no vale una mierda. Me prometiste que no harías nada deshonoroso con esas tierras y por eso confíe en ti.

Tom intentó acercarse de nuevo, no obstante, ella se apartó una vez más.

—Construir un hotel no es algo deshonoroso.

—Lo es cuando se hace a base de engaños. Sabías muy bien que si me lo hubieras dicho, jamás te habría ofrecido las tierras. Maldición, puede que al principio no lo hubieras sabido. Pero ¿luego? Me viste trabajar por el rancho. Viste con tus propios ojos que me importaba. Escuchaste de mi boca cuán presionada estaba por no decepcionar a mi abuelo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, Tess elevó los ojos hacia el cielo para evitar que una sola de esas lágrimas se derramara.

—Escucha lo que te digo, Tess. En verdad quería decírtelo. Justo hoy pensé en ello y me planteé hacerlo después de la cena.

Ella lo miró sin creerse nada.

—Qué conveniente, ahora que lo sé resulta que tú me lo ibas a decir. Por supuesto...

Tess se sentía molesta, pero eso no era lo peor. Eran la decepción y la traición que le estaban estrujando el corazón tan fuerte que dolía.

Otra vez se había enamorado del hombre incorrecto. Por fin podía ponerle nombre a eso que sentía por Tom, era amor. Se dio cuenta cuando miró sus ojos y supo que no quería volver a verlos nunca más, porque dolía... mucho.

Definitivamente el amor no era una cosa que se le diera bien. Tom y Nial parecían dos hombres tan diferentes como lo eran la noche y el día; aun así, ambos se habían casado con ella solo por un contrato y le habían mentado desde el principio para utilizarla como una herramienta más para concretar sus objetivos personales. Habían terminado siendo más parecidos de lo que ella hubiera creído jamás.

—No quiero que regreses al rancho —informó Tess.

Tom negó.

—No puedes hacer esto.

—Lo estoy haciendo. No quiero volver a verte la cara en la vida.

—Tess, estás exagerando.

—¡Eres un desgraciado mentiroso! No estoy exagerando. Te metiste en mi maldita cama mientras me veías la cara de tonta.

Tom alzó las manos al cielo con desesperación.

—Las cosas no fueron así —repitió enojado porque ella no le daba una oportunidad de explicarse—. Además, fuiste tú quien me metió en tu cama.

Tess clavó los ojos en él, dolida por esas palabras. Tuvo que buscar muy en el fondo un poco de orgullo para poder responder algo que no la hiciera sentirse una perdedora.

—Te metí en mi cama porque quería sexo, no para que me engañaras.

Tess dio en el clavó. Tom sintió como si un caballo le hubiera dado una coza en el estómago.

—¿Solo querías sexo?

—¿Qué más puedo querer yo de un vaquero bruto como tú?

—Pensé que había algo más —confesó.

Tess soltó una carcajada.

—¿Aparte de tu hipocresía y mentiras? Claro que no. Te dije que no estaba enamorada ni nada por el estilo. Lo de nosotros solo fue sexo.

Tom asintió. Aquel dolor que había sentido una vez frente a la iglesia mientras ella se alejaba, volvió a darle su estocada.

—Bien. Entonces supongo que todo se acabó.

—Sí.

—Estoy ocupado. —No pudo verla a los ojos—. Adiós. Suerte con lo del rancho. Ojalá que encuentres a otro imbécil que quiera meterse en tu cama.

Tess mantuvo silencio hasta que estuvo segura de que al responder no se le quebraría la voz.

—Esta vez seleccionaré mejor al imbécil.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se marchó. Cuando se subió a su auto no pudo seguir conteniendo las lágrimas.

Tess tomó el bolígrafo y firmó un puñado de papeles. Entre más firmaba, más le pasaba Joseph Williams.

—El rancho es todo tuyo —dijo el abogado.

Tess sonrió. Una parte de ella estaba feliz porque lo había conseguido, pero otra se encontraba insatisfecha.

A pesar de que le había dicho a Tom que todo había terminado, no pidió el divorcio antes del plazo. Sarah la convenció de que no lo hiciera y ella aceptó, porque lo que menos quería era tener que volver a casarse nunca más en la vida.

Además, había trabajado duro y no era justo tener que volver a empezar de cero.

—Esta es la cesión de tierras a Tom Swanson —indicó Joseph.

Tess sintió un pinchazo en el pecho al leer el nombre del vaquero. No lo había visto desde el día en que se enteró de lo del hotel. A pesar de que eso era justo lo que le había pedido, era imposible no sentirse un poco decepcionada. Quizá si ella hubiera significado siquiera un poco para él, Tom habría dado alguna señal.

Suspiró profundamente antes de plantar su firma en esos papeles también. Era una mujer de palabra, ella tenía lo que quería y ahora Tom también, incluso aunque lo hubiera conseguido de la forma que lo hizo. Tess había aprendido a asumir sus errores como una adulta.

—Joseph, quiero que el divorcio salga cuanto antes —pidió ella al abogado.

—¿Estás segura?

Tess lo miró atónita.

—Por supuesto que lo estoy. Ese fue el trato desde el principio.

—Lo sé, pero...

Tess levantó la mano para indicarle que se detuviera.

—Entre Tom y yo solo hubo un contrato de por medio. Nada más.

—De acuerdo. Moveré el asunto cuanto antes.

—Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer. Ahora eres oficialmente la dueña de todo esto, puedes hacer lo que quieras con ello.

Tess había pensado muy bien lo que quería hacer. Quería cambiar algunas cosas del rancho, contratarse a alguien que la ayudara y tomarse unas malditas vacaciones.

Después regresaría renovada y se haría cargo de su herencia. Ese lugar le había dado la oportunidad de volver a trabajar, de tomar retos y de ser útil. Además, le había recordado que era una mujer inteligente y capaz.

Joseph se despidió de Tess en el porche de la casa con un fuerte abrazo y un beso paternal. Cuando se marchó y la chica entró de nuevo a la casa, Tess se topó con los audaces ojos de Sarah observándola con atención.

—Deberías de hablar con Tom —dijo la mujer—. En persona, no a través de un abogado.

—Ya hablé con él, nos dijimos todo lo que debíamos decirnos y no hay más que agregar.

—Sé que estás enamorada, Tess. No pretendas engañarme. Tus ojos están más apagados desde

hace más de un mes, justo desde que Tom dejó de vivir aquí.

Tess iba a abrir la boca para negarlo, pero era inútil.

—El amor no funciona en una sola dirección.

—Dios bendito, Tess, eres una chica inteligente, ¿acaso no recuerdas cómo te miraba ese chico?

—Por lo visto como a un terreno donde construiría un hotel sin decírmelo. Él no estaba enamorado de mí. No le mientes deliberadamente a quien te importa.

—Esas son tonterías. Las personas nos hacemos daño incluso aunque nos amemos. Somos humanos, cometemos errores. No te estoy diciendo que lo perdones, pero sí te digo que al menos deberías hablar con él frente a frente.

—No hay nada de qué hablar, Sarah. Créeme. Voy a dormir, siento que llevo siglos sin hacerlo.

Le dio un beso a la mujer y fue a su habitación, sin embargo, no pudo dormir ni un segundo.

Tom le dio una patada a la llanta de la camioneta. Había perdido dos días de trabajo intentando arreglarla y ya había llegado a la conclusión de que no podía y tendría que llevarla al mecánico.

—¿Por qué no sales a montar un rato? —le sugirió John Swanson a su colérico hijo.

—No tengo ganas de montar.

—Por lo que he visto no tienes ganas de nada.

Tom lo miró serio.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que terminaste con la chica Cartwright, estás desconcentrado en el trabajo y andas de mal humor.

—Eso no es cierto.

—Sí quieres engañarte, allá tú. Pero no te quiero ver así en el trabajo. Los demás tenemos nuestros propios problemas y no necesitamos cargar con los tuyos también.

Tom se llevó las manos a las caderas.

—¿Acaso insinúas que estoy trabajando mal?

—Nadie trabaja bien cuando tiene la cabeza en otro sitio y anda cabreado.

—Lo que pasó entre Tess y yo no me ha cambiado en nada. Sigo trabajando igual que siempre. Por Dios, ya no soy un chiquillo al que le rompen el corazón como si tal cosa.

—Cuida tu tono conmigo, Tom. Da gracias que soy yo quien te está advirtiéndote, porque si fuera tu madre es capaz de darte un buen sarmiento. Tómate un día... o dos.

—No pienso tomarme...

John lo apuntó con el dedo.

—No es un consejo, es una orden. Aléjate de los trabajadores y del trabajo y no regreses hasta que tengas una mejor actitud.

—¡Increíble! —bufó el joven vaquero.

Tom se alejó de su padre sintiendo la sangre borbotearle caliente en las venas. Por todos los cielos, pero si él no estaba de mal humor. Qué estupidez. Todos estaban locos. Todos.

Se paró de seco cuando vio el auto de Joseph Williams enfilar la entrada del rancho. El mal humor, que aseguraba no tener, se intensificó aún más.

—Buenas tardes, Tom —saludó el abogado.

—Buenas tardes —contestó el vaquero entre dientes—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo. Sin embargo, creo que será mejor que lo hagamos dentro, si no te molesta.

Por supuesto que le molestaba. Todo le molestaba en ese preciso momento y se maldijo por ello. Su padre tenía razón. Desde hacía días Tom no podía soportarse ni a sí mismo. Si cruzaba la palabra con alguien por más de un minuto, al final siempre terminaba discutiendo y maldiciendo.

Invitó a Joseph a que pasara a su despacho.

—Te ha enviado ella, ¿cierto? —se anticipó el vaquero a la conversación.

Joseph tomó asiento. Colocó sobre su regazo el fino maletín de cuero que llevaba, lo abrió y sacó un puñado de documentos.

—¿Te refieres a Tess Cartwright?

Tom resopló.

—Sabes que sí.

—Pues no es que me haya enviado, es que soy su abogado. La represento.

Tom frunció el ceño.

—¿Cómo que la representas? ¿No me habrá demandado?

—Muchacho, cálmate. Toma asiento y déjame hablar.

Tom lo obedeció de mala gana. Juraba por Dios que si Tess se había atrevido a joderlo, iba a ir hasta su rancho y le iba a decir unas cuantas cosas. Podía aceptar su culpa por haberle mentado, pero no iba a dejar que ella lo perjudicara por no haber cumplido el contrato. Al fin y al cabo, ella misma le había prohibido volver.

—Primero empecemos con esto —dijo Joseph tomando una carpeta color crema—. Aquí están los planos, escrituras y la cesión de las tierras que negociaron.

A Tom le mandíbula por poco se le cae al suelo.

—¿Qué?

Joseph estudió el rostro sorprendido de Tom.

—El testamento decía que si Tess permanecía al menos seis meses casada, iba a poder hacerse legalmente con el rancho. Hasta el día de hoy ustedes dos tienen poco más de seis meses de casados. Ayer Tess se convirtió en la dueña absoluta del Rancho Cartwright.

—Yo... no lo sabía.

—Bueno, pues así fue. Aquí está tu parte. Revísala y dime si tienes alguna duda al respecto. Si gustas también puedes mostrarle todo a tu abogado para asegurarte de que todo está en orden.

Joseph corrió la carpeta hacia Tom, este clavó los ojos en ella, pero no la abrió ni la tocó.

—No quiero los terrenos —dijo Tom con seguridad.

Esta vez el sorprendido fue el abogado.

—Negociaron esos terrenos —le recordó—. Fue justo lo que acordaron antes de casarse.

—Ya no los quiero. Dile a Tess que puede estar tranquila, no voy a construir mi puñetero hotel en las tierras Cartwright.

—Esas tierras ya son tuyas. Tess ya las cedió y no hay marcha atrás.

—Pues yo no las quiero.

—A ver, seamos razonables, Tom. Tess tuvo lo que quería y cumplió con darte lo que tú querías. Estamos hablando de negocios.

—No las quiero —repitió una vez más.

—Entonces lo siento por ti, pero ya están a tu nombre. Lo siguiente de lo que te vengo a hablar es sobre... los papeles del divorcio.

Tom soltó una carcajada que incluso para sí mismo resultaba patética.

—Vaya, vaya, no pierde el tiempo. Ya consiguió el rancho, entonces no me necesita para nada más y me da una patada en el trasero.

Joseph se puso serio.

—Fue justo lo que acordaron desde el principio. Tienen más de un mes de no hablarse. ¿Acaso no es lógico el divorcio? —No, no era lógico. Para Tom no—. Su contrato ya acabó. Simplemente debes firmar los papeles y en menos de lo que pienses no tendrás nada que ver con Tess Cartwright. Tal como querías.

Tom sintió una patada en el vientre. ¿Realmente era eso lo que quería? Viendo ese papel que tenía al frente era consciente de que después de que lo firmara, Tess volvería a quedar en el pasado. Aunque llevaran más de un mes sin verse, él no había dejado de pensar en ella ni un momento.

Le dolía recordarla, sobre todo porque sabía que ella no debía de sentir nada más que desprecio. Ni siquiera se había esperado, Tess le había enviado los papeles del divorcio tan pronto como había podido. Era obvio que quería deshacerse de él.

—¿Cómo está? —preguntó Tom sin poder evitarlo, su tono se volvió menos agresivo.

Joseph suspiró.

—Agotada. Tiene grandes planes para el rancho. Va a contratar gente que la ayude, pero quiere seguir siendo la cabecilla. Parece que le cogió el gusto a la vida aquí.

Tom asintió con una sonrisa triste.

—Jamás pensé que fuera a conseguirlo. Desde el primer momento di por hecho que vendería todo y se gastaría la fortuna en esa vida ostentosa que solía llevar.

—James creyó en ella y no se equivocó. La sangre llama, esa chica necesitaba volver a casa, estabilizar las bases y conectar con los suyos.

—Entonces —retomó el vaquero— si firmo esto, ¿todo acabará entre ella y yo?

—Sí.

Tom tomó los papeles, fingió que los leía y después cogió un bolígrafo. Le temblaron las manos al hacer la primera firma.

Conforme los trazos se iban dibujando, él se iba sintiendo peor. Aunque ya no era enojo esa emoción que se le agolpaba en las entrañas. Era algo peor.

—En serio, no quiero las tierras.

—Ya te dije que son tuyas.

—¿Qué tengo que hacer para devolverlas?

Joseph negó con la cabeza, sin embargo contestó a Tom mientras este terminaba de firmar y le entregaba los papeles.

—Hecho. Puedes decirle que ya es libre —dijo Tom con amargura.

—Todavía no es oficial, pero casi —añadió—. Cuando lo sea te llamaré para informarte. Ahora debo irme.

Tom acompañó a Joseph hasta la salida.

—Lamento que lo de ustedes no haya funcionado, por un momento pensé que dentro de toda la farsa se habían enamorado.

El vaquero se encogió de hombros sin agregar nada más. Miró las ruedas del auto desaparecer a la distancia. Se llevó una mano a la cabeza e intentó procesar lo que estaba sintiendo.

Entonces fue cuando se dio cuenta en verdad de lo que acababa de suceder. Tess Cartwright había vuelto a deshacerse de él, dejándolo enamorado como un jodido idiota.

Puede que no estuviera lloriqueando, pero estaba destrozado por dentro. La misma mujer. Dos

veces.

Apretó las manos con fuerza. Otra vez Tess se le había escapado. Frunció el entrecejo ante ese pensamiento. Sintió con claridad cómo su corazón se agitaba y chispeaba un poco.

—¿La estoy dejando ir? —preguntó para sí mismo.

Se quedó de piedra. La primera vez Tess se había largado y él no había podido detenerla. Sin embargo, ahora ella se quedaría. Tendría que verla de vez en cuando. Se cruzaría con ella. Escucharía sobre ella. Probablemente volvería a mirarse en sus oscuros ojos y la escucharía reír con alguien más.

Dios bendito, no iba a poder con eso. Si no había podido olvidarla después de doce años de no verla, cómo haría ahora que la tenía tan solo a unos minutos de distancia.

¿Dejaría sin más que ella se saliera con la suya? De acuerdo, él había sido un idiota por no hablarle con la verdad. Pero, demonios, ella lo había besado y se había derretido en su cuerpo haciéndole creer que había alguna especie de conexión entre ellos. Puede que Tess no lo hubiera expresado con palabras, no obstante, él había visto en sus ojos que se encontraba a gusto entre sus brazos y, ¡maldita sea!, no solo podía tratarse de sexo.

Salió corriendo hacia su camioneta, entonces recordó que no funcionaba. Lanzó un juramento. ¿Cuánto hacía que se había ido Joseph?

Miró de un lado a otro y no vio ni la camioneta de su padre ni la de su madre. ¿Acaso todo el jodido mundo se había puesto de acuerdo?

Sin más opción, salió corriendo hacia la caballeriza donde tenía la montura. Para no perder tiempo yendo hasta el corral donde pastaba su caballo, se llevó el dedo índice y pulgar al labio inferior y silbó tan fuerte como pudo.

Sonrió por primera vez en mucho tiempo cuando escuchó el galopar que corría hacia él.

Su magnífico caballo pinto entró a la caballeriza ansioso y contento. Con un fuerte relincho saludó a su dueño.

—Contigo siempre se puede confiar, Guerrero —dijo Tom al animal.

Alistó al caballo en tiempo récord y salió de Cinco Diamantes como alma que llevaba el diablo.

Tess estaba saliendo de la casa, con una cámara colgando del cuello, dispuesta a ir a cabalgar y tomar bonitas fotos para relajarse cuando escuchó un caballo correr a toda prisa hacia ella.

Su primer instinto fue dar un salto hacia un lado. Pensó que algún caballo se había escapado de su corral, pero entonces vio a Tom sobre los lomos del animal. Se quedó boquiabierta y confundida, incapaz de saber qué diablos estaba pasando.

Cuando Tom saltó de los lomos de Guerrero, quedó de pie justo frente a Tess. Cuando sus miradas se cruzaron, se le detuvo el órgano inútil que le latía en el pecho. Ahí estaba ella, tan hermosa como siempre, deteniéndole el corazón como cada maldita vez, como si eso fuera legal.

—¿Qué haces aquí? —soltó Tess al ver que él no decía nada.

—¡No quiero las tierras! —contestó él como si eso explicara todo.

Tess puso los ojos en blanco, le dio la espalda y siguió su camino.

—Ese ya no es mi asunto. No son más ahora.

—¿Acaso no escuchas lo que te digo? —dijo él que se interpuso en el camino de ella, dispuesto a no dejarla avanzar ni un paso.

—Tú eres quien no está escuchando. —Entrecerró los ojos—. Lárgate de mi rancho, te dije muy claro que no quería volver a verte aquí nunca más.

—No me interesan las tierras. Son tuyas, puedes estar tranquila, no voy a construir el puñetero hotel. —Elevó los brazos al cielo—. Me equivoqué —admitió—. Te mentí y luego no supe cómo decir la verdad. ¡Estaba asustado, maldición!

Tess se quedó inmóvil.

—Ya no importa, Tom. Haz lo que quieras con los terrenos.

Él perdió la paciencia.

—Ya hablé con Joseph y te los voy a devolver.

Los ojos de ella se abrieron de golpe.

—No vas a hacer eso.

—Te estoy diciendo que sí.

Tess lo apartó de un empujón para seguir caminando, a pesar de que no tenía idea de hacia dónde.

—Dios mío, hay que ver que eres terco. Esto no tiene sentido, hicimos un trato, tú hiciste tu parte y yo hice la mía, listo.

—Pues no estoy de acuerdo con ese trato —continuó Tom mientras caminaba al lado de ella.

—Qué mala suerte para ti porque ya se acabó.

—Tampoco pienso darte el divorcio.

Tess se quedó como congelada en el tiempo. Lo miró sin creérselo y al ver el rostro serio de él supo que estaba hablando en serio.

—¿Qué?

—No te voy a dar el divorcio —repitió.

—Tienes que hacerlo, tenemos un trato.

Tom había tenido que salir a todo galope de Cinco Diamantes para alcanzar a Joseph y pedirle

los papeles del divorcio, el hombre sin comprender su actuar le había dicho que eso no era posible. Entonces Tom se había visto obligado a bajarse del caballo, sacar por la fuerza el maletín que el abogado había dejado sobre el asiento del acompañante y tomar los papeles por su propia cuenta.

Después había vuelto a subirse al caballo con dirección al Rancho Cartwright, dejando a Joseph boquiabierto dentro de su auto, sin tener idea de cómo proceder después de semejante muestra de violencia.

Tom sacó los papeles del divorcio que había metido en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero, puso en alto las blancas hojas llenas de texto casi ininteligible para cualquier simple mortal.

—Aquí están los papeles del divorcio.

Tess estrechó los ojos para estudiar los documentos, sin embargo, él se aseguró de dejarlos bien alto donde ella no pudiera cogerlos.

—¿Qué demonios? —susurró ella cada vez más confundida.

—Solo necesito que me digas una cosa, Tess.

—Estás loco. ¿Se puede saber qué problema tienes en la cabeza? —gritó ella perdiendo la paciencia.

—¡Qué estoy enamorado! ¡Eso es lo que me pasa y tú ni te enteras!

Tess sintió que se le estrechaba el pecho tanto que se le dificultaba respirar. Esas eran las palabras que había querido oír y ahora que las estaba escuchando no sabía cómo procesarlo.

—No digas tonterías...

—No es una tontería, Tess Cartwright, estoy enamorado como un idiota total y necesito que me digas a la cara, viéndome a los ojos, que tú no sientes nada por mí. Hazlo y entonces te daré los papeles del divorcio. Te prometo que no volverás a saber de mí.

—Esto no viene al caso. Ya te dije que lo nuestro era solo... —Se le atascaron las palabras en la garganta—. Solo un contrato, sexo sin sentimientos.

Tom le tomó una mano.

—Lamento haberte mentado, en serio. Al principio me empeñé en que te odiaba y en creer que lo tuyo estaba más que superado. —Negó con la cabeza—. Pero creo que nunca lo superé. Desde el primer día que te vi, luego de que regresaras, volví a sentirme como un tonto cuando estabas cerca y luego vino lo de la boda, lo de vivir juntos... El día que te escuché hablar con el caballo supe que estaba furioso con la Tess del pasado, una Tess distinta a la de ahora y comprendí que me gustabas aún más.

Tess le dio la espalda. Tenía el corazón a mil y un enorme nudo en la garganta.

—Me traicionaste, Tom. Si hubieras estado enamorado de mí, no habrías actuado como lo hiciste.

—Sí. Porque soy idiota, ya te lo dije. Cuando empezamos a volvernos más cercanos, me cagué de miedo pensando en lo que pasaría cuando te enteraras de la verdad. Pero, te juro, que estaba pensando cómo decírtelo. Creí en lo nuestro...

—Solo era atracción —dijo ella en voz muy baja más para convencerse a sí misma que a él—. ¡Tú lo dijiste!

Tom la abrazó por la espalda e inhaló ese dulce perfume que tanto había extrañado. Apretó más fuerte cuando la sintió temblar.

—Mentí. Sabía que no era solo eso. Lo sabía perfectamente. —Besó el cabello de ella—. Seguía negándome. No quería exponerme a que me volvieras a lastimar y tampoco era capaz de

alejarme de ti. Esto, lo que siento, es fuerte e intenso. No se puede luchar con una emoción así, Tess. El día que me dejaste frente a la iglesia, rompiste algo que creí jamás se iba a reparar. Te maldije tantas veces por ello. Sin embargo, el día en que me besaste en el ruedo, volví a sentir que esa parte de mí estaba viva y resurgía.

—No dijiste eso la última vez.

—Quería hacerlo, pero entonces tú... Pensaba que sentías lo mismo que yo. Creí que no era solo sexo. Para mí significó mucho más. Cada vez que pensaba en el plazo del contrato, me gustaba imaginar que seguiríamos adelante... Pero, supongo que volví a ilusionarme de nuevo.

Se quedaron en silencio varios minutos. El frío del otoño envolvía sus cuerpos mientras el cielo comenzaba a teñirse con los colores del atardecer.

—Lo de las tierras es en serio —continuó el vaquero—. Sé que te mentí y que traicioné la confianza que me diste, así que asumo las consecuencias de mi error. No creo merecerlas. Y, la verdad, tampoco me atrevería a construir el hotel ahí sabiendo que eso te haría sentir mal con tu abuelo.

—Dijiste que tu sueño era ese hotel.

—Era verdad.

—¿Entonces por qué ahora que por fin tienes la oportunidad te empeñas en rechazarla?

Tom la volteó para mirarla a los ojos cuando respondiera a su pregunta.

—Porque el maldito hotel no es ni la mitad de importante que tú. No quiero hacerte daño. Sé que lo hice antes y no quiero volver a hacerlo. Mírame. —Tomó el rostro de ella entre sus manos—. Te quiero. Siempre te he querido, maldición, y ni siquiera sé si algún día voy a dejar de hacerlo. Eres ese amor que nunca pude sacarme del corazón.

Tess vio desesperación en su mirada. Él estaba dispuesto a dejar atrás su sueño por ella, porque sus sentimientos le importaban. La asustó un poco ver esa verdad en sus ojos y darse cuenta de que todos los demás tenían razón: Tom sentía algo por ella.

¿Cómo había sido tan estúpida para no darse cuenta antes? Quizá porque estaba acostumbrada a ir sola por el mundo o porque ningún hombre la había querido de esa manera. Se había encerrado tanto en sus miedos, que no había reparado en el arrepentimiento de él y en sus sentimientos.

—Tom —susurró ella con los ojos húmedos.

—Ojalá mi amor hubiese sido suficiente para los dos, ojalá tú hubieses sentido siquiera un poco de lo que yo siento por ti...

Se le aceleró el corazón al escucharlo.

—Mentí —soltó ella interrumpiéndolo—. Yo también mentí.

Tom la miró con las cejas arqueadas.

—¿Qué quieres decir?

—No fue solo sexo. Por Dios, no, jamás fue solo sexo. —Cerró los ojos—. Lo dije porque estaba dolida y porque pensaba que así había sido para ti...

Tess se escapó de los brazos de él. Necesitaba espacio para poder pensar con claridad y asimilar todo lo que él le había dicho. Tom la miró caminar de un lado a otro sin despegarle los ojos de encima.

—Creo que también estoy enamorada —confesó.

Él hizo una mueca.

—¿Crees?

La morena se llevó las manos a la cabeza.

—Siento... la magia.

—No entiendo.

—Ay, Dios, que cuando estoy contigo siento que hay magia. Siento que el mundo es un lugar precioso, que mi vida es preciosa y que lo nuestro es igual de precioso. —Lo apuntó con el dedo—. No sé cómo carajos le hiciste, pero te me metiste en el corazón. Eres... No sé, eres todo lo contrario a mí.

—¿Eso es bueno o malo?

—¡No tengo una maldita idea! —Levantó las manos en alto—. ¿Por qué no me dijiste que me querías?

—¿Por qué no me lo dijiste tú?

Los dos se quedaron en silencio.

—Firmaste el divorcio —comentó Tess al rato señalando con la barbilla los papeles que él aún llevaba en la mano.

—Pero luego los robé a Joseph.

Tess abrió los ojos como platos.

—¿Cómo que los robaste?

El rostro de Tom dibujó una sonrisa traviesa antes de que el vaquero se encogiera de hombros.

—Te dije que necesitaba que primero me vieras a los ojos y me dijeras que no te intereso.

—No lo he dicho —dijo ella sonriendo también.

—Te quiero, Tess. Lamento haberme comportado como un idiota.

Tess se llevó las manos a la cara.

—Yo también te quiero y también lamento que fueras un idiota.

—Hablaba en serio cuando dije que te prefería a ti antes que al hotel. Me olvidaré de ello.

—Solo prométeme que no volverás a hacer algo así.

—Lo prometo.

Tom la tomó en sus brazos, la estrechó con fuerza y la apoyó en su pecho.

—Ahora explícame qué vamos a hacer —quiso saber la morena.

—Bueno, ¿qué tal si lo retomamos donde estábamos?

—¿Quieres volver?

—Si tú lo quieres.

Tess se apartó un poco. Hizo una mueca de duda, luego se mordió el labio inferior.

—Primero debes hacer algo.

Tom se puso un poco nervioso.

—¿No pretenderás que firme otro contrato?

Ella soltó una carcajada al tiempo que le daba un manotazo.

—Por supuesto que no. Dame esos papeles que llevas en la mano.

El vaquero obedeció a lo que ella le pedía, entonces Tess tomó los papeles y los hizo pedazos.

—Ahora, sí, Tom Swanson, no vas a librarte de mí.

Él tomó la barbilla de ella.

—¿Y quién quiere librarse?

Sus labios se fundieron en un beso.

Desde el balcón de la habitación principal del Rancho Cartwright, el fantasma de James Cartwright sonrió satisfecho y feliz. Su fierecilla por fin había encontrado su lugar en el mundo. Sopló una suave brisa de pino y cuero hacia la pareja.

Cuando Tess sintió el aroma de James Cartwright, se separó de Tom, lo abrazó con fuerza y

clavó los ojos en el balcón de la habitación de su abuelo. Vio que las puertas estaban abiertas, así que sonrió.

Luego volvieron a cerrarse y ella volvió a dejar que ese tonto de Tom Swanson la besara bajo el hermoso cielo otoñal del oeste.

Epílogo

Sarah y Sherryl miraron a Tess con los ojos llorosos. Estaba preciosa con su vaporoso vestido de novia.

Como Tess era Tess, había decidido usar un vestido que no pasara desapercibido. Le había pagado a un famoso diseñador para que lo hiciera exclusivamente para ella.

¿Para qué ser normal cuando se puede ser extra?

Además, se iba a casar por la iglesia. Ahora sí y con el hombre que había descongelado su corazón salvaje.

—Dios mío, estás preciosa, cariño —susurró Sarah.

—Eres la novia más impresionante que haya visto jamás —secundó Sherryl—. Maldita sea, Tom no se va a salvar de tartamudear durante los votos.

Tess soltó una carcajada.

—Ya es tarde, debemos irnos —dijo Sarah.

Tess echó un último vistazo al espejo, luego comentó:

—Adelántense, yo ya casi bajo.

—Es tarde —repitió el ama de llaves.

—La novia siempre tiene derecho a llegar tarde. —Fue hasta las dos mujeres y las besó—. Vamos, necesito unos minutos a solas en la habitación del abuelo.

Sherryl y Sarah bajaron a esperar a Tess en el salón, mientras que la morena fue a el dormitorio de James.

Cuando Tess entró las puertas que daban al balcón ya estaban abiertas y todo el lugar olía a su abuelo. Le resultaba gracioso que lo que antes la había asustado, ahora le daba paz. Saber que el estaba cerca, de cierta forma, la reconfortaba.

—Veo que me estabas esperando —comentó la chica.

—Estás preciosa.

Tess sonrió ante esas palabras, miró hacia el espejo y encontró el reflejo del hombre ahí.

—Tú también.

James soltó una carcajada avergonzada.

—¿Me acompañarás en la iglesia?

Él la miró incrédulo.

—Por supuesto, fierecilla. ¿Por quién me tomas? Desde luego que no pienso faltar a la boda de mi nieta.

Tess vio en el espejo que él la abrazaba, cerró los ojos al sentir una especie de calidez envolviéndola.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecerme.

—Tengo que agradecerte todo. Si no fuera por ti, ni siquiera sabría en dónde y cómo estaría en este momento. Me devolviste la esperanza, las ganas de luchar y me diste un lugar maravilloso para renacer. Además, gracias a todo eso hoy voy a casarme con el hombre a quien amo.

—Tienes todo lo que te mereces, solo estabas un poco perdida.

—Ahora no lo estoy. —Sonrió radiante—. Te quiero, abuelo.

James le dio un suave beso en la coronilla.

—Yo también te quiero, Tess. Anda, date prisa. No vaya a ser que ese muchacho piense que vas a volver a dejarlo vestido y alborotado.

De camino a la iglesia, Tess pensó en lo mucho que había cambiado su vida en un año. Ahora era una mujer ranchera y, para sorpresa suya, le encantaba. Aunado a eso, se había asociado con Tom para crear un hotel-rancho.

Él se había olvidado del proyecto, tal como se lo había prometido, sin embargo, Tess sabía que no era fácil renunciar a un sueño y que quien te amaba debía apoyarte, no cortarte las alas. Así que, una noche le había pedido que le expusiera sus ideas y todo lo que había deseado del hotel.

A ella le había encantado, sobre todo al ver lo apasionado que Tom se mostraba al respecto y cómo había pensado en cada detalle. Pero lo más importante era que el proyecto debía gustarle a su abuelo. Por lo cual Tess le contó a James todo lo que el hombre nunca dio oportunidad a Tom de que le contara.

El hotel sería pequeño y conservaría el encanto de un rancho. Los huéspedes podrían vivir una experiencia vaquera de verdad. Cabalgar, montar, pescar, acampar en las montañas. Lo que Tom quería era que la gente pudiera darse a la idea de lo que significaba la vida del oeste, mostrar las tradiciones de Denton e incentivar a otros a que se enamoraran del campo con la misma intensidad con la que él lo estaba.

James no estuvo de acuerdo a la primera, pero al final su nieta logró convencerlo. El Rancho Cartwright seguiría siendo el Rancho Cartwright, solo que ahora una parte de él se convertiría en un hotel para los amantes del oeste americano.

Tess sintió una punzada de nervios cuando el auto en el que iba se detuvo frente a la iglesia. Salió despacio, recordando que hacía trece años había estado justo ahí vestida de novia.

Pero esta vez sería diferente porque no tenía ninguna intención de salir corriendo.

Tom se llevó una mano a la frente para limpiarse el sudor. Dios, estaba nervioso. Caminó de un lado a otro sin parar, hasta que, de pronto, vio a todos asomarse por la puerta y mirar hacia afuera. Se quedó clavado como una estatua, Tess había llegado.

Su padre lo tomó de los hombros le dijo algo que él ni siquiera pudo entender debido al aturdimiento y por último le dio un fuerte abrazo de oso.

Wayne también lo tomó de los hombros, pero para llevarlo a que ocupara el lugar del novio. Se le cortó la respiración cuando escuchó la marcha nupcial. Se preguntaba por qué carajos estaba nervioso si, a fin de cuentas, él y Tess ya llevaban un año de casados.

Se le murió toda la materia gris cuando sus ojos se cruzaron con los de ella. Estaba...

Preciosa.

Parecía un ángel envuelto en seda blanca. Su piel morena hacía un contraste perfecto y su frondosa cabellera bajaba por su espalda como una cascada con flores y suaves ondas.

—Te ves hermosa —susurró a Tess.

—Tú, no estás nada mal, vaquero.

Sonrieron con complicidad y el corazón estallándoles de alegría.

Tom empezó a temblar cuando llegó la hora de los votos. Esta vez Tess se había asegurado de que él fuera el primero. No pensaba volver a ser víctima de sus bromitas. Sin embargo, cuando él empezó a hablar, dejó muy claro que se lo estaba tomando en serio.

—Quisiera tener las palabras suficientes para poder decirte todo lo que siento, Tess, pero la

verdad es que es imposible. No hay manera de expresar lo que significas para mí ni lo que significa comprometerme a estar contigo el resto de mi vida. Solo puedo decirte que me encanta despertar cada día al lado tuyo, adoro ese perfume que usas, tu sonrisa, tu mueca cuando estás a punto de enojarte y la forma en que me miras después de besarme.

»Estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para que eso siga siendo justo así. Te quiero, para siempre, de la misma forma en que te he querido desde que era un chiquillo. Eres la única mujer capaz de detenerme el corazón.

Tess tuvo que controlarse para no lanzarse sobre él y besarlo antes de tiempo.

Cuando le tocó su turno de hacer sus votos, no necesitó recordar nada. Lo que dijo fue espontáneo, solo dejó que su corazón hablara.

—Yo tampoco tengo las palabras exactas, pero sé que cada vez que pienso en el futuro, tú estás ahí en cada uno de mis planes y nunca antes había sido así con alguien, así que eso tiene que significar algo. Contigo hay magia. ¿Acaso necesito más?

»Tuvimos que dar muchas vueltas para estar donde estamos ahora, pero por algo pasan las cosas. Ahora somos personas distintas. Lo nuestro es más de lo que pudo ser en el pasado y menos de lo que será en el futuro, porque desde que te me metiste en el corazón no he dejado de quererte cada día más y más.

Todos los presentes estallaron en aplausos cuando Tess le puso a Tom el anillo y llegó la hora del beso. Esta vez no hubo nada de falso en él. El mundo solo consistía en ellos dos, todo lo demás se quedó en otra dimensión.

Se separaron unos centímetros nada más.

—Te amo, Tess Cartwright.

—Y yo te amo a ti, Tom Swanson.

Él la tomó por la barbilla, le plantó un beso suave en los labios y después ambos se giraron hacia la gente que había llenado hasta el último espacio de la iglesia.

Tom sintió unas palmadas en la espalda, pero al voltearse no vio nada. Frunció el ceño. Entonces fue consciente de que olía a pino y cuero, el olor que Tess le había dicho era el que percibía cuando su abuelo estaba cerca.

Clavó los ojos en ella de inmediato. Tess lo miró con una sonrisa mientras asentía.

—Parece que el abuelo te aprueba como mi esposo —dijo ella.

Tom sonrió de oreja a oreja.

—Pues no pienso defraudarlo.

—Más te vale —susurró la voz de James Cartwright al oído de Tom—, porque si llegas a hacerle daño a mi nieta... No querrás ver a un fantasma enojado, muchacho. Tenlo por seguro.

Tom palideció.

—¿Te pasa algo, Tom? —le preguntó Tess.

—Mmm... No, nada.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

Cuando salieron de la iglesia y fueron bañados por un puñado de pétalos de rosa, Tom se giró hacia ella, la tomó en sus brazos y la besó como si no lo hubiera hecho nunca antes, deseoso por descubrir lo que el futuro les tenía deparado.

Todas las partes del rompecabezas por fin estaban en su lugar. Tess era la pieza que faltaba y la única que encajaba a la perfección. Ahora que lo sabía volvía a sentirse como aquel muchacho romántico y perdidamente enamorado que había sido una vez.

Sobre la autora

Mi nombre es Marcela Morales. Soy una soñadora, una loca que un día creyó que podía escribir, se atrevió y lo hizo.



Soy escritora costarricense de novela romántica y publico en Amazon con el seudónimo Marcela Mouré. Tengo 26 años, estudié psicología y ahora estudio inglés.

Me gusta leer, cantar, ver pelis sin sentido, escuchar música que suena a felicidad y escribir cosillas medio raras.

Empecé a crear historias desde el 2015 y desde entonces siempre tengo a un puñado de personajes en mi cabeza pidiendo que les dé vida.

Mis historias son relajadas, frescas y tienen la intención de poner una sonrisa en la cara de quien las lea. Escribo sobre tramas locas, personajes perfectamente imperfectos y amores bonitos.

Gracias por darle una oportunidad a mis letras y abrir un espacio a mis personajes y ocurrencias,

espero que hayas podido disfrutar de ellos.

¡Qué tengas un día fantástico y nunca te olvides de sonreír!

¡Abrazos!

www.marcelamoure.com

[Facebook](#)

[Instagram](#)

[Goodreads](#)

[Amazon](#)

Notas

1. Rodeo (definición según la RAE)
 - m. Reunión del ganado mayor para reconocerlo, para contar las cabezas, o para cualquier otro fin. [«](#)